



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

FACULTAD DE HUMANIDADES

TÍTULO:

**Meditaciones sobre la política porfirista: Tintes, marcas y trazos
maquiavélicos en la figura de Porfirio Díaz.**

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRO EN HUMANIDADES: **Filosofía contemporánea**

PRESENTA:

Andrés Eduardo Galindo García

Dr. Juan Monroy García

DIRECTOR DE TESIS

Dr. Mauricio Ávila Barba

CO-DIRECTOR DE TESIS

Dra. Hilda Naessens

TUTOR INTERNO DE TESIS



Marzo de 2023

ÍNDICE.

Introducción.....p. 3

Primer capítulo: Moral dictatorial del precursor maquiaveliano.

1. Acerca de Nicolas Maquiavelo y *El Príncipe*.

- 1.1. Objetivos p.15
- 1.2. Acerca de Nicolás Maquiavelo y sus cavilaciones políticas....p.15
- 1.3. Acerca de la obra *El Príncipe* y su influencia intelectual.....p.19
 - 1.3.1. Sobre las cavilaciones maquiavelianas.....p.23
- 1.4. Consideraciones finales acerca de las ideas maquiavelianas...p.24

2. Referente a la *virtù* y la *Fortuna* en *El Príncipe*.

- 2.1. Objetivos.....p.32
- 2.2. *virtù* y *Fortuna*.....p.32
 - a) El hombre extraordinario.....p.34
 - b) La necesidad del mal en la política.....p.37
 - c) El amor y el temor hacia el gobernante.....p.43
 - d) La elucidación del odio.....p.48
 - e) La idea y materia del precursor.....p.52
- 2.3. Consideraciones finales acerca de la virtud maquiaveliana.....p.57

3. Fundación del Estado y el momento dictatorial pensados desde la figura del *Príncipe nuevo*.

- 3.1. Objetivos.....p.59
- 3.2. La fundación del Estado.....p.59
- 3.3. El momento dictatorial.....p.66
- 3.4. Consideraciones finales acerca del *Príncipe nuevo*.....p.77

Segundo capítulo: *virtù* y *Fortuna* en Porfirio Díaz.

1. Virtudes maquiavelianas en Porfirio Díaz.

- 1.1. Objetivos.....p.80
- 1.2. Las virtudes maquiavélicas en el gobernante Díaz.....p.81

	1.2.1 Idea de la razón de Estado y las virtudes del presidente...p.82
	a) Racionalidad, estrategia y prudencia política.....p.87
	b) Potencia y reputación.....p.95
	c) Nuevo orden y los potentados.....p.106
	1.3 Error político y el fin del régimen.....p.116
Porfirio Díaz.....p.130	1.4. Consideraciones finales acerca de las virtudes maquiavelianas en

Tercer capítulo: Herencias comparadas y contrapuestas.

1. Dictadura y democracia.

	1.1 Objetivos.....p.132
	1.2 Idea de la razón de Estado nación maquiaveliana y las bases de la razón de Estado porfirista.....p.132
	1.3. Instauración y permanencia dictatorial.....p.149
	1.4. Los oligarcas y el pueblo.....p.159.
	1.5. La dictadura entre la autocracia y la libertad.....p.169
	1.6. Consideraciones finales entre la fundación dictatorial y la democrática.....p.176

	Conclusiones.....p.179
--	-------------------------------

	Referentes bibliográficos.p.188
--	---

Introducción.

A continuación, se hablará del discurso maquiaveliano, la moral política del dictador y las características de las dictaduras presentadas en la figura del presidente Porfirio Díaz. El objetivo principal consiste en analizar la moral política en *El Príncipe*, de Nicolás Maquiavelo, cuyos aportes, como las nociones de *virtù*, *Fortuna* y *Príncipe nuevo*, servirán para, consecutivamente, interpretar la construcción ideológica y política de la figura histórica de Díaz, así como la de su régimen.

El tema de la ética en la política también es un aporte de las reflexiones maquiavelianas, pues, la presencia o ausencia de este valor influye en la toma de decisiones de aquellos que ostentan el poder, por ejemplo, la falta de ésta en los gobernantes no permite que los pueblos transiten a la democracia, afectando al desarrollo de sus países. La generalidad de los políticos, al ser gente egoísta e inmoral, busca subsistir a través de la corrupción, la simulación y el terror. Dicha razón es de especial interés, porque, debido a esta causa, se genera el dilema moral entre los políticos y los dictadores, que pueden contar con algo de decoro, pero, deben llegar a cambiarlo para enfrentar ciertos acontecimientos con éxito o evitar mayores males. El conflicto que existe entre la política y la ética es consecuencia de eventos que dan origen a gobiernos dictatoriales, demagogos y corruptos, por ende, algunas cavilaciones hacen suponer que la única manera para frenar estos sucesos es lograr conocer las raíces, mediante la reflexión filosófica y el análisis histórico.

Se ha creído que el poder está controlado y limitado por la Constitución y que es vigilada por asambleas ciudadanas. Asimismo, de forma inocente, se opina que entre la política y la ética existe una especie de armonía, que lidera tanto a las democracias como a las repúblicas. Sin embargo, cuando se descubren en los políticos actitudes inmorales dentro de las instituciones públicas, o bien, abusos

por parte del Estado hacia las personas, desde ahí, se puede percibir que la situación política no ha trascendido todavía hacia los planos éticos idóneos. Incluso, cuando se revisa con cuidado la forma de actuar de los gobiernos del pasado y se observa que estos actuaban de la misma forma, se inspira un fuerte pesimismo con respecto al futuro político. Así, pues, se deduce que las acciones de los políticos transitan por un perpetuo ciclo de declinación, cuyos errores y crímenes se repiten. De esta manera, quienes pagan por estos actos son los sujetos comunes, que se ven obligados a vivir estos ambientes viciados de sus líderes de manera inalterable.

A partir del origen de la constante inestabilidad gubernativa y, por tanto, social, se deduce que la realidad política podría calificarse como inmoral, egoísta e injusta. Sobre todo, porque, a través de los medios de comunicación y de la experiencia de los individuos, se ha mostrado el consentimiento de crímenes e injusticias por parte de las leyes positivas de los Estados.

Tal panorama es lamentable para nuestros tiempos contemporáneos, pues, demuestra que todavía no se ha logrado una interacción correcta de los ciudadanos con la política. Durante el ejercicio de este manejo, en el interior del Estado, continúan protegiéndose intereses particulares, que resultan ser difíciles de percibir por los ciudadanos, por lo que la corrupción, la crueldad y los crímenes continúan con su vigencia. La relación entre la ética y la política es lejana, puesto que los políticos deciden mostrarse ajenos e indiferentes a estas. Se puede concebir que en el interior del área de lo gubernamental hay “maldad”, sin embargo, si meditamos con cuidado sobre el comportamiento del hombre de Estado, se percibe que en su ser interno existen normas que le son propias y le rigen; estas, consecuentemente, se mantienen oscuras, aún para el entendimiento humano.

Referido a este fenómeno político, quisiera hablar ahora de *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo, ya que este diserta sobre las causalidades de esta forma de manifestación interna del político. Es más, aunque haya sido escrita durante el siglo XVI, las meditaciones de esta obra, sobre el hombre político y el poder,

lograron trascender a lo largo de los años. La claridad y sencillez en sus lecciones, cabe señalar, permitieron que se convirtiera en un traductor del poder político. La comprensión de su lectura permitió entender los fundamentos y la “verdad efectiva” de la razón de Estado; pues, Maquiavelo consideró importante conocer la verdadera política a partir de patentes reales y no imaginarias. Dicho acto fue revolucionario para su época, ya que las interpretaciones sobre la realidad se fundamentaron a partir de ideales cristianos y filosóficos. Por esta razón, pensó Maquiavelo en superar los paradigmas utópicos, para así ofrecer una interpretación verás sobre la política de su tiempo. Sobre todo, porque tenía en mente crear un Estado fuerte en Italia, para alcanzar la altura gubernativa que España y Francia, como Estados fuertes, poseían en aquella época.

Además, es importante señalar que, las intenciones teóricas del florentino estuvieron pensadas para ponerse en práctica para los líderes. Es por eso por lo que la obra de *El Príncipe* resultó ser un libro pragmático y útil para sus lectores. Aunque es diminuta la obra, su contenido tiene meditaciones profundas sobre el hombre de Estado y el poder, pues le brinda significación metódica desde el punto de vista histórico y político; incluso, antropológico, psicológico y filosófico. Las observaciones empíricas del texto dieron por hecho un análisis sobre el comportamiento del individuo y de las masas, permitiéndole conocer a los receptores, sin importar su tiempo, cómo es que se conforman las estructuras del poder en las sociedades, asimismo, la obra ofrece las herramientas intelectuales para poder generar un control ideológico.

Considero oportuno analizar el contenido de *El Príncipe* para esta investigación, debido a que sus argumentos políticos continúan explicando en forma clara el distanciamiento que existe entre la ética convencional y la praxis política; también, interpreta las razones y fines del Estado y en forma abstracta manifiesta una elucidación sobre un ideal del “deber ser” para el soberano, que sigue siendo discutida en la actualidad. Maquiavelo expuso los elementos ontológicos de la política que conforman al hombre de Estado y que deberían estar inertes en los futuros líderes de gobierno. Es decir, hace referencia sobre

normas internas que imperan o que deben regir en la actitud del político. De este modo es cómo Maquiavelo habla de que el Estado tiene fines políticos que son inmanentes y necesarios para su conservación, en cuyas opciones permite la brutalidad y la simulación como actos naturales, además de aceptables desde la concepción del realismo político. Esto prueba el por qué al dictador no se le puede enjuiciar por normas convencionales, ya que su propia naturaleza justifica sus actos como propios y adecuados debido a las circunstancias. Por ende, un Príncipe no es medido por su bondad, según el maquiavelismo, sino por cómo conserva al Estado y su comunidad, es decir, sólo se deben tomar en cuenta sus resultados o éxitos.

Maquiavelo fue condenado por muchos años por los intelectuales y religiosos, debido a que sus observaciones mostraron que los gobernantes poseían una actitud amoral para conservar sus respectivos Estados. No obstante, sus reflexiones originaron un juicio metódico, que fue idóneo para analizar el poder de manera universal. Inclusive, aunque actualmente se le estigmatiza por sus discursos e ideas en la política (supuestamente malignas) su obra ha brindado elementos que han hecho pensar el acontecer político y han cuestionado el comportamiento interno de los líderes.

Es importante señalar que lo peculiar de la propuesta de *El Príncipe* es el planteamiento de sus conceptos, como son la *virtù*, *Fortuna* y las nociones del *Príncipe nuevo*. Tales elementos son los pilares fundamentales que sostienen las bases teóricas de la obra, pues, introduce a sus lectores en una perspectiva natural y práctica, para que conozcan el régimen moral del dictador y la voluntad de su poder.

Maquiavelo, en *El Príncipe*, expuso las consideraciones naturales del gobernante. La obra argumenta que las virtudes son reflejo de la intelectualidad y sagacidad propias del Príncipe, dotes naturales que se ven ejercitadas en la vida cotidiana y política. Pero, también deben ser probadas por la diosa de la *Fortuna*, misma que colocará los escenarios dónde el príncipe se irá desarrollando. Su éxito será aplaudido si logra dominar las circunstancias o las duras pruebas de

esta deidad. De caso contrario, si el príncipe es vencido por esta diosa, significaría que su fracaso político se deberá a una falta de virilidad, así como de convicción de poder.

Con las reflexiones que realizó Maquiavelo, sobre las cualidades y circunstancias del precursor o gobernante, explicó cómo es la instauración de la figura del *Príncipe nuevo*. Dicho prototipo ha sido fundamental para las cavilaciones del florentino, pues su construcción ha funcionado como una guía para que los individuos se animen a emigrar del ámbito privado al público y, de este modo, formar parte del engranaje del poder político, para perpetuarlo.

Maquiavelo, a través del modelo del *Príncipe nuevo*, concibió la situación emergente y necesaria para el desarrollo del Estado y de la ciudadanía, sobre todo, a partir de la fundación de un principado nuevo o bien de una dictadura. El control del poder absoluto, según el florentino, solamente puede ser encabezado por un príncipe solitario y decidido a reformar o crear las bases para el Estado. La labor implicaría que sus razones estuvieran por encima de los preceptos éticos convencionales, ya que la construcción de un gobierno demanda que el príncipe naciente recurra a medios criminales y sádicos. De esta manera, se forma la figura del dictador, un personaje político que se perpetúa a través de las artimañas y la violencia.

Sin embargo, Nicolás Maquiavelo consideró importantes los valores positivos, por ejemplo, la prudencia. Gobernar correctamente implicaría que el príncipe supiera usar la crueldad. Discernir sobre la brutalidad y la bondad, como herramientas del poder, lleva a suponer que el gobernante debe de respetar la propiedad y la libertad de sus siervos. El príncipe debía evitar, de igual manera, no ser odiado por su gente. También, era fundamental que estuviera acompañado con su propia fuerza armada. De este modo lograría perpetuarse en el poder, sin que interviniesen por la fuerza otros individuos y se lo arrebataran. Ser temido, según Maquiavelo, conviene mejor para gobernar, la razón es porque el príncipe lograría establecer las bases de la paz y el desarrollo de las naciones, por ende, el gobernante consolidaría la gloria esperada.

En definitiva, *El Príncipe* de Maquiavelo a través de la figura del *Príncipe nuevo*, generó una serie de reflexiones que describieron los mecanismos internos del dictador. Dirigiéndonos, al mismo tiempo, a tomar en cuenta que la crueldad humana es un rasgo natural que en ocasiones se vuelve necesaria para ciertas circunstancias, sobre todo, para el hombre de Estado. El comportamiento de éste es propio de una actitud inmanente, incluso, a lo largo de los años continúa vigente. Es por eso por lo que las reflexiones de esta obra clásica continúan llamando la atención de los estudiosos, sobre todo, a filósofos de la política. Pues, Maquiavelo profundizó sobre la actitud inherente del hombre, inclusive, hizo caso de una moral propia de los príncipes. Por esta razón, es que se logra entender el conflicto que existe entre la ética y la política, igualmente, cómo este enfrentamiento ideológico genera el surgimiento de figuras dictatoriales, demagogas y corruptas a lo largo de los años.

De esta manera, el trabajo de investigación consistirá, de igual manera, en realizar una lectura maquiavelista de la figura de Porfirio Díaz (1830-1914) y de su Estado (1876-1911), desde las concepciones de la *virtù*, la *Fortuna* y el *Príncipe nuevo*. El ejercicio de relación explicará el sistema político del gobierno de Porfirio Díaz, lo cual fue esencial para determinar su realidad política y social. A su vez, se analizará el por qué este gobierno se negó a trascender como un Estado democrático. Luego, esta relación teórica servirá para demostrar que el conflicto que se da entre la ética y política genera cierto tipo de gobiernos autócratas, simuladores y corruptos en nuestros países.

Por esto mismo, el trabajo se propone como hipótesis que, en la obra *El Príncipe* se avistan algunos de los elementos de su precursor en Porfirio Díaz. Incluso, en el cual se diferencian los valores convencionales al de los políticos. Pues, el florentino en su obra comentó que la maldad humana y la gestión pública no permiten que la ética se imponga como norma de conducta en la política, por temor a que se destruya el orden político y aun la sociedad misma. Su consideración como valor ético en la sociedad permanece siempre y su prescripción es siempre acatada. Pero, en su uso político, su significado cambia

con el contexto. Puede, según Maquiavelo, permanecer tal cual, en la fase de acceso de poder, mas no cuando el problema es conservarlo. En este caso queda desvirtuada la ética, neutralizada consecuentemente por la acción política. Por lo tanto, para el antiguo canciller, los valores éticos dañarían la seguridad del Estado y de la sociedad durante el establecimiento del orden y la activación del progreso.

Todavía cabe señalar que, dado que se busca comprobar la hipótesis previamente establecida, así como los objetivos trazados, el presente trabajo se elaborará bajo el planteamiento metodológico del enfoque cualitativo. Asimismo, el objetivo de este estudio será realizar un trasfondo histórico y filosófico a Nicolás Maquiavelo en los primeros apartados de este trabajo. Para así proporcionar una explicación sobre la moral dictatorial en *El Príncipe* y de sus nociones de *virtù*, *Fortuna* y el *Príncipe nuevo* para así hacer la lectura maquiaveliana de la figura de Porfirio Díaz y a su régimen. También, sobre este mismo marco, prepararemos un cuadro histórico en el que se capté el influjo intelectual que tuvo el florentino con los eruditos por aproximadamente quinientos años.

A partir de este segmento, el tema de la tesis fue influido por el método comparativo de Iván Llarnazares Valduviego, expuesto en su artículo *Maquiavelo en la ciencia contemporánea de la política: Fundamentos y limitaciones de un reconocimiento intelectual*. Sintetizando, contribuyó a que comprendiera los pensamientos de Nicolás Maquiavelo, considerando sus dos ámbitos explicativos: la ciencia política empírica y la teoría política. Sus digresiones me han conducido a apreciar el pensamiento maquiaveliano en función de dos puntos de vista: primero, en su concepción autoritaria y, segundo, en la noción republicana. Estas consideraciones fundamentan mi propuesta con respecto a la ordenanza política y la autodeterminación tanto del político y como la del dictador. La investigación presenta dos formas en que ha sido interpretada la contemplación maquiaveliana. La primera manera, que se ha transmitido a lo largo del tiempo con mayor difusión, juzga como perverso, falso y tiránico el argumento que el florentino construyó para describir el manejo de la autoridad. La segunda lectura, que es la que se mostrará con mayor profundidad en el trabajo, discrepa de estas denominaciones y busca

hallar la idea maquiaveliana más veraz. En esta revisión tan somera, como inevitablemente personal, me he comprometido a develar la visión de Maquiavelo y colaborar con la demostración correcta de su peculiar enseñanza sobre el poder político.

Antes de continuar revelando el procedimiento de este trabajo, deseo subrayar lo siguiente. La ciencia política empírica se entiende como el análisis de las instituciones políticas y sus prácticas informales, así como los de las sociedades, igualmente, es prestar atención a los acontecimientos históricos. Es importante recalcar esto en vista de que Iván Llarnazares señaló que las obras politológicas recientes pretenden desarrollarse como teoría, sin considerar a los primeros fundadores de la ciencia política. Él duda, incluso, que hayan producido verdades a las que los clásicos ya hayan descubierto y profundizado. Caso que involucra a Maquiavelo, pues, por más que sus obras no hiciesen uso de los métodos cuantitativos ni de formalizaciones matemáticas, el conocimiento profundo de la Historia y su experiencia política de su país lo llevó a conocer los ámbitos más triviales de la política cotidiana, así como de las causas de los grandes conflictos internacionales.

Por otra parte, por teoría política se entiende como la ciencia orientada a entender y explicar la vida política. Iván Llarnazares consideró a Leo Strauss, Hannah Arendt, Antonio Gramsci, Louis Althusser, Quentin Skinner, Isahia Berlín y a J. G. Pollock como los autores más sagaces en la rama por haber planteado y estudiado a Nicolás Maquiavelo para entender sus respectivos presentes. En su campo de estudios, consideraron tanto la historia y las reflexiones políticas del intelectual florentino, para tener elementos con los cuales constatar sus observaciones. Por ejemplo, Llarnazares tomó en cuenta la obra *La política y el Estado Moderno* de Gramsci, pues presenta al maquiavelismo, el jacobinismo y el marxismo como modelos encarnados en etapas históricas diferentes. Además, señaló que Gramsci vio en *El Príncipe* una combinación entre ciencia e ideología políticas, ya que consideró que en la obra de Maquiavelo se puede ilustrar el

ejemplo histórico del símbolo del jefe y sobre cómo debe ser el gobernante ideal ante un pueblo disperso y amenazado por otras potencias. Al igual que Gramsci, Althusser conceptualizó a Maquiavelo como un escritor rupturista que designó al antiguo canciller como el primer filósofo materialista. Según el pensador marxista, Maquiavelo fue fundador de la ciencia política que, en segunda instancia, completaría Marx. Althusser planteó que el florentino inició con una teoría que encaminaría a la política y a la sociedad hacia una profunda transformación sobre la base de una revolución. Bajo las mismas circunstancias, con Arendt, el maquiavelismo se mostró como una teoría pionera en torno a la revolución política. La filósofa, tomando en cuenta tal propuesta, afirmó que la creación de un nuevo orden político involucraba las medidas precisas para exhortar a los individuos a ingresar al ámbito público.

Tales son algunos ejemplos del trabajo de Iván Llarnazares. El intelectual sostiene que algunas de las lecturas más recientes de Maquiavelo han pretendido enfatizar la llamada a una ciudadanía activa, cuya intención muestra un llamado al autogobierno de los ciudadanos. Además, exhibe el pensamiento de Maquiavelo como una instrucción para quienes eligen participar en la vida pública y hacer a un lado a los malos dirigentes. Por esta razón, el pensamiento de Maquiavelo continúa estimulando la reflexión y abre paralelamente nuevas interpretaciones, ayudándonos, por consecuencia, a entender nuestra historia y los acontecimientos políticos de nuestro presente.

A fin de seguir revelando el contenido de los capítulos, es importante señalar que la presente investigación pondrá atención sobre la moral dictatorial de *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo durante los primeros escritos. Para ello, es necesario enfocarse en ese punto porque permitirá explicar los componentes que conforman al realismo político de la obra. Asimismo, como elementos de apoyo para el análisis, están en consideración los conceptos de *virtù*, *Fortuna* y el *Príncipe nuevo*, cuya interacción en la diégesis de Maquiavelo ilustran cómo es que el hombre llega a involucrarse con el poder. Pues considero que la clarificación de las nociones maquiavelianas ayudan a comprender los factores

que influyen en la adquisición y retención de las hegemonías, según expone el pensador italiano; y, de esta manera, se puede deducir qué significado tiene el hombre de Estado para Maquiavelo y cómo se define la moral dictatorial en *El Príncipe*. Del mismo modo, los fundamentos teóricos y filosóficos de la obra del florentino llegan a alcanzar mayor claridad para interpretar este modelo y, paralelamente, mostrar el por qué la ética y la política aún no pueden relacionarse en la práctica.

Al conocer los fundamentos propuestos por Maquiavelo, se contará con descripciones que apoyen a interpretar las consecuencias sociales y políticas generadas por el conflicto entre ética y política. Ya que el desequilibrio social y gubernativo causan la ordenación de dictaduras, así como de sus variantes: las oligarquías, los simuladores y la corrupción entre los espacios gubernamentales. Por esto mismo estoy convencido que en *El Príncipe* se apunta a que los enfoques político y filosófico den cuenta de las causas que originan y dan fin a estos males estatales y sociales.

La moral dictatorial de *El Príncipe* puede reflejarse en nuestra política contemporánea. Vislumbrar la concepción ética y moral del político, así como las normas ciudadanas, permite entender que los valores individuales y sociales son elementales para poder confrontar las reglas impuestas por los políticos, así como con las fundadas por la población; pues, su armonía y conflicto se motivan para preservar al Estado, que a su vez, debe proteger a la comunidad; aunque, si bien ambos lados pueden hallarse en concordia, también es muy latente el conflicto.

Como ejemplo de esta interacción, está el modelo gubernamental del presidente mexicano Porfirio Díaz, así como el de su régimen. Es por eso que, tanto en el segundo y tercer capítulo se validará la vigencia del maquiavelismo en nuestra política contemporánea y el régimen de Díaz aportará con sus hechos la explicación de sus fundamentos.

Así pues, sobre las bases de las ideas expuestas, la investigación se constituirá en función de tres capítulos. Para tal efecto, el trabajo de investigación

hablará en la primera sección de la historia de Maquiavelo y después de la obra *El Príncipe*, como se ha venido diciendo anteriormente. Luego, realizaremos un escrito con respecto a las cavilaciones del antiguo canciller; el cual, alegaremos sobre su disposición como instrumento para el cometido de la reflexión política y la producción teórica.

De este modo extraeré los fundamentos primordiales, que son las ideas de *virtù*, *Fortuna* y el *Príncipe nuevo* para el segundo y tercer apartado. La realización de estos conceptos en *El Príncipe* es importante, porque Maquiavelo logró con ellos establecer las bases teóricas del realismo político. Todas estas razones fueron usadas para superar los paradigmas teóricos de su época. El florentino tuvo que apoyarse en sus propios elementos intelectuales, para interpretar su situación política. Su análisis, tanto histórico y político, lo llevó a conocer nuevos conceptos que refirieron al hombre político, con ello, conoció los caracteres efímeros y volubles de la naturaleza humana. En consecuencia, le permitieron interpretar el carácter humano, sobre todo, desde el realismo político. Es así como desde aquí se descubrirán las ideas de *El Príncipe*.

En este sentido, el primer apartado de esta investigación mostrará esta situación histórica, ya que de esta manera se tendrán los elementos correctos de interpretación, permitiendo que el progreso de este trabajo tenga los fundamentos necesarios para interpretar la imagen de Porfirio Díaz, así como la de su régimen; que, posteriormente, se desarrollará en el segundo y tercer capítulo, a través de la concepción maquiaveliana.

En el segundo y tercer capítulo se volverá a describir lo ya expuesto del primero, pero será relacionado con la política porfirista, para hacer mención de la utilidad teórica del maquiavelismo y sus cavilaciones. Considerando, al mismo tiempo, el punto de vista de filósofos e intelectuales del siglo XX (que tomaron como estudio a Maquiavelo e interpretaron sus acontecimientos políticos). Partiendo de los investigadores anteriores, así como compete en estos capítulos, el Porfiriato es señalado como una estructura idónea de estudio, puesto que existe la teoría y documentación necesarias para probar que su gobierno fue autócrata y

un simulador, a su vez, se presta para ser comparado con el pensamiento maquiavélico y su precursor.

Queda por aclarar que, para lo que compete al último capítulo, a modo de lección sobre el paralelismo entre la dictadura y la democracia, el texto consistirá en realizar una indagación sobre la base de la filosofía política al porfirismo, con la ayuda de la concepción maquiaveliana. Con el conocimiento, se efectuará una analogía entre la historia política de Porfirio Díaz y las reflexiones de Maquiavelo. El ejercicio de relación servirá para explicar el sistema político del gobierno de Díaz y sobre el conflicto ético en su política, pues, durante su administración hubo injusticias contra la población, asimismo, la imposición de la crueldad funcionó como un medio para retener el poder. Con ello, este régimen actuó de forma despótica, pese a surgir de un movimiento político liberal y democrático. Por lo que, la ambivalencia entre su origen y su desarrollo podría explicar el fracaso de su proyecto de Estado, igualmente, el por qué no pudo trascender para las masas.

En síntesis, los temas de este trabajo expondrán los fundamentos precisos para que el lector pueda conocer las lecciones maquiavelianas, en torno al poder político y su moral. La línea de argumentación, a su vez, apoyará brindando las piezas que serán aprovechadas para dar una interpretación a la figura de Porfirio Díaz y de su régimen, para conseguir aclarar la relación que ha existido entre la dictadura y la democracia. Sé que este planteamiento parece ser extravagante, sin embargo, considero que es interesante examinar el problema de relación entre la ética y la política, desde la perspectiva de los clásicos, ante todo, cuando en ellos se ansía hallar una contestación a los motivos de su oposición. A partir de este punto, las discusiones podrían rápidamente oponerse a esta propuesta. Aunque siento, en efecto, la necesidad de emprender esta exposición, ya que creo que la cavilación del pasado político y la filosofía política nos conducirán por mejores caminos a las sociedades y de este modo prosperar juntos.

Primer capítulo: Moral dictatorial del precursor maquiaveliano

1. Acerca de Nicolás Maquiavelo y *El Príncipe*

1.1. Objetivos.

Para los fines de este primer escrito tendrá como planes hablar, de manera breve, sobre la vida e ideas políticas de Nicolás Maquiavelo, así como de algunas peculiaridades históricas y teóricas de *El Príncipe*. Pues, durante el curso de esta búsqueda, mi propósito esencial será explicar al lector la importancia que el pensamiento maquiaveliano ha tenido dentro de la reflexión histórica, política y filosófica.

Para sustentar estos argumentos, el primer apartado del capítulo uno, se explicará de manera ordenada y crítica las ideas orientadas al realismo político de Maquiavelo, figuradas en la obra *El Príncipe*. Una vez expuestos los puntos a trabajar, consecutivamente, se abordarán los siguientes apartados de esta primera entrada, para indagar las causas que dan origen a la fundación, duración y moralidad de los gobiernos dictatoriales, también, a su razón de Estado, desde la concepción maquiaveliana. Así, hasta poseer el dispositivo teórico que nos será de utilidad para interpretar a Porfirio Díaz y su régimen, para el segundo y tercer capítulos.

1.2. Acerca de Nicolás Maquiavelo y sus cavilaciones políticas

Como es sabido, Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469 y murió el 21 de junio de 1527. Fue funcionario público, escritor y pensador sobre la política y del Estado. Bajo las circunstancias políticas el cual le tocó vivir, fue durante el régimen de los Médicis; una familia de banqueros que obtuvo el prestigio de las masas y la reputación política entre los acaudalados, desde la

llegada de Cosme de Médici y después con Lorenzo el Magnífico, principalmente. También cabe señalar que Nicolás Maquiavelo le tocó contemplar el entusiasmo religioso y político del dominico Girolamo Savonarola, enseguida de haber presenciado su condena a muerte con motivo de su intermisión y enemistad al gobierno de los Médicis y del papado. Cabe considerar, por otra parte, que su participación en la política se debió a su posición pública, fue secretario de la Segunda cancillería en la república de Florencia por catorce años (1498-1512), bajo el cargo del confaloniero Piero Soderini. Más adelante, el régimen republicano florentino se desplomó por los Médicis y por el ejército del rey Carlos VIII de Francia, lo que generó el exilio de Soderini, así como la persecución política en contra de los funcionarios públicos de la exrepública florentina, entre los cuales estuvo Maquiavelo. Por esta situación al florentino se le condenó y torturó a merced de ir en contra suya, sin embargo, se le absolvió y expulsó de Florencia, conminándolo al exilio en San Cassiano. Nicolás Maquiavelo fue forzado a abandonar sus misiones diplomáticas, para así vivir en su pequeña finca en San Andrea, donde compuso sus obras de *El Príncipe* (1513) y sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (1513-1519).

Con esto último en mente, uno de los componentes importantes en la vida de Maquiavelo, fue haberse desenvuelto durante la época del Renacimiento del siglo XVI. De esta suerte, fue como Florencia se dejó influir por las artes y las ciencias. Durante este siglo, Europa inició vivir de forma distinta, pues, las creencias cristianas del medievo emprendieron hacia un modelo distinto, el humanismo. En relación con este acontecimiento cultural, se desarrollaron hechos que definieron el proceder de la humanidad. Sea a modo de ejemplo, la caída de Constantinopla en 1453 y el descubrimiento de América en 1492.

Además, es importante señalar que el modelo teocéntrico comenzó por cambiar al antropocéntrico. Puesto que la idea de Dios dejó de ser el punto central de los argumentos filosóficos y fue que el hombre, posteriormente, tomó su lugar en las áreas universitarias y culturales. Esto ocurrió porque se retomaron las ideas

de los clásicos griegos y romanos, motivo por el que la teoría del conocimiento viró hacia el quehacer humanístico.

Este cambio de creencias resonó en el mundo material, lo que daría origen a una nueva forma de política, como el absolutismo¹. Esto condujo a que países como España, Francia e Inglaterra transitaran hacia un modelo de política distinta al feudalismo. A consecuencia de que los mercados y burgueses facilitaron el hallazgo de nuevos horizontes en el mundo, originando el primer periodo del capitalismo. En cambio, hubo países como Italia que se conservaron entre lo atávico y lo moderno, lo que ocasionó que su autonomía fuera privada por los españoles, franceses, alemanes, suizos, por el mismo Papa y por los *condottieri* de algunas regiones italianas².

Lo que importa observar sobre esto último es que, para Nicolás Maquiavelo, el camino que buscaba la conservación de Italia era inconstante e inestable por la situación política y social, debido a la irrupción de extranjeros y, sobre todo, por su regular política tiránica de los *condottieri*. Para tal efecto, la nación albergó diferentes pleitos en su interior, que impidieron la consistencia en el país, de tal manera que frenó todo propósito que diera comienzo hacia una política ciudadana.

De estas circunstancias nació el deseo por resolver estas dificultades, a través de un modelo de gobierno central, tal fue el caso de pretender repetir la administración dictatorial romana en Italia. Pues, sus capacidades de alcanzar a solucionar los estragos sociales y políticos provocaban mejores resultados y efectividad, a cambio de que los poderes políticos se administraran desde el Estado. Razón por la cual se juzgó que los gobiernos dictatoriales eran los modelos apropiados para adquirir la paz social y política, así como el desarrollo cultural y económico.

¹ Para mayor información sobre el tema véase en H. Sabine, G. (1996) Maquiavelo, *Historia de la teoría política*, México, Fondo de Cultura económica, p.p. 265-281.

² Para mayor información véase en Burckhardt, J. (2020) *La cultura del Renacimiento en Italia*, España, AKAL, p.p. 45-141.

Es así como Maquiavelo infirió la idea de un Estado nación con base a sus cavilaciones de los gobiernos dictatoriales, por lo que se consagró a la misión de alcanzar a idear un Estado italiano idéntico al modelo romano. Esta iniciativa originó que los pensamientos y discursos del florentino se encaminaran en la acción política. A su vez, lo condujo a que sus cavilaciones se fijaran en las cualidades de los gobernantes del pasado, sobre todo, de los extraordinarios.

He aquí más o menos como pensaba Maquiavelo en relación con su formulación política. Aunque, es importante destacar sus juicios políticos respecto al hombre de Estado, ya que buscó proyectar la idea de un gobernante incorruptible, osado y prudente, en contraste con las posturas de los filósofos y cristianos, debido a que consideraba que sus ideales eran defectuosos, para las labores políticas internas del gobernante. Como se ve, Maquiavelo determinó dirigirse por un rumbo distinto al de sus precursores y filósofos sobre la procesión del pensamiento político con la ética, puesto que primero sopesó en cuanto a la conducta y condición humana, lo que lo direccionó a separar la competencia pública de la privada. Para definir que la aptitud del político y, sobre todo, la del jefe de Estado, pertenecía a otro precepto moral, diferente al del hombre común.

Como se puede inferir, las cavilaciones de Nicolás Maquiavelo gravitaron alrededor de la necesidad del mal en la política. Es así como se le confirió el distintivo de “maquiavélico” por siglos. Inclusive, se le representó como una figura del infortunio, la imperfección, la inmoralidad y lo diabólico, pues, no faltó que lo designaran como “el maestro del mal”. No obstante, el pensamiento maquiaveliano se aproximó sólo a comprender la posición real del hombre de Estado y sobre los modos de ordenamientos políticos. Asimismo, el juicio maquiaveliano se fue precisando hacia la intención de la planificación política y la creación de la república popular, resuelta por la representación, la personalidad y trascendencia del gobernante.

Tenemos, en consecuencia, que las cavilaciones de Maquiavelo definieron la situación política y condición social tanto de su nación como de su época, pero, del mismo modo, estrechó sus ideales posteriormente con otros pensadores y

líderes de Estado. La importancia de los discursos maquiavelianos tuvo incumbencia por su análisis y precisión a propósito de la conformación y duración del Estado, así como de la organización de la libertad política y del modelo republicano. Incluso, conviene decir que su indagación, referente al gobernante, lo encaminó a fijar su prototipo del regente o dictador ideal contrario al tirano. Así es como empezamos a cercar lo antes dicho para esta indagación del poder político y su moral, aunque podemos interrumpir aquí este breve apartado para así seguir conociendo más a fondo sobre las cavilaciones maquiavelianas, a través de su obra *El Príncipe*.

1.3. Acerca de la obra *El Príncipe* y su influencia intelectual

Hemos discutido hasta ahora la historia y juicios de Nicolás Maquiavelo con respecto al poder político y su criterio acerca del hombre de Estado, de forma breve. Ahora, en la perspectiva que aquí se abordará, será con respecto a su obra *El Príncipe*. A este propósito, primero comencemos por precisar una reseña histórica sobre este libro, hasta concordarlo con algunas posturas de filósofos, historiadores y politólogos contemporáneos; que impactó sobre sus percepciones sobre el fenómeno político, y de ahí que les ofreció la capacidad de comprenderlo con hondura, así hasta que alcanzaron a ejecutar la acción política en las ocasiones más pertinentes.

En lo esencial, *El Príncipe* se escribió entre mediados de 1513, en el tiempo en el cual Maquiavelo se encontraba exiliado en su comarca *Sant'andrea*. Por origen, el libro se escribió para ser ofrendado a Lorenzo de Médicis, príncipe de la región de la Romaña y familiar cercano del Papa León X. Los planes originales de este ofrecimiento se fundaron por los intentos de Maquiavelo por volver a la vida pública, pero, dicho intento no tuvo resultados. Fue así como la obra perduró confinada mientras su autor se mantuvo con vida. Al morir Maquiavelo, *El Príncipe* empezó a ser popular entre académicos, políticos y religiosos, esto causó

manifestaciones contrarias al pensamiento maquiaveliano, aunque, por otra parte, originó aprobación en ciertas sociedades de intelectuales, científicos y por filósofos de la política.

Digamos que fueron diversas las declaraciones que estuvieron en contra y en favor de las cavilaciones maquiavelianas. Pero, conviene precisar algunos hechos que estuvieron vinculados con la difusión de la obra. Para ello, comenzaré dando algunos ejemplos históricos. Prosiguiendo con el tema, durante el siglo XVI, desde que *El Príncipe* se dio a conocer, por académicos y religiosos, fue que se le juzgó por su contenido. Sobre todo, por los jesuitas en España, puesto que se pronunciaron en contra de la razón de Estado, la cual Maquiavelo empezaba por elucidar en el libro. En este sentido, para estos religiosos, el maquiavelismo era análogo a la inmoralidad y a lo diabólico, pues, estimaban que los gobernantes y agentes públicos debían estar sujetos a los valores convencionales de la ética y la religiosidad. Por lo que, las exhortaciones maquiavelianas de *El Príncipe* quebrantaba con los ideales de la cristiandad y del buen gobierno. Registrados estos eventos, hubo escritores y pensadores que juzgaron al maquiavelismo bajo estos miramientos, entre los cuales estuvieron el Padre Rivadeneyra (1526-1611), Diego Saavedra Fajardo (1584-1648), la Madre de Jesús de Agreda (1602-1665) y Baltasar Gracián (1601-1658).

Por esto, puede decirse que el “maquiavelismo” se relacionaba con la perversidad y el satanismo. Pero, por otro lado, las cavilaciones maquiavelianas fueron contempladas a partir del enfoque científico. Francis Bacon (1561-1626), por ejemplo, creador del método experimental, fue atraído por los argumentos de *El Príncipe*, el cual lo guio a examinar y reflexionar sobre la técnica y el pragmatismo político, planteado desde el realismo. Entorno hacia esta norma objetivista de la política moderna, Bacon fue que tomó conciencia sobre los propósitos que tuvo Maquiavelo al escribir su obra en su época. Razón por la cual valoró los pensamientos maquiavelianos desde la óptica de la efectividad pragmática y la destreza humana. Esto lo condujo a inferir que las cavilaciones de

Maquiavelo se llevaron a cabo para especificar la conducta del hombre con el poder político.

Dentro de este marco referencial, durante el siglo XVIII, las ideas de Nicolás Maquiavelo, con las cuales ya habían emprendido nuevos rumbos en Europa, iniciaban por ser examinadas y admiradas por los intelectuales de la época, entre los que estuvo Jean Jacques Rousseau (1712-1778). El francés ilustrado se influyó por los postulados políticos de *El Príncipe*, pues, percibió que Maquiavelo perfiló las propiedades del buen gobierno, además, discernió la silueta del tirano al del republicano. Su reflexión lo encaminó a proclamar que *El Príncipe* era una obra escrita para los republicanos que anhelaban hacer frente a los gobiernos despóticos. Fue en este sentido que Rousseau había concluido que las cavilaciones de Maquiavelo detentaron la idea de instaurar un gobierno popular con la ayuda de un Estado republicano.

Fue significativa la importancia que tuvo la obra durante estos siglos, en vista de que la concepción maquiaveliana comenzó a ser estudiada por las futuras generaciones del siglo XX. De acuerdo con Raúl Correo Heneo, en su ensayo *Moral y política en Nicolás Maquiavelo* (1983)³, se comenta que durante este periodo surgieron varios movimientos de intelectuales que continuaron con las enseñanzas de Maquiavelo. El primero de ellos y más preminente, fue el de la sociedad de pensadores que configuraron la hermandad de la Élite del poder. Este se formó con el apoyo de James Burnham (1905-1987), Gaetano Mosca (1858-1941), Georges Sorel (1847-1922), Robert Michels (1876-1936) y Vilfredo Pareto (1848-1923). En cierto sentido, esta asociación de maquiavélicos contemporáneos plantearon que las democracias directas no podían fundarse como gobierno, ya que habían conjeturado que las masas no poseían la capacidad de mantener la estabilidad política por sí mismas. Además, sus cavilaciones se condujeron hacia la idea de la clasificación humana, la cual radicó en la posición y actitud de los individuos competentes, para administrar la vida pública y privada de las

³ Véase en Correo Heneo, N.(s/f) *Moral y política en Nicolás Maquiavelo*, Banco de la República, Colombia, p.p. 168-205. [Dialnet-MoralYPoliticaEnNicolasMaquiavelo-5345244.pdf](https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5345244)

aglomeraciones. De modo que el único sistema conveniente para los pueblos era el modelo de gobierno representativo, pues, a través de él liderarían una élite de tecnócratas y diplomáticos.

Por otro lado, Néstor Raúl Correo Heneo, en este mismo ensayo, mencionó que habían surgido otras sociedades que siguieron estudiando y admirando las ideas maquiavelianas, pero, sus observaciones lo hacían a partir de la tendencia liberal. El ejemplo más significativo que citó, para explicar esta asociación, fue por medio de Benedetto Croce (1866-1952). Correo Heneo explicó que el filósofo había fijado el argumento de que el maquiavelismo revelaba ser una teoría pragmática. Esta situación se adquirió debido a que el pensador mantuvo la idea firme de que Maquiavelo fue un filósofo de la política, puesto que había originado una teoría que sentó los valores políticos en comparación con las normas convencionales de la ética y la cristiandad. Incluso, afirmó que las cavilaciones del canciller florentino fueron expuestas, para que los proyectos políticos fueran autárquicos y apartados de las reglas tradicionales del cristianismo, así como de las utopías. Por lo que, para Croce, Maquiavelo representó ser el pensador y pionero de la teoría política, en donde, para el filósofo liberal, evidenciaba que las cavilaciones maquiavelianas se ajustaban con la disciplina de la reflexión filosófica. Razón que lo hizo discernir sobre una moral intrínseca en la política y en los hombres de Estado.

Al llegar a este punto, Correo Heneo viró hacia otras doctrinas que se equiparaban al maquiavelismo en la época, a lo cual se ubicaba con el marxismo. Con esta finalidad fue que lo enlazó con los ideales de Antonio Gramsci (1891-1937). Sobre el asunto, Correo Heneo explicó que el marxista había confirmado que en *El Príncipe* se comprendía la idea profusa en cuanto a la autonomía de las ciencias políticas. En otras palabras, resulta que la práctica política se erige por sus propias leyes y principios, al margen de las normas éticas y religiosas. De estas circunstancias nació el hecho de que en *El Príncipe* se desarrollaba teóricamente la instrucción de la voluntad colectiva nacional y popular, así como la concienciación de las masas frente a la hegemonía cultural y de los aparatos

coercitivos del Estado que los oprimían. Por lo que, Gramsci conceptualizó a *El Príncipe* como una teoría de carácter utópica, si bien la figura del príncipe cabe señalar, no la veía representada en un individuo en concreto sino como un organismo social, es decir, como un grupo político aunado por la clase trabajadora y de ciudadanos integrados para concebir la nación ideal.

Por consiguiente, tocante a las cavilaciones maquiavelianas se acepta que fue una disciplina del pensamiento político que ocasionó distintas respuestas entre intelectuales, científicos, religiosos, políticos y filósofos desde hace más de quinientos años. De esta suerte, es como hoy por hoy se continúa escuchando sobre el maquiavelismo, sin conocer a ciencia cierta en que se fundamenta realmente. En los ejemplos dados se mostró cómo el maquiavelismo se fue incorporando en la actividad de la reflexión de la filosofía y la política, hasta que obtuvo su oportunidad de ser ajustada con otras corrientes del pensamiento contemporáneo. Pero, henos aquí, no obstante, apenas en nuestra travesía para comprender sobre las cavilaciones maquiavelianas. Es así como es prudente advertir que se seguirá escrutando sobre los pensamientos de Maquiavelo en el siguiente escrito.

1.3.1. Sobre las cavilaciones maquiavelianas

El tema que aquí nos interesa entender serán los fundamentos sustanciales que se han constituido y continúan en la obra de *El Príncipe*, en parte también en los *Discursos*. Ante todo, porque el propósito será separar los elementos maquiavelianos que conciben su manera de expresión ante el lector y que al mismo tiempo no se alcanza a comprender enseguida. Lo que nos llevará a formar el dispositivo teórico que nos será de utilidad para los próximos capítulos, de esta manera, se perfilará el discurso maquiaveliano que nos favorecerá en la interpretación de Porfirio Díaz y de su régimen, hasta conseguir el aparato contemplativo que nos asistirá, para conocer acerca de la moral dictatorial.

En virtud de lo ya explicado, ahora continuaremos aproximándonos a las cavilaciones maquiavelianas. Para esto, nos apropiaremos de los juicios políticos eminentes de *El Príncipe*, como se anotó anteriormente. Pero, tal vez debamos pasar primero revista sobre la contextura del libro y lograr acercarse a su naturaleza interna, asimismo, conocer paralelamente su relación con los *Discursos*, de este modo se descifrarían las cavilaciones maquiavelianas.

Para simplificar, podríamos decir que *El Príncipe* es una obra que está ordenada por veintiséis capítulos. Los temas tratados, que se descubren en este escrito, abarcan desde reflexiones y anécdotas políticas de Nicolás Maquiavelo, de la misma forma que se encuentran observaciones para sujetos históricos de la antigua Roma, Grecia, así como devociones hacia personajes míticos y religiosos. Aunado a esto último, también, el libro se preparó de forma tácita, conforme al provecho del gobernante; de ahí que el tratado, aparentemente, se creyó ser irrisorio. No obstante, los propósitos de *El Príncipe* fue facilitar la teoría práctica a sus lectores, de tal forma que sus capítulos fueron mínimos.

También cabe mencionar que los argumentos en el libro se separaron del campo de la teoría y Filosofía clásicas, también de la religión cristiana. A causa de que Maquiavelo expuso que las especulaciones no creaban las cualidades imprescindibles que contribuirían en la creación del Estado, así como de la homogenización de la sociedad en una nación. Por lo que, *El Príncipe* se encauzó por el utilitarismo, así como en la formulación de una política moderna partiendo del realismo. Con esto no quiere decir que en la obra se posiciona como una teoría general de la política, pues, los principios del poder político en el escrito no son descifrables de forma inmediata. De ahí que el florentino indujo a sus lectores a discurrir sobre los asuntos del Estado, tal como de las obligaciones del hombre público, por su propia convicción y lealtad a los principios del bien en común.

Conviene distinguir, incluso, que *El Príncipe* fue un escrito peculiar para su época, en vista de que la descripción elemental de los gobiernos que elaboró Maquiavelo fue atípica. De acuerdo con Norberto Bobbio, la obra precisó los gobiernos de manera sencilla y práctica, ya que, a diferencia de los politólogos y

filósofos clásicos, el libro reveló nada más que dos formas de gobiernos: el principado y el republicano⁴. Con respecto al primer gobierno, concierne a la clase monárquica o absolutista. Lo cual, esto mencionaba que los poderes políticos moraban en las manos de un solo sujeto o instituto. En este sentido político, los poderes del soberano abarcaban numerosas responsabilidades, entre las cuales se descubría la implantación y mantenimiento del Estado. Razón por que los regentes debían acondicionarse en presencia de la contingencia, tanto para capacitarse como para aplicar los recursos forzosos, que buscaban la conservación del sistema político y de la comunidad. Todas estas razones señoriales concernieron en la obra maquiaveliana, pues, su finalidad fue plantear la obligación del *Príncipe nuevo*, que es fundar un nuevo Estado, para aliviar a una nación arruinada por la corrupción política, las guerras internas y las intervenciones extranjeras.

Por el contrario, para Maquiavelo la administración del gobierno republicano era opuesta al principado. Los temas tratados de la república, cabe subrayar, no fueron analizados en *El Príncipe*, sino que fueron razonados a partir de los *Discursos*. En dicha obra, en el régimen republicano participaban la colectividad, el cual las clases pudientes y el pueblo impugnaban por sus privilegios y autodeterminación. Razón por la cual, el sistema político en la república sostuvo la desunión entre los individuos, por lo que, esto aprovisionaba a los ciudadanos la facultad por reclamar sus derechos en la política. Por esta razón, Maquiavelo alegó su preferencia hacia esta forma de gobierno, ya que en ella era probable el ordenamiento civil, del mismo modo, el de la libertad política.

Con respecto a estas contradicciones políticas, entre *El Príncipe* y los *Discursos*, se juzgó que Maquiavelo se contradecía, pues, los motivos de cada obra se objetaban por sus representaciones políticas. De ahí que sobrevinieron declaraciones que aseveraban que las razones escritas del florentino se mantendrían en la opacidad, como lo declaró Benedetto Croce. En efecto, las

⁴ Cfr. en Bobbio, N. (2014) VI. Maquiavelo, *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 64.

disimilitudes entre ambas teorías condujeron a los estudiosos del maquiavelismo a elegir de forma aislada las ideas del intelectual. Un ejemplo sobre esta forma de contemplar el maquiavelismo acaeció con Ernst Cassirer. El filósofo y sociólogo trató, en su obra *El mito del Estado*, los pensamientos maquiavelianos, para expresar su interpretación acerca de los mecanismos internos del poder autoritario. En virtud de su análisis a *El Príncipe*, adujo que en sus temas revelaba el proceder interno de los políticos, inclusive, evidenciaba su inmoralidad por medio de su eficiencia técnica y su diligencia en la retórica. Manifestando, por ende, que el maquiavelismo tenía proximidad con los gobiernos de personalidad autoritaria e insidiosa.

Pero, para quienes sostuvieron al republicanismo en las cavilaciones maquiavelianas, por esta parte fue observado por liberales y republicanos, entre los que resaltaron Quentin Skinner, Federico Chabod y J.G. Pollock. Otra figura central que se aproximó a este punto de vista fue Hannah Arendt. Al respecto, la filósofa reflexionó sobre el maquiavelismo desde el enfoque de la revolución y la libertad política. En su obra *Sobre la revolución*, Arendt decidió descifrar estas ideas partiendo de los hechos acontecidos en Francia en 1789, así hasta llegar a finales del siglo XVIII con la revolución norteamericana. Allí fue que entendió los propósitos de Nicolás Maquiavelo al determinarse sobre el nacimiento de la apertura civil. Para tal efecto, Arendt nombró al canciller florentino como el “padre de las revoluciones”⁵, debido a su colaboración de haber fomentado el cambio radical a contracorriente de su época, que se rehusaba a modificar su política, con tal que concediera el poder político a los individuos, para así ellos decidir cómo vivir en comunidad, del mismo modo que los antiguos griegos y romanos.

Hay que hacer notar que, a lo largo de los años, las reflexiones de Maquiavelo fueron valoradas por los intelectuales, como se ha venido diciendo, con todo a pesar de que algunos precisaron sus indagaciones, sin tener en consideración las causas originales que dieron viveza a las ideas del antiguo

⁵ Véase en Arendt, H. (2020) *Sobre la revolución*, Alianza, México, p. 57.

canciller. Aunque, otra forma que contribuyó en la proximidad al pensamiento maquiaveliano fue en atención de otros pensadores que mostraron la concordancia entre las obras de *El Príncipe* y los *Discursos*. Digamos que fueron varios los eruditos que llevaron a cabo estas conjunciones sobre el maquiavelismo, pero, entre los prodigios se halló a Claude Lefort, puesto que sus averiguaciones sobre el maquiavelismo lo dirigieron a encontrar los propósitos auténticos del autor, los cuales se asociaron con el republicanismo y la libertad política, de la misma manera que pensó Hannah Arendt. En cambio, de acuerdo con Lefort, el maquiavelismo representaba ser el impulsor que iniciaría con un nuevo régimen político, simbolizado por una república popular. De ahí que, el filósofo francés infirió que el pensamiento maquiaveliano se asemejaba con las corrientes del marxismo, inclusive, determinó que las cavilaciones de Maquiavelo y de Carlos Marx se crearon para propiciar en los jóvenes el ánimo de variar su realidad social y política⁶.

Análogamente al pensamiento de Claude Lefort, se encontró Louis Althusser, pues, expuso una teoría en la cual nombraba a Maquiavelo como el primer filósofo materialista moderno. En correspondencia a las posturas de Lefort, Althusser impartió una secuencia de clases relacionadas al pensamiento maquiaveliano, llamados *Maquiavelo y nosotros*. Los motivos de estas enseñanzas fueron incorporar los razonamientos del canciller con la Filosofía de la praxis y con el marxismo. Para desarrollarlo, el filósofo marxista argumentó que el maquiavelismo era un dispositivo teórico que sería capaz de determinarse como un estilo filosófico. Fue crucial relacionar las obras de *El Príncipe* con los *Discursos*, ya que de esta manera se establecería una dialéctica alusiva al poder. En contraste de Cassirer, que examinó únicamente el libro de *El Príncipe*, Althusser se amplió con el republicanismo maquiaveliano, en vista de que tomó conciencia de que los discursos de Maquiavelo se hallaban incompletos cuando se examinaba un solo escrito. Por ello, el filósofo francés dispuso de ambas obras,

⁶ Cfr. en Lefort, C. (1988) Maquiavelo y los jóvenes, *Las formas de la historia. Ensayos de antropología política*, Fondo de Cultura Económica, México, p.p. 130-143.

para así esclarecer la filosofía que se hallaba en el interior de los tecnicismos y meditaciones de Maquiavelo. Estas razones que alcanzó Althusser le permitieron comprender las atribuciones del *Príncipe nuevo* y sobre el gobierno popular, los cuales sopesó y coincidió con el marxismo, asimismo, con la Filosofía de la praxis. De esta manera se resolvieron los caracteres de las coyunturas históricas y cómo estas podían ser interferidas, para causar la escisión oportuna que daría comienzo a una realidad social y política idóneas.

Siendo las cosas de esta forma, acudimos a estos ejemplos históricos de pensadores, para así aproximarnos a un sentido nítido respecto a las cavilaciones maquiavelianas. Con todo y lo anterior dicho, mencionaremos que esta manera de reflexión política se acondiciona conforme a los fines que se pretenden alcanzar. Pues, los discursos de Maquiavelo comprenden diferentes perspectivas del poder político, baste como la fundación y duración del Estado, la configuración del gobernante competente, sobre las repúblicas aristocrática y popular, acerca de la libertad política, referente al conflicto de la ética y la política, etcétera. Es decir, las cavilaciones maquiavelianas engloban numerosas interpretaciones con respecto al fenómeno del poder político, el cual, a su vez, ha ocasionado su atracción hacia los eruditos durante siglos.

Existe, empero, un uso en el cual las cavilaciones maquiavelianas sucumbirían en el adoctrinamiento. Debido a lo cual suscitaría que su visión se restringiera sólo a lo técnico y lo pragmático. En este sentido, la concepción maquiaveliana se circunscribiría a fines egoístas y ruines que provocaría resultados perjudiciales para los individuos. En vista de que la disciplina del mal en *El Príncipe* ha beneficiado a tiranos y oligarcas, para continuar en el poder. Un ejemplo relacionado a esto último explicado se halla con Maurice Joly, puesto que, en su obra *Diálogos en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, expuso sobre la configuración de las dictaduras por medio de los artilugios del fraude, el asesinato, la demagogia, la manipulación, los golpes de Estado, la opresión, el

espionaje, la complicidad con extranjeros y medios de comunicación, etcétera⁷. En otras palabras, lo que hizo Joly fue reflejar la semblanza maligna de *El Príncipe*, al mismo tiempo que patentizó el modismo el cual nunca expreso Maquiavelo: *el fin justifica los medios*.

Antes de continuar con los siguientes apartados y capítulos insistamos que nuestra ocupación en estos escritos es meditar acerca del poder político. Las cavilaciones maquiavelianas nos beneficiarán para esta intención. Conviene, sin embargo, advertir que el sendero por el cual andaremos se hallará por la vía de la inmoralidad, ya que, persistiremos comenzar con *El Príncipe* para precisar sus propiedades intelectuales. Esa iniciativa nos favorecerá en virtud de nuestro interés por saber la formación de la moral dictatorial durante la conformación del Estado y del gobierno autoritario, sobre todo, porque nos otorgará los fragmentos eruditos del maquiavelismo; para llevar a cabo nuestra lectura de Porfirio Díaz y de su régimen, y alcanzar una mejor comprensión en cuanto al poder político, así como de su contienda con la ética.

1.4. Consideraciones finales acerca de las ideas maquiavelianas

Al llegar aquí, afirmaré que los motivos de estos primeros escritos fueron para ofrecerle al lector la información respecto a la vida de Nicolás Maquiavelo. Además, se le concedió una sección por las que se reveló sus pensamientos por medio de sus obras *El Príncipe* y los *Discursos*. Estas razones nos empujaron a explicar sobre las reflexiones del antiguo canciller, así como su capacidad de conseguir el interés de los filósofos, científicos y religiosos por sus ideas.

Es así como nos concentramos sobre el influjo que tuvo la forma de pensar de Maquiavelo en los eruditos. A este respecto, resolvimos que su influencia ocasionó que se concibieran nuevos discursos y reflexiones conforme al fenómeno político. Esto mismo, entorno a sus cavilaciones halladas en sus escritos, *El*

⁷ Véase en Joly, M. (2005) *Diálogos en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, Colofón S.A., México. p.p. 36-39.

Príncipe sobre todo. Como resultado, conseguimos componer una serie de descripciones históricas y de personajes que se enlazaron con el pensamiento maquiaveliano.

De igual manera, comprendimos que las ideas de Maquiavelo se relacionan con el utilitarismo y el realismo. Esta situación resultó ser para diversos estudiosos de la Filosofía, la religión y la ética un hecho contraproducente para la vida de los individuos, en vista de que revelaba la personalidad y propósitos malignos de los políticos y gobernantes. Por ello, se provocó que las ideas del antiguo canciller se consideraran como técnicos y malévolos.

En contraste con esto último, extrajimos otras averiguaciones por las cuales disentían de los discursos acostumbrados al recelo e intransigencia al pensamiento maquiaveliano. En este sentido, conformamos un conjunto de intelectuales vinculados a las ideas liberales, republicanas y marxistas. Igualmente, conseguimos darnos cuenta que estos pensamientos modernos y contemporáneos sostuvieron correlación teórica y práctica. De tal manera, que las reflexiones de Maquiavelo se valieron nuevamente de su estudio y verificación.

Con esto nos encaminamos hacia las cavilaciones maquiavelianas. Las cuales, caímos en la cuenta de que sus ideas conseguirían guiarnos hacia un enfoque del todo distinto del fenómeno político. En efecto, en el transcurso de los años, los valores y postulados de Maquiavelo fueron creencias que brindaron un sendero por el que sus lectores discernieran sobre las virtudes y capacidades del poder político. De ahí que mantuvo de forma constante el interés y provecho de los políticos así como de los dictadores hacia los pensamientos del florentino. Por el contrario, los intelectuales y filósofos de la política conservaron su atención a las ideas que afirmaban los modos para crear un Estado civil así como ejercer la libertad política.

Ante esta forma de ambigüedad de ideas y de intereses, dimos por hecho que las cavilaciones maquiavelianas se asignaron para un fin determinado y especial, que consistía en el establecimiento de un nuevo Estado, fundado y

creado por un precursor determinado a salvar y a liberar tanto a su nación como a sus paisanos del dominio de los oligarcas, tiranos y extranjeros. De estas evidencias, inferimos que este motivo emancipatorio y de exhortación fue lo que cautivó a sus lectores, porque la voz que incitaba la independencia de los pueblos oprimidos por los potentados generó en sus lectores la capacidad de pensar por sí mismo sobre el poder.

De esta suerte es cómo nos determinaremos a resolver durante el trayecto de los siguientes escritos, pero es necesario, primero, saber y comprender las ideas de Nicolás Maquiavelo. Para esto, el segundo y tercer apartado del primer capítulo se referirán a esta difícil y fascinante tarea. Porque, de esta forma, nos beneficiaremos del dispositivo teórico y dará principios a las cavilaciones del poder, a partir de la concepción maquiaveliana.

2. Referente a la *virtù* y la *Fortuna* en *El Príncipe*

2.1. Objetivos

A continuación, para este segundo apartado, se analizarán las nociones del poder político que se hallan en *El Príncipe*, por el cual, terminaron por desarrollar las propiedades internas del fundador de la autoridad y ordenador del nuevo régimen. Para ello, nos aproximaremos a sus ideas sustanciales que confirieron la vehemencia al gobernante ideal de Maquiavelo. Partiendo, principalmente, de sus representaciones notables que fueron la *virtù* y *Fortuna*. Términos por los cuales se descubren en el libro pero que no se alcanzan a comprender completamente.

Es por esto mismo que se dilucidarán algunas ideas de los textos XVII, XVIII, XIX, XXV y XXVI de la obra. Puesto que en ellos considero se alcanzan a percibir estas razones, así como la conducta interna del gobernante, gracias a lo cual lleva a efecto sus dotes en la política, como al mismo tiempo lo aparta de los preceptos éticos y de la religiosidad. Para esto mismo, se escudriñará en cuanto al establecimiento de los regímenes dictatoriales, comenzado desde el regente maquiaveliano. Es así que se podrá comprender al pensamiento del antiguo canciller, para iniciar las cavilaciones maquiavelianas en los capítulos segundo y tercero, al igual que se llevará a cabo la interpretación de Díaz y de su régimen. Con estos elementos, se tendrán referentes para comprender a la oposición entre la ética y el poder político.

2.2. *Virtù* y *Fortuna*

Como dijimos al principio en los objetivos, nos ocuparemos en examinar referente al proceder interno del gobernante, comenzando desde las ideas de la *virtù* y *Fortuna* maquiavelianas. Pero, antes de seguir adelante, primero, comenzaré

dando algunas observaciones en relación a estos dos conceptos de Maquiavelo. Para mejor entender esta agrupación de valores y así concertarlas con las cavilaciones las cuales se unirán con nuestras explicaciones de la moralidad dictatorial.

Prosiguiendo con el tema, la propuesta de Maquiavelo en *El Príncipe* constó en brindarle al lector material intelectual, valioso y práctico para gobernar, como ya se había dicho anteriormente. La fuente de sus exhortaciones, cabe mencionar, derivaron de su extensa labor como canciller de Florencia. Su oficio le dotó de destreza y conocimientos políticos, los cuales le ayudarían a su erudición para interpretar el fenómeno político, asimismo, a entender la concepción de la moral en la política. Por esta razón supo cómo observar la configuración del Estado, así como el de las instituciones civiles.

De esta suerte, Maquiavelo fue atraído por la creencia del líder esforzado y mesiánico, debido a sus experiencias como diplomático y a sus estudios sobre la política de Roma y Grecia. Por esta parte, el canciller florentino fue que discurrió sus pensamientos en los tributos memorables de los grandes gobernantes de la historia. Sus erudiciones, lo llevaron a fijarse en sus comportamientos y hazañas políticas, de ello, sus comentarios políticos especificaron las circunstancias que los príncipes podrían llegar a enfrentar para llegar a la excelencia. Sopesando, antes que nada, en el fundador del Estado y unificador de los individuos. Por esta razón, Maquiavelo rumió sus ideas hasta haber ideado la representación del buen gobernante.

Acaece, no obstante, que la concepción del gobernante ideal de Maquiavelo se diferenció de la del rey filósofo y cristiano. En vista de que la idea del hombre político del florentino se contorneo de manera distinta al de sus antecesores politólogos. Pues, el Príncipe ideal de Maquiavelo reflejaba las cualidades de los tiranos, aparentemente. Desde este ángulo fue que a Maquiavelo se le infamó por siglos. No obstante, sus planes no fueron implantar gobiernos absolutistas, de forma permanente, ni tiranos, ya que su designio legítimo se determinó en la transformación social y política a través de un precursor político.

Es así como Maquiavelo formuló las ideas de la *virtù* y la *Fortuna*, entorno a su iniciador de la vicisitud. Para tal efecto, la procedencia de estos conceptos provino de las indagaciones que tuvo el florentino de los líderes más reconocidos del pasado. A través de los cuales entendió en cuanto a la fundación del Estado y de la vida ciudadana. Inclusive, se puede señalar la contingencia en los discursos maquiavelianos, la cual exhibe la sumisión, desventaja y mediocridad del ser humano ante las condiciones que la *Fortuna* o el azar le implanta de manera caprichosa y despótica.

Ahora con esto en mente, se disertará a fondo sobre estos dos conceptos maquiavelianos en los siguientes subapartados. De este modo, poseeremos parte del material del pensamiento de Maquiavelo que nos asistirá en las reflexiones sobre la moralidad dictatorial para los dos siguientes capítulos.

a) El hombre extraordinario

Cómo se ha venido diciendo, la *virtù* y la *Fortuna* fueron las terminaciones notables del pensamiento maquiaveliano por las cuales dibujaron al buen gobernante. Es por eso que, en la perspectiva que aquí nos atañe, repasaremos algunos de los capítulos de *El Príncipe*, y en este subapartado se revisará un breve párrafo del libro XXV. Cabe advertir que, lo que me interesa ahora explicar es acerca de la configuración interna del regente, pues, para Maquiavelo fue central su formación interior, razón por la cual lo capacitaría para hacer frente y aliarse con los eventos imprevisibles e infortunados en la política.

No ignoro que muchos creen y han creído que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios, de tal modo que los hombres más prudentes no pueden modificarlas; y, más aún, que no tienen remedio alguno contra ellos. De lo cual podría deducir que no vale la pena fatigarse mucho en las cosas, y que es mejor

dejarse gobernar por la suerte. (...) Sin embargo, y afín de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto cierto que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero nos deja gobernar la otra mitad de nuestras acciones, o poco menos. Y la comparo con uno de esos ríos antiguos que cuando se embravece inundan las llanuras, derriban los árboles y las casas y arrastran la tierra de un sitio para llevarla a otro; todo el mundo huye delante de ellos, todo el mundo cede a su furor. Y aunque esto sea inevitable, no obsta para que los hombres, en las épocas en que no hay nada que temer, tomen sus precauciones con diques y reparos, de manera que si el río crece otra vez, o tenga que deslizarse por su canal o su fuerza no sea tan desenfrenada ni tan perjudicial. Así sucede con la fortuna, que se manifiesta con todo su poder allí donde no hay virtud preparada para resistirle y dirige sus ímpetus allí donde sabe que no se han hecho diques ni reparos para contenerla⁸

Cómo se anotó al principio, este es un párrafo que pertenece al capítulo XXV de *El Príncipe: Del poder de la fortuna en las cosas humanas y de los medios para oponerse*. Este escrito revela los impactos súbitos de la *Fortuna* que tiene con los individuos. Sobre todo, de aquellos simples, desprevenidos, torpes, ruines y pusilánimes. La idea al cual se refiere envolvía la creencia de la desunión social, razón por la cual fijó la sensación de la división humana, representada entre gobernantes y gobernados. Pues, por otra parte, en el párrafo se integró al sujeto prevenido y competente, y, ante todo, extraordinario que los lideraría. Por otra parte, la concepción de la *Fortuna* maquiaveliana planteó, desde su perspectiva, la realidad humana, la cual se hallaba descubierta por su naturaleza, posición social y, sobre todo, por su magnanimidad o su vulgaridad.

Se puede señalar que para Nicolás Maquiavelo la *Fortuna* era la autoridad superior de la vida de los hombres y de sus gobiernos. Pues, su gestión englobaba todo lugar y tiempo que le tocaba regir a los individuos. De ahí que, nada ni nadie podía escapar del régimen de esta deidad, inclusive, ninguno

⁸ Maquiavelo, N. (2010) XXV. Del poder de la fortuna en las cosas humanas y de los medios para oponerse, *El Príncipe*, España, Alianza, p.p. 64-65.

alcanzaba a evadirse y ocultarse de su arbitrariedad y caprichos tiranos. Por eso, Maquiavelo la había designado como un río destructor y brutal contra los inadvertidos. En contraste de estos malaventurados, se encontraba el prudente, pues su relación como el constructor de diques revelaba su criterio referente a la excepción humana, el cual lo ubicaba como el sujeto particular de la sociedad.

Como se ve, para Maquiavelo el sujeto competente era aquel que se adaptaba a las probabilidades sórdidas de la suerte. De tal modo que conseguía la capacidad de elegir. En consecuencia, el canciller florentino también caviló sobre el libre albedrío, pues, la potestad era propia e intransferible, pero, los inconvenientes u obstáculos de la vida cotidiana y de la malaventura, dificultaban que todos los hombres la adquiriesen. Por tal razón, la capacidad de elegir era ostentada sólo por aquellos individuos con carácter y mesura.

Lo que importa observar es que estas cavilaciones reverberaban a la personalidad única de la sociedad. Pues su conexión con las circunstancias fortuitas hacía de esta persona alguien notable y valiosa para estos. En virtud de su correlación con el azar, sus atribuciones habituales y prácticas le concedían la oportunidad de elegir y disponer de la potestad humana. De ahí que la *virtù*, el cual razonó Maquiavelo, era la que retrataba las propiedades intrínsecas del buen gobernante. Es así como el canciller infirió sobre el progreso y ordenamiento de las sociedades los cuales tenían consecuencia debido a la relevancia de su gobernante.

Lo curioso de estas cavilaciones, cabe mencionar, es el vínculo que realizó Maquiavelo entre la *Fortuna* y la divinidad. Ya que expone que sus presencias mediaban entre la vida humana y con la persona sobresaliente. Pero, pese a que estas deidades tenían control de la vida de las sociedades, el sujeto notable era aquel que poseía la sagacidad y la pericia para establecer, así como ordenar, una nueva sociedad.

Es por ello, que el hombre extraordinario de Maquiavelo pondría en su lugar la materia desorganizada de la política y la sociedad. Causada por la corrupción

política, las guerras internas o por las intervenciones del extranjero. Y esto, por correspondencia a las vicisitudes contrarias a sus planes, así como a su reciprocidad con sus obligaciones como precursor del cambio. Para lo cual, sería su propio carácter y acciones los que llevarían a cabo la escisión que definiría su etapa entre lo antiguo y lo moderno.

De hecho, J.G. Pollock, en su ensayo *Il Principe*, planteaba que la *virtù* fue la máxima de la reflexión maquiaveliana, en vista de que esbozó al precursor predilecto que definiría el curso de un nuevo comienzo para la colectividad⁹. En efecto, encarnado en la figura de un príncipe innovador, valeroso y sagaz, en la que, su talento en el mando, originaría las alteraciones necesarias que precisarían el rumbo que conduciría a todos los individuos hacia la libertad política. Todo esto en conformidad con la suerte, y tal sería su adhesión con la ventura, que los actos del sujeto extraordinario lo encaminarían a la afición, cariño y admiración de su pueblo.

He traído a colación una porción del pensamiento maquiaveliano respecto a su hombre extraordinario, sin embargo, no cabe duda de que esta demostración sea suficiente. Por lo que, se continuará descifrando otras ideas de Maquiavelo en los siguientes subapartados. De tal modo que poseamos el material culto que nos siga asistiendo para continuar penetrando sobre lo que es la moral del dictador en la política.

b) La necesidad del mal en la política

Es oportuno exponer sobre aquello que añadió perversidad a los pensamientos maquiavelianos, y, por lo cual, se le calificó de inmoral y diabólico, a lo largo de los años. Para esto, se realizará una observación a algunos de los párrafos del

⁹ Cfr. Maquiavelo, N. (2019) Ensayo: *Il Principe*, *El Príncipe* (tr. Helena Puigdomenech), España, Tecnos, p.p. 287-336

capítulo XVIII, pues es fundamental entender la necesidad política por cautivar y motivar partidarios, así como a adictos hacia el gobernante y sus propósitos.

Pero, antes de seguir, precisaría en advertir algunas aclaraciones. Como se ha venido hablando en los anteriores apartados, a Maquiavelo se le conoció como “el maestro del mal”, por sus consejos que persuadían a su lector a perpetrar acciones inmorales y perversas. No cabe duda de que este tipo de acusaciones se originaron por los errores documentales sobre la vida y forma de pensar de Maquiavelo, o bien, porque también hubo intolerancia hacia sus reflexiones. Cabe recalcar que las exhortaciones y cavilaciones maquiavelianas se originaron en la época del siglo XVI, de la misma forma en que Italia se hallaba fragmentada y sin ningún Estado que simbolizara la nación unificada. Paul Veyne recomendaba que se considerara al pensamiento de Maquiavelo a partir de su época y circunstancias, de esta manera se evitaría a que se juzgase por opiniones subjetivas en *El Príncipe*. No obstante, por otro lado, autores como Héctor Zamitiz Gamboa, en su obra *Nicolás Maquiavelo: principios políticos*, señaló que las reflexiones maquiavelianas estaban abastecidas de conocimientos y juicios sobre la acción de los políticos en la política¹⁰. Debido a la simplicidad interpretativa, podemos concluir que el pensamiento maquiaveliano persiste en incitar discusiones y controversias alrededor de sus cavilaciones. Por ello, trataremos algunos de sus nociones en este siguiente escrito de forma consciente y crítica.

Nadie deja de comprender cuán digno de alabanza es el príncipe que cumple la palabra dada, que obra con rectitud y no con doblez; pero la experiencia nos demuestra, por lo que sucede en nuestros tiempos, que son precisamente los príncipes que han hecho menos caso de la fe jurada envuelto a los demás con su astucia y réido de los que han confiado en su lealtad, los únicos que han realizado grandes empresas.

¹⁰ Cfr. en Zamitiz Gamboa, H. (2016) *Nicolás Maquiavelo: principios políticos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, p.p. 80-81.

Digamos primero que hay dos maneras de combatir: una, con las leyes, otra, con la fuerza. La primera es distintiva del hombre; la segunda, de la bestia. Pero como a menudo la primera no basta, es forzoso recurrir a la segunda. Un príncipe debe saber entonces comportarse como bestia y como hombre. Esto es lo que los antiguos escritores enseñaron a los príncipes de un modo velado cuando dijeron que Aquiles y muchos otros de los príncipes antiguos fueron confiados al centauro Quirón para que los criara y educase. Lo cual significa que, como el preceptor es mitad bestia y mitad hombre, un príncipe debe saber emplear las cualidades de ambas naturalezas, y que una no puede durar mucho tiempo sin la otra.

De manera que, ya se ve obligado comportarse como bestia, conviene que el príncipe se transforme en zorro y en león porque el león no sabe protegerse de las trampas ni el zorro protegerse de los lobos. Hay, pues, que ser zorro para conocer las trampas y león para espantar a los lobos. Los que sólo se sirven de las cualidades del león demuestran poca experiencia. Por lo tanto, un príncipe prudente no debe observar la fe jurada cuando hayan desaparecido las razones que le hicieron prometer. Si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no sería bueno; pero como perversos, y no la observarían contigo, tampoco tú debes observarla con ellos. Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para disfrazar la inobservancia. Se podrían citar innumerables ejemplos modernos de tratados de paz y promesas vueltos inútiles por la infidelidad de los príncipes. Que el que mejor ha sabido ser zorro, ese ha triunfado. Pero hay que saber disfrazarse bien y ser hábil para fingir y en disimular. Los hombres son tan simples y de tal manera obedecen siempre quien se deje engañar¹¹.

Para empezar, este párrafo corresponde al capítulo XVIII: *De qué modo han de guardar los príncipes la palabra dada* y como puede darse cuenta, Maquiavelo razona sobre la necesidad del mal en la política. A este respecto, cabe recordar que el escrito se consagró para el gobernante, para el cual, sus deliberaciones debían orientarse a admitir las condiciones internas de su pueblo. Esto descubría su modo de regir e idearse con las mayorías. Asimismo, el escrito declara la

¹¹ *Ibidem*, p.p.118-120

necesidad de instituir un cuerpo institucional al cual se incorporen los dispositivos de Estado que se ocupen de mantener el orden y la legitimidad del poder.

Los temas tratados en este capítulo se fundan desde el escepticismo y pesimismo del político. Un tema por el que estudiosos de la política y políticos han concurrido y adecuado en sus creencias. Pues la suspicacia en su ánimo los ha dirigido a suponer y a dudar sobre los demás, tal es el caso de los gobernantes que desconfían de sus pueblos. De ahí que su reserva del poder político se preserve apartado de las mayorías. Maquiavelo, al igual que sus antecesores politólogos, dedujo que los individuos son perversos, codiciosos, falsos, delatores y egocéntricos. En este sentido, sus asesoramientos al Príncipe se dedicaron para prevenirlo de la conducta de sus siervos y aliados, razón por la cual lo posicionaba en la presuposición y en el recelo sobre quienes lo rodeaban.

En este sentido se comprende que la aptitud del gobernante tenía que aventajarse sobre los demás. Con el objeto de ganar la oportunidad de finalmente fundar al Estado y una sociedad civil. Sin embargo, Maquiavelo entendía que la contienda y apetencia por el poder político eran constantes. Por lo que, la necesidad del mal en la política era indispensable que el Príncipe la comprendiera para después valerse de este. Por tal razón fue que el canciller meditó sobre la situación en la que las buenas normas tenían que separarse de la conducta interna del gobernante y de la política.

Todas estas razones comprendían los posibles impedimentos que no dejarían transitar a los cambios políticos, sobre todo, los relacionados con la fundación de Estados, así como la conservación del régimen. Por ello, fue que Maquiavelo justificaba a la maldad en los cometidos del político, ante todo para su precursor. Es así que, con todo y lo anterior, las normas internas del gobernante tenían que hallarse con otros preceptos. La farsa o el quebrantamiento de los juramentos, eran necesarios para que el Príncipe perdurará en el poder. Es así como se continuaría conservando la autoridad, pues, en contraste del político benévolo, pródigo e indulgente, la diligencia del príncipe maquiaveliano se

empeñaría en alcanzar los bienes imprescindibles para su nación y población a toda costa.

Alrededor de estas normas que aviso Maquiavelo, además, se descubría el requisito de establecer los artefactos que salvaguardarían la conservación del poder político. De acuerdo con el párrafo de arriba, el canciller florentino planteó la necesidad de erigir una razón de Estado. El cual, se asentaría para someter la insensatez de los individuos para así después instruirlos en una sociedad civil. De ahí que se propuso el desarrollo de las corporaciones coercitivas, así como la instauración de leyes que regularían la conducta humana. Es por ello que Maquiavelo enlazó las efigies del hombre y la bestia. Los cuales interpretaban al entendimiento y la ferocidad por las que el Estado se guiaría para regir.

En otras palabras, Maquiavelo valoraba que las instituciones del Estado se atesoraran. Pero, para conseguirlo, primero, era importante que se erigiera un Estado de Derecho y la fuerza que sustentara su orden. Sin embargo, el impedimento aparecía cuando la impetuosidad del regente no era suficiente. Es así que, la alternativa infalible para establecer un Estado y ordenar un nuevo orden era por conducto de la artimaña. Es decir, los artificios del precursor tenían que estar acompañados de la astucia, la sutileza y del ardid para persuadir a las mayorías. Por este motivo fue que Maquiavelo razonó sobre sus representaciones del león y el zorro.

En todo caso, el precursor, además de ser decidido y violento, también tenía que ser artero, sagaz, avisado, disimulado y prudente, o al fin y al cabo ser un zorro. Así, pues, para alcanzar consagrar un Estado y nación seglares, el iniciador tenía que irse con las multitudes para dar conformación a la materia en el espacio vano. Pero, como se anotó anteriormente, el hombre, según Maquiavelo, es ruin, corrupto y peligroso por naturaleza. Por tal razón fue que el florentino caviló acerca de los usos del mal en la política, y de ahí fue que indujo al precursor a inculcar en las mayorías la falsa imagen de la clemencia, la lealtad, la humanidad, la integridad y la devoción en su figura. Como complemento de esto último, véase el siguiente párrafo del mismo capítulo:

Por todo un príncipe debe tener muchísimo cuidado de que no le brote nunca de los labios algo que no esté empapado de las cinco, virtudes citadas, y de que, al verlo y oírlo, parezca la clemencia, la fe, la rectitud y la religión mismas, sobre todo esta última. Pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos, porque todos pueden ver, pero pocos tocar. Todos ven lo que parece ser, mas pocos saben lo que eres; y estos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría, que se escuda detrás de la majestad del Estado. Y en las acciones de los hombres, y particularmente de los príncipes, donde no hay apelación posible, se atiende a los resultados. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos; porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito; y en el mundo sólo hay vulgo, ya que las minorías no cuentan sino cuando las mayorías no tienen donde apoyarse. Un príncipe de estos tiempos, a quien no es oportuno nombrar, jamás predica otra cosa que concordia y buena fe; y es enemigo acérrimo de ambas, ya que, si las hubiese observado, habría perdido más de una vez fama y las tierras¹².

En este párrafo podemos observar cómo Maquiavelo acepta que la mentira y la manipulación son indebidos; sin embargo, percibimos de igual forma su inclinación por el uso de la maldad en la política. Ya que, como ya se había dicho anteriormente, según el maquiavelismo, el hombre es un ser por el cual no se puede fiar, más cuando existe el propósito de fundar un nuevo comienzo político. Por estas razones fue que Maquiavelo se persuadió que el único medio para cautivarlo era con la ayuda del engaño. Así es como el precursor alcanzaría a glorificar sus actos fundacionales de la política.

En este punto, el discurso maquiaveliano se posiciona en el lugar de la grandeza, en el instante en el que se contornea como la encarnación de la perfección humana, a través de la simulación y el disfraz. Para tal efecto, los motivos esenciales de la falsedad, según las cavilaciones de Maquiavelo, eran

¹² *Ibíd*, p.121.

asociar a todos los individuos con los planes de transformación del regente. De tal forma, que las aspiraciones del iniciador se finalizarían con el valimiento de sus seguidores. Lo cual, esto, a su vez, evidenciaría la validez del Estado ante sus gobernados, así hasta conferirle su derecho a proseguir en el poder.

He citado ya algunos de los párrafos de *El Príncipe*, pero, al respecto conviene decir que, siguen siendo insuficientes estas normas que explican acerca de la *virtù* del sujeto extraordinario de Maquiavelo. Para ello, proseguiremos con nuestras observaciones hacia otras ideas maquiavelianas, y con esto precisar, aún más de cerca, la efigie del dictador y sus normas.

c) El amor y el temor hacia el gobernante

Continuaremos la exploración en este siguiente escrito, para proseguir con nuestra asignación y aprender sobre la *virtù* maquiaveliana. Pero, antes de seguir aclaremos que, en anteriores apartados, describimos algunas de las características que prevalecen en la figura extraordinaria del iniciador político, según desde la percepción de Maquiavelo. Pues, a lo largo de este análisis comprendimos que las exhortaciones del florentino difieren de las normas convencionales y del cristianismo. Diferencias, por las cuales, precisan preceptos opuestos, pero, en el maquiavelismo son imprescindibles en los mandatos internos del precursor. Es así que seguiremos con esta explicación de las ideas de Maquiavelo.

Paso a las otras cualidades ya citadas y declaro que todos los príncipes deben desear ser tenidos por clementes y no por crueles. Y, sin embargo, deben cuidarse de emplear mal esta clemencia. Cesar Borgia era considerado cruel, pese a lo cual fue crueldad la que impuso el orden de la Romaña, la que logró su unión y la que volvió a la paz y a la fe. Que, si se examina bien, se verá que Borgia fue mucho más clemente que el pueblo florentino, que, para evitar ser tachado de cruel, dejó de

destruir a Pistoya. Por lo tanto, un príncipe no debe preocuparse porque lo acusen de cruel siempre y cuando su crueldad tenga por objeto el mantener unidos y fieles a los súbditos; porque con pocos castigos ejemplares será más clemente que aquellos que, por excesiva clemencia, dejan multiplicar los desórdenes, causa de matanzas y saqueos que perjudican a toda una población, mientras que las medidas extremas adoptadas por el príncipe sólo van en contra de uno. Y es sobre todo un príncipe nuevo el que no debe evitar los actos de crueldad, pues toda nueva denominación trae consigo infinidad de peligros.

Sin embargo, debe ser cauto en el creer y el obrar, no tener miedo de sí mismo y proceder con moderación, prudencia y humanidad, de modo que una excesiva confianza no lo vuelva imprudente, y una desconfianza exagerada, intolerable.

Surge de esto una cuestión: si vale más ser amado que temido, o temido que amado. Nada mejor que ser ambas cosas a la vez; pero puesto que es difícil reunir las y que siempre ha de faltar una, declaro que es más seguro ser temido que amado. Porque de la generalidad de los hombres se puede decir esto: que son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro. Mientras les hace bien, son completamente tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, pues - como antes expliqué- ninguna necesidad se presenta se rebela. Y el príncipe que ha descansado por entero en su palabra va a la ruina al no haber tomado otras providencias; porque las amistades que se adquieren con el dinero y no con la altura y nobleza de alma son amistades merecidas, pero de las cuales no se dispone, y llegada la oportunidad no se les puede utilizar. Y los hombres tienen menos cuidado en ofender a uno que se haga amar que a uno que se haga temer, porque el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse; pero el temor es miedo al castigo que no se pierde nunca¹³.

Estos párrafos pertenecen al capítulo XVII: *De la crueldad y la clemencia; y si es mejor ser amado que temido, o ser temido que amado*. Cabe subrayar que es uno de los apartados que más llaman la atención de la obra, puesto que su planteamiento, con respecto al establecimiento del ordenamiento social, se

¹³ *Ibidem*, p.p. 114-115.

formula por medio de la violencia. Este es un tipo de propuesta que por largos años ha sido examinada por los eruditos. La cual, los ha conducido a proponer que es el órgano gubernativo el que ha tenido la exclusividad del sometimiento.

Pero, a Nicolás Maquiavelo en este párrafo le interesó proyectar otra intención de suma significación para el gobernante. Volviendo la mirada hacia los anteriores apartados, expresamos allí que el canciller apreciaba el ingenio y la rápida comprensión de los precursores para resolver los problemas, a lo cual lo llevó a conjeturar que su efectividad evidenciaba que el uso de la fuerza irracional no era en todo momento la respuesta para establecer una hegemonía. A este respecto, para el florentino su idea del poder se fundaba a partir de la racionalidad, en la que sus normas se originaran de acuerdo al estudio del comportamiento humano. Tal fue la razón por la que captó el amor y el temor de los individuos que sienten por sus jefes.

El primer párrafo que se muestra, al principio habla del *duque* Valentino César Borgia. Esta figura política del siglo XVI es tomada en cuenta como el personaje más peculiar de *El Príncipe*. Inclusive, Maquiavelo le ofrendó en el capítulo VII un espacio adecuado para sus cavilaciones. En ellas, sopesó los rasgos de los precursores por las que frecuentan en sus conquistas y, sobre todo, por cómo fundan los Estados. Haciendo caso, además, sobre su carácter y costumbres como príncipe, el cual tomo en consideración sus atributos beligerantes y tácticas, así como su comportamiento malvado. Aunque de igual forma apreció su relación con la contingencia, en la que le permitió valorar la gesta del príncipe ante su enfrentamiento en contra de los imprevistos de la vida política. Por las cuales, César Borgia no los pudo sobreponer y fue que falló en sus proyectos para configurar un régimen en Italia.

No obstante, lo que le interesó a nuestro canciller sobre este príncipe agresivo y orgulloso fueron las formas por las que obtuvo sus logros políticos, ante todo, por sus maneras para unificar y mantener el orden en su región de Romaña. Tal fue la razón por la que Maquiavelo continuó hablando de él en los siguientes

capítulos de *El Príncipe*. Los métodos de César Borgia los consideró ejemplares y dignos de ser apreciados para la reflexión política.

Ahora lo que nos interesa conocer es la forma en que Maquiavelo estimó las acciones del *duque*, porque, a través de él, juzgó las formas por las que se consigue insertar las impresiones privativas del ser humano, refiriéndonos a los estímulos del amor y el temor. Alrededor de estas intenciones, notamos que los intereses de Maquiavelo fueron recoger pruebas que validarían la violencia, para establecer el ordenamiento social y político. Lo que lo llevó a distinguir las acciones de este príncipe, el cual creyó que sus actos se encauzaron, con el fin de fijar las bases del bien en común, pero, sin perder los propósitos racionales que lo distinguieron como un precursor ideal. Ya que, en su distinción, se hallaban las cualidades de la sensatez. Maquiavelo se detuvo en el capítulo XVII para meditar sobre esta forma de discreción política.

Para este caso, al canciller le fue preciso pensar sobre las impresiones que les incitó César Borgia a sus pobladores, a partir del apego y el miedo tanto en su persona como gobierno. La observación dio razón a deliberar sobre el amor y el temor, asimismo, si eran adecuados y oportunos para gobernar. Maquiavelo había entendido que ambas propiedades eran las adecuadas, sin embargo, al final prefirió por el sentimiento del miedo. En el anterior subapartado se había dicho que el pensamiento maquiaveliano era de carácter pesimista, en vista de que sus discursos manifestaban su malestar por la humanidad, de hecho, aquí los pormenoriza como ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro.

Como es sabido, Maquiavelo creyó en la idea de que el hombre es un ser que se comporta con resentimiento, deslealtad y ambición. Ante esta situación, las exhortaciones del antiguo canciller se precisaron para que el gobernante se acomodara por encima de sus deseos ruines. La figura de César Borgia, en sus escritos, se aplicó para que sus lectores se concienciaran con respecto a la necesidad de infligir miedo en sus pobladores. Maquiavelo confirmó la validez de

los “castigos ejemplares”, los cuales tenían como finalidad regular la conducta interna de los individuos.

Pero, la sensatez o la medianía de los actos del *duque* concernió a su durabilidad en el poder. Dicho de otra manera, César Borgia gobernó con inteligencia, pues, su talento le permitió adherir a su población las dosis adecuadas de impresiones a sus mentes, dado que el *duque* rigió con mano dura, aunque, sin llegar a sobrepasarse o volverse en un tirano. Incluso, porque conservó el afecto de sus pobladores sin adjudicarles los poderes políticos. De tal suerte que el orden que estableció este príncipe le fue de utilidad a Maquiavelo, para probar que el empleo moderado del rigor es forzoso en los gobernantes y sus precursores.

Con esto último, las reflexiones sobre la severidad en estos párrafos, ratifico la obligación que tiene el regente para conducirse con firmeza y moderación. Ante todo, para los precursores, porque se ubicaban en una posición en la que se pedía su eficacia en sus acciones. De modo que fueran su entusiasmo y su vehemencia los que hicieran ganar el afecto de sus gobernados, así como su temor hacia su crueldad. Por tal razón, Maquiavelo profesó la creencia concerniente a los deberes de los iniciadores, pues, la fundación de Estados y la creación de nuevas inflexiones políticas precisaban de un sujeto especial, distinto al resto de la población. En ellos se requería brío, valentía y fuerza para alcanzar a desarrollar la vida pública, asimismo, destacar en cualidades severas y desenfrenadas, para mantener la respetabilidad hacia las autoridades.

Ha llegado el momento de terminar con este subapartado, no obstante, para el siguiente escrito se continuará hablando sobre el influjo del regente hacia sus gobernados; pero los propósitos de la próxima exposición se centrarán en las medidas cautelares por las que los precursores deben tomar en consideración, y por las cuales Maquiavelo juzgó de gran valor, para seguir manteniendo el poder político.

d) La elucidación del odio

Hemos dicho anteriormente que uno de los propósitos de *El Príncipe* es exponer los atributos políticos más útiles y valiosos de los precursores y gobernantes. Así como la recapitación de sus obligaciones, para preponderar su era mediante sus actos benignos y perversos, asimismo, por las cuales erigirían las bases de un nuevo porvenir político. De ahí que en el escrito anterior se precisó que el amor y el temor eran piezas importantes que se alojaban en la mente de los individuos, ya que de esta manera perduraría la fidelidad de las masas hacia su gobernante. No obstante, faltó que se incorporara otro componente vital que mantuviera controlada a las masas, lo que hace referencia a no perder su aceptación y aprecio. Es por esta razón por la que en este siguiente escrito se abordará este tema.

El príncipe de huir de las cosas que lo hagan odioso o despreciable, y una vez logrado, habrá cumplido con su deber y no tendrá nada que temer de los otros vicios. Hace odioso, sobre todo, como ya he dicho antes, el ser expoliador y el apoderarse de los bienes y de las mujeres de los súbditos, de todo lo cual convendrá abstenerse. Porque la mayoría de los hombres, mientras no se ven privados de sus bienes y de su honor, viven contentos; y el príncipe queda libre para combatir la ambición de los menos que puede cortar fácilmente y de mil maneras distintas. Hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime e irresoluto, defectos de los cuales debe alejarse como una nave de un escollo, e ingeniarse para que en sus actos se reconozca grandeza, valentía, seriedad y fuerza. Y con respecto a los asuntos privados de los súbditos, debe procurar que sus fallos sean irrevocables y empeñarse en adquirir tal autoridad que nadie piense en engañarlo ni en envolverlo con intrigas.

El príncipe que conquista semejante autoridad es siempre respetado, pues difícilmente se conspira contra quien, por ser respetado tiene necesariamente que ser bueno y querido por los suyos. Y un príncipe debe tener dos cosas: en el

interior, que se subleven los súbditos en el exterior, que lo ataquen las potencias extranjeras. De éstas se defenderá con buenas armas y buenas alianzas, y siempre tendrá buenas alianzas el que tenga buenas armas, así como siempre en el interior estarán seguras las cosas cuando lo estén en el exterior, a menos que no hubiesen sido previamente perturbadas por una conspiración. Y aun cuando los enemigos de afuera amenacen, si ha vivido como he aconsejado y no pierde la presencia de espíritu, resistirá todos los ataques, como he contado que hizo el espartano Nabis. En lo que se refiere a los súbditos, y a pesar de que no exista amenaza extranjera alguna, ha de cuidar que no conspiren secretamente; pero de este peligro puede asegurarse evitando que lo odien o lo desprecien y, como ya antes he repetido, empeñándose por todos los medios en tener satisfecho al pueblo¹⁴.

Como dijimos al principio, hablaremos sobre las secuelas que se producen al momento en que el regente descuida su renombre ante la sociedad, al igual que la utilidad que se tiene cuando esta se conserva. Para esto, nos aproximaremos al capítulo XIX: *De qué modo debe evitarse ser despreciado y odiado*. La idea de estas citas tiene que ver con los modos por los cuales un dirigente tiene que conducirse con su población. De tal modo que no se malgaste ni tampoco se pervierta su imagen ante los demás. Pues, para Maquiavelo era importante que la efígie del Príncipe preservara su grandeza, valentía, seriedad y fuerza. En este sentido, la dignidad del regente resultaba ser benéfico para la vitalidad del Estado, porque de caso contrario implicaría su decaimiento.

Los párrafos del capítulo XIX hablan, incluso, sobre las maneras por las que el gobernante o precursor debe conservarse. De tal forma que sus acciones no se juzguen por los otros como tiránicas. Entre las cuales se menciona la respetabilidad de la vida privada de sus gobernados. Con respecto a esta atención hacia la privacidad, las maneras para administrarlo estribaron desde la promisión de preservar la intimidad, honor y patrimonio de los individuos. Es así que el regente eludiría las menciones hacia su persona como un tirano.

¹⁴ *Ibidem*, p.p. 122-123.

Cabe reiterar que, para Maquiavelo los regímenes tiranos eran inaplicables para los gobiernos que desearan entablar un nuevo sistema político. En vista de que su regente despreciaba las normas o principios de sus gobernados, por la cuales se conducía por su conveniencia y, por, sobre todo, de los intereses de los demás. Es así que las instrucciones políticas de los tiranos no podían desempeñarse durante los comienzos en los nuevos regímenes. Ya que, al fundarse un gobierno opresor y caprichoso causaría el malestar y fastidio de su población, así hasta producir el odio hacia su regente. Es así como Maquiavelo, en las notas del capítulo XIX, requirió a los pretendientes del poder evitar ser volubles, frívolos, afeminados, pusilánimes e irresolutos.

Lo que nos lleva a decir que a Maquiavelo le atañía que los precursores se encaminaran de forma mesurada con la población. Incluso, que su régimen se configurara a través de la fascinación popular, originado a partir del carácter y carisma de su dirigente. Pues, como se había comentado en las notas sobre el amor y el temor, era necesario conservar equilibrado las emociones del pueblo para así evitar acercarse a la punta del odio. Porque, al conseguir alcanzar este extremo se suscitaría la revuelta en contra del gobernante y su régimen, estimulado, principalmente, por el desprecio y repulsión de sus individuos.

Por esto, puede decirse que, en esta cita, para Maquiavelo su elección de gobierno adecuado era el régimen popular. Su reflexión denotaba que las mayorías son las que materializaban los regímenes, asimismo, era el precursor el que los dirigía, para que sentaran de forma congruente la materia social y política. Tal fue la razón por la cual el florentino aviso sobre preferir la simpatía de su población. También, por ello el gobernante debía ocultar todo defecto que fuera perjudicial en contra de su imagen, así como asegurarse de honrar la privacidad y pertenencias de sus gobernados.

Cabe considerar, por otra parte, que en la cita se declara la presencia de una jerarquía prestigiosa y con autoridad. Es importante esta aclaración en vista de que la competencia por el poder genera vivacidad por tenerlo, ante todo, por lo que están cercanos al regente. Esto demuestra que el equilibrio y la permanencia

del régimen, con gran frecuencia, se halla expuesta por el furor y la ambición de las minorías. Tal situación inquietaba a Maquiavelo, porque, con el tiempo, el entorno del gobernante se corrompía y era la gente opulenta, así como oportunista, la que buscaba usurpar los poderes del Estado.

Otro punto relacionado a esta manera de disputa compete a las coaliciones que fraguan en contra del gobernante y su régimen, tal es el caso de las ligas entre las minorías y los forasteros. Maquiavelo entendía que estas asociaciones por lo regular eran quienes complotaban en pugna del orden establecido y lo realizaban a causa de que aspiraban establecer su propio sistema. Ante ello, el antiguo canciller contó lo referente a los inconvenientes e impedimentos, para fundar un nuevo principado, los cuales descubrían las disidencias y pugnas por el poder, por parte de los potentados secundados por los extranjeros.

Al llegar a este punto es como desciframos respecto a la finalidad del capítulo XIX, pues, Maquiavelo afirmó que el precursor y gobernante deben necesariamente ser buenos y queridos por los suyos. Pues, ante el apetito de las minorías y los extranjeros por arrebatarse el poder al regente, el canciller había concluido que las multitudes serían los que intercederían para ampararlo. Es así como las intrigas no se llevarían a cabo, dado que el apego de la población con su gobernante se hallaría aseguradas. Por esto era preciso que los líderes no abandonaran a sus pueblos, así como no malgastar su afecto.

Debemos comprender, entonces, que el gobierno popular era lo conveniente para fundar un nuevo régimen, conforme a lo que Maquiavelo nos hizo saber en esta cita. Ya que sería la lealtad y la estima hacia el regente los que los estimularía para ir detrás de él, al igual que los incitaría a abrigar sus opiniones y convicciones. Es así que los planes para fundar un Estado y una nueva sociedad civil se realizarían. Incluso, se robustecerían los poderes políticos del gobernante contiguo a sus gobernados, de tal manera que llevaría a cabo la institución de sus propias fuerzas armadas que guarnecerían al Estado y al pueblo de las minorías y forasteros.

Es oportuno ahora terminar con este escrito, para proseguir con nuestros propósitos por conocer las virtudes maquiavelianas y su relación con la contingencia. Por esta razón, discutiremos el último punto de las cavilaciones de Maquiavelo en el subapartado final.

e) La idea y materia del precursor

Ahora veamos, por último, para qué fue creada la idea del precursor, así como conocer la materia por las que se hizo. Pues, al parecer, nos produce extrañeza que sucediera que Maquiavelo haya ensoñado con una personalidad predilecta que motivara el rompimiento de una época caduca por una moderna. Ya que, cabe recordar, el florentino se caracterizó por su descripción de la realidad violenta, viciosa, mezquina y páfida en la política y sociedad; esto lo separó de las antiguas explicaciones que fijaban la efigie del rey filósofo y cristiano, así como el exordio que validaría la preeminencia de la ética y la religión en la conducta de los gobernantes. Sin embargo, Maquiavelo gozó en reseñar a su hombre extraordinario, el cual, consolidaría una mejor era para sus habitantes y nación; pero su distancia del resto de filósofos y religiosos lo condujo a esbozar un dirigente parecido al de los líderes del mundo antiguo lo mismo que el de algunos mesías del Antiguo Testamento. Es así como escudriñaremos la materia e idea por las que se creó el precursor de Maquiavelo.

Para ello, lo trataremos a partir del capítulo XXVI, el último escrito de *El Príncipe: Exhortación a liberar a Italia de los bárbaros*. Para entender mejor esta última materia, revisaremos estas citas, por las cuales considero, convenientemente, se descubren el origen y contextura del hombre extraordinario maquiaveliano.

Después de meditar en todo lo expuesto, me preguntaba si en Italia, en la actualidad, las circunstancias son propicias para que un nuevo príncipe pueda adquirir gloria, es necesario a un hombre prudente y virtuoso para instaurar una nueva forma de gobierno, por la cual, honrándose a sí mismo, hiciera la felicidad de los italianos. Y no puede menos que responderme que eran tantas las circunstancias que concurren en favor de un príncipe nuevo, que difícilmente podría hallarse el momento más adecuado. Y si, como he dicho, fue preciso para que Moisés pusiera de manifiesto sus virtudes que el pueblo de Israel estuviese esclavizado en Egipto, y para conocer la grandeza de Ciro que los persas fuesen oprimidos por los medas, y la excelencia de Teseo que los atenienses se dispersaran, del mismo modo, para conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia que viese llevada al extremo en que yace hoy, y que estuviese más esclavizada que los hebreos, más oprimida que los persas y más desorganizada que los atenienses; que careciera de jefe y de leyes, que se viera castigada, despojada, escarnecida e invadida, y que soportara toda clase de vejaciones. Y aunque hasta ahora se haya notado en este o en aquel hombre algún destello de genio como para creer que había sido enviado por Dios para redimir estas tierras no tardó en advertirse que la fortuna lo abandonaba en lo más alto de su carrera. De modo que, casi sin un soplo de vida, espera Italia al que debe curarla de sus heridas, poner fin a los saqueos de Lombardía y a las contribuciones del Reame y de Toscana y cauterizar sus llagas desde tanto tiempo gangrenadas.

Vedla cómo ruega a Dios que le envíe a alguien que la redima de esa crueldad e insolencia de los bárbaros. Vedla pronto y dispuesta a seguir una bandera mientras haya quien la empuña. Y no se ve en la actualidad en quien uno pueda confiar más que en vuestra ilustre casa, para que, con su fortuna y virtud, preferida de Dios y de la Iglesia, de la cual es ahora príncipe, pueda hacerse jefe de esta redención. Y esto no os parecerá difícil si tenéis presentes la vida y acciones de los príncipes mencionados. Y aunque aquéllos fueron hombres raros y maravillosos, no dejaron de ser hombres; y no tuvo ninguna ocasión tan favorable como la presente; porque sus empresas no fueron más justas ni más fáciles que ésta, no Dios les fue más benigno de lo que lo es con vos. Que es justicia grande: *iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est.* Aquí hay disposición favorable; y donde hay disposición favorable no puede haber grandes

dificultades, y sólo falta que vuestra casa se inspire en los ejemplos de los hombres que he propuesto por modelos. Además, se ven aquí acontecimientos extraordinarios, sin precedentes, ejecutados por voluntad divina: las aguas del mar se han separado, una nube os ha mostrado el camino, ha brotado agua de la piedra y ha llovido maná; todo concurre a vuestro engrandecimiento. A vos os toca lo demás. Dios no quiere hacerlo todo para quitarnos el libre albedrío ni la parte de gloria que nos corresponde¹⁵ (Maquiavelo, 2010, p. 66-67).

De lo que ya llevamos dicho, cabe resaltar que hemos sentido las peculiaridades por las que se personifica el ideal del buen gobernante de Maquiavelo, esto es por algunas ideas de su obra que hemos considerado a lo largo de este trabajo. Sin embargo, falta que conozcamos algunas de las causas de su creación, y por qué con los años esta evocación sigue vigente en la actualidad.

Como ya se habrá notado en el párrafo citado, Maquiavelo en estos apuntes enfatizó las condiciones frágiles de Italia en el siglo XVI. Esto lo manifiesta por medio del ruego a un líder apropiado que consuma un proyecto de nación. Es necesario recalcar que la situación política y las condiciones sociales de su país se hallaban en mal estado. Como ya se había mencionado en apartados anteriores, Italia subsistió tiranizada por los *condottieri*, abatida por la corrupción de la Iglesia y sus políticos, así como invadida y saqueada por España, Francia, Suecia y el Sacro Imperio Romano.

En resumidas cuentas, vamos a decir que Italia vivió en un estado de desorden, a su vez, estuvo oprimida. Por tal razón, Maquiavelo llamó al promotor político, para que incitara a terminar con todos los deterioros y estragos producidos en su país. Por otra parte, el precursor tenía otra aspiración de suma trascendencia, la cual consistía en unir a todas las poblaciones, para así vincularlos a un solo fin político. Por esta vía, el precursor debía evidenciar su

¹⁵ *Ibidem*, p.p. 155-157.

gracia y valor hacia la población, porque con ello inspiraría la fidelidad hacia su persona y designios, de tal manera que los motivos de unión y de transición política relevarían a la nación dividida y maltrecha.

Es así como Maquiavelo eligió ver en el pasado las hazañas y gestas de los antiguos líderes e iniciadores de civilizaciones. Con estos, fue que reflexionó acerca del provecho del poder en los lugares y periodos tanto cruciales como arriesgados. Por tal motivo, en estas citas sus encarnaciones se concentraron en Moisés, Ciro y Teseo. Es significativa la importancia que tienen estos personajes, puesto que mediante sus gestas Maquiavelo pensó respecto a las circunstancias provechosas. En otros términos, mencionó sobre los momentos apropiados para hacer disposición de una decisión importante. Pongamos el caso de Moisés, ya que la casualidad del sometimiento de los judíos, ante el dominio egipcio, conllevó a que el ungido se determinara en liberarlos. Es así como se erigió una nueva circunstancia, por la cual la cultura judía alcanzó su autodeterminación y sus propios preceptos gracias a que su libertador eligió actuar para librarlos.

Este es, por decir así, la senda por la que Maquiavelo animaba al precursor o redentor, para librar a Italia de los tiranos, corruptos y extranjeros. Es por ello que la toma de decisiones era decisiva para los líderes que idearan erguir la nación. Teniendo en cuenta que las tramas de los hombres se mantenían firmes en contra del precursor. Por eso, cabalmente, es el Príncipe o el hombre extraordinario el que admitiría su cometido, para poner en funcionamiento su técnica, diplomacia, valor y su malicia para consumir su fundación.

También es cierto que Maquiavelo jamás olvidó que los riesgos continuamente permanecían distantes del control del precursor, lo cual, esto lo colocaría en el firmamento de la azarocidad; sin embargo, sería la divinidad la que se hallaría junto a este para conducirlo y apoyarlo. La verdad es que el canciller vinculó la heroicidad del fundador con la presencia etérea de la providencia para evidenciar la asociación que existe entre el Príncipe y Dios. Las proezas del príncipe prometedor se vincularían con la gesta mesiánica.

Por eso señalé en el hombre extraordinario que sus hazañas tenían conexión con la divinidad; en vista de su moderación y prevención, los cuales marcarían su postura imperturbable ante las condiciones más inseguras y desfavorables. De tal forma que su talento e inteligencia le permitirían convivir con las eventualidades, concediéndole, a su vez, el poder elegir actuar en los momentos favorables.

Resulta claro que Maquiavelo en el capítulo XXVI llamó a que se diera a conocer el precursor venturoso que pondría orden en Italia. Por esto, puede decirse que la hechura que proyectaba el florentino se parecería al de los antiguos líderes, héroes y mesías de la historia. Prestando atención, principalmente, en su determinación en los momentos álgidos de su era y sitio. Es así que se elaboraría la materia del precursor, de la misma forma por las que se construyeron en su interior los antiguos personajes históricos.

Con esta finalidad, el capítulo XXVI se notó por su llamamiento a la salvación mediante el socorro de un Príncipe o precursor a Italia. En este sentido, su escrito patentó la materialidad de los dirigentes astutos, listos, sensatos y fieros. Maquiavelo los manifestó, en esta última nota, para que el gobernante los tomara en consideración, del mismo modo, que se persuadiera de que su actuación se encontraría avalada por la divinidad.

He aquí en pocas palabras, sobre la idea y materia del precursor maquiaveliano. Aunque recordaré, por último, que la *virtù* del Príncipe venturoso era fundamental para que los fundadores establecieran la escisión de su época, porque de esta forma comenzarían con una nueva era. Es así como el carácter virtuoso del gobernante prometería la certeza de la libertad política. No obstante, tengo en cuenta que todavía son insuficientes estas explicaciones, para seguir dibujando la efigie del dictador y proyectar sus normas internas. Por esto mismo, proseguiremos con esta travesía para continuar conociendo sobre las cavilaciones de Maquiavelo.

2.3. Consideraciones finales acerca de las virtudes maquiavelianas

Antes de que sigamos con el siguiente apartado, conviene que realicemos un breve resumen en cuanto lo que analizamos en este escrito. Los temas que tratamos nos serán de utilidad para llevar a cabo nuestras propias cavilaciones maquiavelianas en torno al dictador y sus normas internas.

Sobre las bases de las ideas expuestas, redujimos el pensamiento de Maquiavelo en unas cuantas meditaciones. Las cuales nos posibilitaron acceder a sus dos principios esenciales: la *virtù* y la *Fortuna*. Este esfuerzo se debe a que nuestros propósitos fueron comprender las virtudes por las que el antiguo canciller valoró para los precursores. Ante tal efecto, abstrajimos los rasgos en las que los hombres extraordinarios se diferencian de las aglomeraciones. De ahí que desprendimos algunas citas de los capítulos XVII, XVIII, XIX, XXV y XXVI.

De estas evidencias, separamos aquello que inferimos oportuno, lo cual nos favoreció para abstraer aquello que exponían respecto a la necesidad del mal en la política, del amor y del temor hacia el gobernante, asimismo, referente al odio y sus consecuencias; finalmente, las intenciones que tuvo Maquiavelo al urdir a su gobernante ideal.

Todas estas razones nos favorecieron para precisar acerca de la reciprocidad innegable y pragmática que hay entre el fundador, así como en la suerte. Con esta finalidad cumplida, dimos por sentado que el precursor y la contingencia debían corresponderse, para que se produjesen una nueva materia social y política. Lográndose aquello, se originaría un proceso en donde todos los individuos intervendrían en el desarrollo político. A partir de que el regente intercediera en los sentimientos de su población, inclusive, conseguir alojar en su mente el temor a su persona, sin llevarlos a la desconfianza y desprecio.

En este sentido se comprende que nuestros razonamientos se circunscribieron sólo a discurrir sobre la figura del Príncipe fundador. Ya que

nuestro fin fue revelar las virtudes maquiavelinas y por qué estas duraron apartadas por mucho tiempo de las normas convencionales de la ética y la religión. Por tanto, la inspección que llevamos a cabo se basó en conocer el carácter del regidor.

Al mismo tiempo, fuimos descubriendo que las cavilaciones de Maquiavelo se encaminaron a configurar las bases que mantendrían firme al futuro Estado. Sobre el asunto, expresamos que la necesidad del mal en la política era precisa de usar para el gobernante. En vista de que las personas a su alrededor son corruptas, avarientas y viles. La naturaleza oscura del ser humano hizo deducir a Maquiavelo que el regente debía portarse de forma perspicaz, resuelta y perversa, sólo así, el Príncipe fundador tendría el triunfo, sobre todo, mostrándolo a partir de la creación y ordenación del Estado.

Al respecto, se infiere que reseñamos sobre las virtudes maquiavelianas, sin embargo, todavía falta que nos involucremos con más proximidad a la creación del fundador. Por ello, nos acercaremos a la idea maquiaveliana del *Príncipe nuevo* en el siguiente apartado, con el fin de conocer el momento dictatorial, así como las normas que se gestan en el interior de este régimen.

3. Fundación del Estado y el momento dictatorial pensados desde la figura del Príncipe nuevo

3.1. Objetivos

Ante todo, rectificaremos la idea sabida de que el esfuerzo que estamos cumpliendo se realiza con la finalidad de formar nuestras propias meditaciones por medio del pensamiento maquiaveliano. Con esta finalidad, para este siguiente apartado, fundaremos un propio razonamiento en la que trazaremos las propiedades ordinarias por las que distinguen los gobiernos dictatoriales, desde sus orígenes y su desenvolvimiento.

Para la realización de este siguiente escrito, analizaremos el capítulo VI y IX de *El Príncipe*, puesto que en estos episodios considero que se descubren las reflexiones, que disertan sobre la conformación del Estado, así como la necesidad de instaurar un régimen dictatorial. Para ello, examinaremos a la figura del *Príncipe nuevo*, porque es a partir de esta representación por la que Maquiavelo distinguió las cualidades de las dictaduras y su precisión de erigirlas en las circunstancias convenientes.

3.2. La fundación del Estado

Lo que me interesa ahora, en este primer escrito, es exponer sobre la aparición del Estado, establecido desde la necesidad política por la que el Príncipe fundador, o bien el *Príncipe nuevo*, juzgó oportuno de erigir y ordenar. Si echamos un vistazo a los anteriores apartados, comprendimos que las instituciones tenían que ser asentadas por un Príncipe sagaz, con gracia, esforzado, así como violento. De igual manera, inferimos que las acciones del regente tenían que ser

discretas y reflexivas, ya que se tenía que preservar la afección de su población, debido a lo cual se cesarían las revueltas y conspiraciones de las minorías y extranjeros.

Partiendo de estas consideraciones, creo idóneo repasar el capítulo VI de *El Príncipe: De los principados nuevos adquiridos con las armas propias y con virtud*. Es así como continuaremos la exploración sobre el carácter interno del regente, pero, para este nuevo apartado, también nos sumergiremos en su creación política, por lo que nos aportará los fundamentos teóricos que nos serán de utilidad para formar nuestras cavilaciones en cuanto al dictador, sus normas internas y los fines de su régimen.

Que nadie se maraville si en la exposición que voy a hacer de los principados totalmente nuevos, tanto en lo que se refiere al príncipe como al Estado, aduzco ejemplos muy notables; porque caminando los hombres casi siempre por vías ya batidas por otros, y procediendo en sus acciones por imitación (aunque a menudo no es posible seguir del todo los caminos de otros, ni llegar a alcanzar la virtud de aquellos a quienes imitas), el hombre prudente debe intentar siempre seguir los caminos batidos antes por los grandes hombres; e imitar a aquellos que han sobresalido de manera extraordinaria sobre los demás, para que aun cuando su virtud no alcance la de estos, se impregne, al menos un poco de sus aroma; y debe hacer como los arqueros prudentes, que cuando el lugar que quieren alcanzar les parece demasiado alejado, conociendo además hasta dónde llega la virtud de su arco, ponen el punto de mira muy por encima del lugar de destino, no para alcanzar con su flecha tanta altura, sino para poder, con la ayuda de tan alta mira, llegar al lugar que se hayan propuesto.

Digo, pues, que, en los principados totalmente nuevos, en los que haya un príncipe nuevo, a la hora de mantenerse las dificultades son mayores o menores según sea el que los adquiere más o menos virtuosos¹⁶.

¹⁶ Maquiavelo, N. (2010) VI. De los principados nuevos adquiridos con las armas propias y con virtud, *El Príncipe*, España, Alianza, p.65

Estas citas corresponden al capítulo sexto y su influjo toma por estudio las virtudes por las que el fundador está obligado a tener. Como ya habíamos establecido anteriormente, para Maquiavelo era importante que los precursores dieran comienzo con una nueva era. Para esto, los iniciadores tenían que congraciarse de las demás personas, pero, también, tomar con violencia las regiones ocupadas por otras influencias. En este sentido, distinguimos que estos términos, que el florentino denotó, se realizaron para que los iniciadores tuvieran presente que conquistar el poder político traía consigo combates brutales.

Visto de esta forma, caemos en la cuenta de por qué Maquiavelo incitó a sus lectores a dejarse sugerir por los grandes hombres. En anteriores apartados ya habíamos dicho que el antiguo canciller recomendaba a los príncipes fundadores aprendieran de los antiguos líderes, pero en este episodio incluía que se encaminaran a cambiar a ser hombres hábiles y estrategas. Lo cual, esto traía consigo que los precursores adquirieran el poder político por formas más sutiles y asequibles. Sin embargo, al final de la cita, Maquiavelo advierte que esta manera de sometimiento incluía mayores peligros, pero, por otra parte, era beneficioso dado que causaría una forma superior de política.

Maquiavelo disfrutaba narrar acerca de líderes del pasado, aunque realzó a personajes de su época, como fue el caso de Hierón de Siracusa, en el capítulo VI. La afición que tuvo el antiguo canciller hacia estos dirigentes tuvo que ver por sus modos de triunfo, los cuales, evidenciaban la habilidad, los planes, la previsión y el impulso inmediato para efectuar sus encomiendas. Véase esto último:

A ejemplos tan sublimes quiero añadir uno de menor rango que, sin embargo, guardaría cierta proporción con aquéllos y que pretendo me baste para todos los casos semejantes. Hierón de Siracusa. De simple particular se convirtió en príncipe de aquella ciudad y tampoco conoció de la fortuna otro don que la oportunidad: hallándose los siracusanos en una difícil situación, lo eligieron capitán y de ahí se ganó que por méritos propios llegaran a

hacerlo príncipe. (...) Hierón disolvió el viejo ejército, formó uno nuevo; abandonó las viejas alianzas y contrajo otras nuevas. Como tenía entonces aliados y soldados que eran realmente suyos, estaba en condiciones de edificar sobre tal fundamento cualquier edificio, hasta tal punto que lo que costó bastante esfuerzo conseguir lo pudo conservar con poco¹⁷.

Esta última cita de Maquiavelo evidencia su certeza de que los nuevos principados debían ser ordenados a partir de un ideal lógico y táctico. Ante todo, que priorizaran la organización política ante el desorden o, en otros términos, que terminaran con las imperfecciones de la vieja hegemonía, precisamente, para darle forma al nuevo gobierno. No obstante, era necesario que un fundador suscitara la transición de lo arcaico a lo moderno mediante la disciplina y la ordenanza. Por tal razón, los juicios de Maquiavelo lo condujeron a pensar sobre el *Príncipe nuevo*.

La encarnación del *Príncipe nuevo* se diferenció del *Príncipe natural* o *antiguo* por sus virtudes y, sobre todo, por su competencia de componer una nueva materia en lo vano de la política. En los anteriores apartados, pormenorizamos las propiedades, por las cuales presumían la sublimidad del gobernante maquiaveliano. Ahí diferenciamos las propiedades que hacían a un buen gobernante para funcionar. Razón que expone que la instauración o la edificación de los institutos se debía, sin duda, a la intercesión de un precursor.

De estas circunstancias nace el hecho de instaurar un nuevo orden político, en donde el *Príncipe nuevo* sería el encargado de preservar su ordenamiento. Su fuerza, eficacia y ventaja se sobrepusiera a la contingencia. Por esto mismo, Maquiavelo, en el capítulo VI, determinó que la fundación de nuevos Estados abarcaba grandes retos para que el innovador lo llevara a la práctica. De ello, dijo estos comentarios:

¹⁷ *Ibidem*, p.69

(...) las dificultades que encuentran al adquirir el principado, nacen en parte de las nuevas órdenes e instituciones que se ven forzados a introducir para sostener su Estado y su seguridad. Tengamos en cuenta que no hay cosa más difícil de tratar, ni en la que el éxito sea más dudoso, ni más peligrosa de manejar, que convertirse en responsable de un nuevo orden¹⁸.

Es significativo saber que el nuevo orden para Maquiavelo conformará parte de la creación del Estado, en este sentido, se podría decir que el propósito de esta razón le concernía al *Príncipe nuevo* o fundador. Sin descuidar los pormenores y perspectivas que competían en la contienda por el poder, como es la defensa de las instituciones y la protección del propio Estado. La violencia se reducía a ser un aparato que respondía conforme a las necesidades políticas, asimismo, el ímpetu del gobernante y la fuerza del Estado se ligaban para presionar a los individuos, con el fin de que reconocieran a los pensamientos y fines del nuevo régimen. Maquiavelo expresó estas palabras en el capítulo VI, al principio de esta siguiente cita:

Tengamos en cuenta que no hay cosa más difícil de tratar, ni en la que el éxito sea más dudoso, ni más peligrosa de manejar, que convertirse en responsable de la introducción de un nuevo orden; porque quien los introduce tiene como enemigos a cuantos el viejo orden beneficia y como tibios defensores a aquellos a los que las nuevas órdenes beneficiarán. Esta tibieza nace, en parte, por miedo a los adversarios, que tienen las leyes a su favor, y en parte por la incredulidad de los hombres, que en realidad no confían en las novedades si no ven nacer de ellas una firme experiencia; de ahí viene que cada vez que los enemigos tienen ocasión de atacar, lo hacen con pasión facciosa, mientras los otros se defienden tibiamente; de manera que, con ellos, se peligr¹⁹.

¹⁸ *Ibidem*, p. 57.

¹⁹ *Ibid.*

Además, en este párrafo, Maquiavelo adicionó dos miembros que sustentan al Estado: los asociados y los opositores. Esta encarnación del amigo y enemigo representa la predilección y aversión que brota en circunstancias en que un gobernante o Estado tiene preponderancia en la población. Como se puede inferir, las rivalidades, mostradas en este razonamiento, revelan que en el interior del Estado se aseguran conveniencias que apetecen o desdeñan a los poderes políticos, lo que pondría al Estado bajo una circunstancia prospera o perecedera.

Maquiavelo, ante ello, se convenció que los Estados al construirse fueran robusteciendo sus dispositivos disciplinarios. Estos afinarán la observación y asechancia del Estado con sus individuos. Con esa finalidad, las instituciones y el nuevo orden sustentarían la seguridad y solidez del sistema político. De ahí que el florentino dilucidó que los príncipes, que se establecen y fortalecen con su propia certeza, arte y capacidad para la defensa del Estado, son los más valorados.

En efecto, para Maquiavelo era esencial que el Estado se preservara con sus propios dispositivos y, en habidas cuentas, era el *Príncipe nuevo* el que debía alzar los arsenales necesarios que le asistirían, para seguir conservando el poder y el apoyo de sus pueblos.

Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer observar sus constituciones largo tiempo si hubieran estado desarmados; como ocurrió en nuestros días a fray Jerónimo Savonarola, que se arruinó junto a su nuevo orden, tan pronto como la multitud empezó a no creer en él; no tenían medios para retener a los que habían creído en él ni para hacer creer a los descreídos. Por eso estos hombres hallan muchas dificultades a la hora de actuar, y su camino este sembrado de peligros y conviene que con gran virtud los superen; pero una vez superados estos, y cuando empiecen a ser objeto de veneración, habiendo destruido a todos cuanto podían envidiar sus cualidades, se mantienen potentes, seguros, honrados, felices²⁰.

²⁰ *Ibidem*, p. 59.

A Maquiavelo le importó y, por muchas razones, que los poderes políticos alcanzaran a madurar, pero, para extenderse era sustancial que el poder del Estado congeniara con la violencia. En todo caso, la preponderancia del gobierno debía mostrar su dominio ante los demás individuos. Es así que, la persuasión sería segura y constante, en vista de que la impetuosidad del Estado aseguraría que el convencimiento se conservara a su favor. Aquí una cita que reitera lo anterior dicho:

Es necesario, por lo tanto, si se quiere tratar bien el tema, examinar si estos innovadores tienen fuerza propia o si dependen de otros; es decir, si para llevar a cabo su obra tienen que rogar o pueden forzar. En el primer caso acaban siempre mal y no llegan a cosa alguna; pero cuando dependen de sí mismo y pueden forzar, raras veces corren peligro. De ahí que todos los profetas armados hayan vencido y los desarmados se arruinen. Porque, además de lo dicho, la naturaleza de los pueblos es voluble; y es fácil persuadirles, pero difícil afirmarlos en aquella persuasión. Por eso conviene estar ordenado de tal manera que, cuando dejen de creer, se les pueda hacer creer por la fuerza²¹.

En concreto, Maquiavelo, en el capítulo VI, aseveró que los mejores gobiernos son los que conservan la permanencia de sus Estados. Para ello, su creación exhortaba a que fuera un *Príncipe nuevo* el que lo encabezara. En especial, que se instaurara en un nuevo principado o régimen que se distanciara y discrepara de los antiguos y acabados gobiernos. Para lograrlo, era vital que el nuevo gobernante innovara en su creación, aunque, para alcanzar este fin, el precursor debía empuñar el poder político de manera absoluta.

Ha llegado la hora de terminar con este escrito, ya que nos desplegarnos hacia otra materia de gran incumbencia. Sobre el asunto, para el siguiente

²¹ *Ibid.*

apartado, determinaremos nuestro interés al momento dictatorial. Un razonamiento de Maquiavelo por la que juzgó se suma consideración, debido a que la personalizaba como la primera etapa en que una nación recorría hasta llegar a ser una República.

3.3. El momento dictatorial

Hemos dejado para el final la reflexión en relación con el momento dictatorial. Fue conveniente dejarlo así dado que estimé adecuado primero comprender y exponer las propiedades internas del Príncipe y sobre su Estado fundado. Como resultado, extrajimos los fundamentos que predispusieron las reflexiones del poder de Maquiavelo. Sin embargo, hacía falta esclarecerlo con la pieza que confirmaría la prevalencia de los poderes políticos y, por el cual, el antiguo canciller juzgó de gran valor para que el *Príncipe nuevo* acabara por formar y expandir el Estado. Razón que manifestó la necesidad de instaurar un gobierno dictatorial.

Para atender estas consideraciones, revisaremos el capítulo IX de *El Príncipe: Del principado civil*, tal como las anotaciones I-XXXIV, I-LVIII, II-II de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, puesto que considero que en sus explicaciones se hallan aclaraciones que refieren a la necesidad de tomar el control absoluto del poder. Siendo, no obstante, en una primera instancia, ya que Maquiavelo creyó que las dictaduras pertenecían a un primer momento por la que proseguiría ser a una República, ya sea popular o aristocrática.

Pero, antes de continuar con el escrito, en primer lugar, pienso que es idóneo explicar el razonamiento sobre la fundación dictatorial. Así, evitaríamos interpretaciones que enredarían al pensamiento maquiaveliano con comentarios alusivos a las tiranías. Pues, la palabra dictadura por lo general es mezclada con esta forma de gobierno.

En realidad, Norberto Bobbio, en sus notas *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento*, en el *Intermedio sobre la dictadura* muestra estos malentendidos. Incluso, el filósofo explica que la marcha de las dictaduras ha estado sujeto a sus épocas, por lo que, se ha conducido conforme a las necesidades de su era y civilización, como es el caso romano. Así, pues, siguió revelando que su concepción se fue revolviendo con la tiranía y el despotismo de los siglos XVI y XVIII; incluso, en el siglo XIX y XX prosiguió mudando y embarullando con otras concepciones como lo fue el totalitarismo. Es así que, Bobbio terminó diciendo que la palabra dictadura se fue confundiendo con otras representaciones a lo largo de los años²².

Asimismo, Mario Stoppino, en el *Diccionario de política*, ahondó más sobre su concepto y aplicación. Pues, el politólogo italiano añadió sus probables orígenes y sus primeras prácticas desde la era de la república romana. Ahí precisó que las dictaduras tenían un cometido constitucional en específico, el cual, hacía mención a frenar las guerras internas y externas, así hasta tranquilizar la situación social y política de Roma. Léase estos comentarios del politólogo:

La dictadura romana era un órgano extraordinario que se podía activar, según procedimientos, y dentro de límites constitucionalmente definidos, para hacer frente a una situación de emergencia. (...) El fin para el que nombraba un dictador estaba claramente delimitado, y el dictador debía atenerse a él. Habitualmente se trataba de la conducción de una guerra (*dictatura rei gerendae causa*) o de la solución de una crisis interna (*dictatura seditionis sendandae et rei gerunda causa*). Los poderes del dictador eran amplísimos: ejercía el pleno mando militar; los cónsules le estaban subordinados; sus actos no eran sometibles a la *intercessio* de los tribunos; gozaba de sus *edicendi* y, por la duración del cargo, sus decretos tenían valor de ley; contra sus sentencias penales el ciudadano no podía apelar²³.

²² Véase en Bobbio, N. *Óp. cit.*, p.p. 182-190.

²³ Stoppino, M. (2015) *Dictadura, Diccionario político*, Siglo Veintiuno editores, México, p.492.

De hecho, Bobbio y Stoppino consiguieron esta averiguación, debido a su referencia con Maquiavelo, pues, en su obra los *Discursos...*, en el libro I y con el apartado XXXIV, dedujeron sobre el principio y mecanismos de las dictaduras en la república romana. Aquí descubrieron sobre las obligaciones y misiones que tenía el dictador cuando actuaba bajo la aprobación del Senado de la república romana. Véase esta cita del antiguo canciller:

(...) un dictador se nombraba para un periodo fijo, y no a perpetuidad , y estaba encargado solamente de solucionar aquel problema que había motivado su nombramiento, y su actualidad se extendía a poder decidir por sí mismo los remedios para aquel urgente peligro, a hacer cualquier cosa sin consultar y a castigar a cualquier sin apelación, pero no podía hacer nada que fuese en detrimento del estado, como hubiera sido arrebatar una propia autoridad al senado o al pueblo, o anular la antigua constitución de la ciudad y elaborar una nueva. De modo que, considerando a un tiempo la escasa duración de su dictadura y los limitados poderes que tenía, y que el pueblo romano no estaba corrompido era imposible que se saliese de los límites impuestos y perjudicarse a la ciudad y vemos por experiencia que siempre le hizo bien²⁴.

De igual forma, en este apartado se encontró la predilección y alabanza que Maquiavelo expresó a favor de las dictaduras, así como su desaprobación hacia los gobiernos tiranos. Pues, conjeturó que la estancia del dictador tenía un fin útil y benévolo, para los ciudadanos de la República, a diferencia del tirano, a causa de que no tenía ninguna utilidad para la vida pública, pues, obraba para su propio beneficio. Véase a lo que se refirió Maquiavelo:

Algunos escritores acusan a los romanos que pusieron los medios para instituir la dictadura en aquella ciudad, pensando que, con el tiempo, ésta fue causa de la tiranía en Roma, alegando que el primer tirano que surgió en la ciudad dominó con este título de

²⁴ Maquiavelo, N. (2015) *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, España, Alianza, p.136.

dictador, pues dicen que, si no hubiera sido por esto, César no hubiera podido dar apariencia de legalidad a su tiranía confiriéndole un título público. Los que así piensan, no analizan bien las cosas, y sostienen una creencia fuera de lo razonable. Pues no fue el nombre ni el grado de dictador el que hizo sierva a Roma, sino el arrebatarse la autoridad a los ciudadanos durante un tiempo muy largo, y si en Roma no hubiera existido el título de dictador, hubieran inventado otro, pues es la fuerza la que conquista fácilmente los nombres, y no al revés. Y vemos que la dictadura, mientras fue conferida según las leyes, fue siempre beneficiosa para la ciudad. Pues perjudican a las repúblicas los magistrados que se crean y las autoridades que se dan por procedimientos extraordinarios, no los que, en Roma durante un largo periodo de tiempo, en el que nunca ningún dictador causó a la república más que beneficios²⁵.

Así pues, Maquiavelo se persuadió de que las dictaduras eran gobiernos que beneficiaban a la vida pública, debido a que existía el Estado y las leyes que fijaban su competencia, así como obligaciones en la política, igualmente, ante todo, porque reducían su permanencia en el poder. Por tal razón, el florentino concluyó que las sociedades prosperaban con provecho de los gobiernos dictatoriales. En cambio, cuando permanecía una tiranía se ocasionaba lo opuesto, en vista de que el regente se convertía en un antagonista de la ciudadanía y del Estado, lo cual, aproximaba a la nación al desplome y aniquilamiento de la vida política. En este sentido, véase estas anotaciones de los *Discursos* del capítulo II con el apartado II:

Cuando en un Estado libre surge una tiranía, el menor mal que resulta de ellos es que la ciudad ya no avanza ni crece en poder o en riqueza, sino que la mayoría de las veces retrocede y disminuye. Y si quiere la suerte que alcance el poder un tirano virtuoso, que por su valor y por la fuerza de las armas extienda su dominio, esto no resultará útil para el país, sino sólo para él, porque no puede honrar a ninguno de sus súbditos, aunque sea

²⁵ *Ibíd*, p.135.

bueno y valeroso, sin sospechar de él. No puede, además, someter la ciudad conquistada a la que él le conviene es mantener el estado dividido, y que cada tierra y cada provincia le reconozcan sólo a él, de modo que sus conquistas sólo a él aprovechan, y no a la patria²⁶.

En resumidas cuentas, Maquiavelo entendía que el orden común debía ser asegurado por un Estado rígido y regulado, asimismo, ante el peligro, el ahogo y transgresión hacia las instituciones y la ciudadanía. El *Príncipe nuevo* o dictador era el que estabilizaría el entorno agresivo, sobre todo, porque representaría el sostén de la razón de Estado, así como el que preservara, organizara, enderezara y garantizara tanto el origen como las causas del régimen creador. Maquiavelo planteó la necesidad de tornar a las reglas políticas que marchaban, para detener y dominar los riesgos, igualmente, el azar en contra de los individuos y el Estado. Lo mismo comentó Norberto Bobbio sobre la Razón de Estado, en el *Diccionario político*: “Según se dice, el único modo en que la comunidad puede renovarse, y así escapar de la decadencia y la ruina, es el regreso a los orígenes, es decir, a los principios fundadores”²⁷.

Para tal efecto, Maquiavelo consideraba que las leyes eran elementales, para que ordenaran la conducta del regente absoluto y de la población. Es así que se sustentaría la vida política en una monarquía al igual que una República. Con este esfuerzo obtenido, se mantendría la ordenanza civil e institucional. Maquiavelo en los *Discursos*, en el libro I, LVIII, comentó sobre esto último:

Digo que tanto los gobiernos monárquicos como los republicanos han durado bastante tiempo, y unos y otros han necesitado ser regulados por las leyes, porque un príncipe que pueda hacer lo que quiera está loco, y un pueblo que pueda hacer lo que quiera no es sabio. Y si a partir de ahí se reflexiona sobre un príncipe obligado por las leyes y un pueblo que en el príncipe; y si se reflexiona sobre ambos cuando no están sujetos a freno alguno,

²⁶ *Ibidem*, p.p. 219-220.

²⁷ Bobbio, N. (2015) Razón de Estado, *Diccionario de política*, Siglo Veintiuno editores, México, p.117.

se encontrarán menor errores en el pueblo que en el príncipe, y además sus errores serán más pequeños y tendrán mejores remedios²⁸.

Se busca con ello significar que las observaciones de Maquiavelo exhortaban a que los líderes fomentaran la transición política, en la que los individuos fueran capaces de sentir el cambio político y donde la condición del regente variara a ser un régimen institucional. Para ello, el *Príncipe nuevo* debía fijar y fortalecer las bases del sistema político, con el fin de que el Estado, por sí mismo, defendiera y conservara la vida política a futuro, hasta que fueran los mismos individuos los que resguardaran las instituciones y la civilidad. Aquí unas de sus razones de Maquiavelo sobre esto último dicho, en el libro II-II de los *Discursos*:

(...) porque lo que hace grandes las ciudades no es el bien particular: sino el bien común. Y sin duda este bien común no se logra más que en las repúblicas, porque éstas ponen en ejecución todo lo que se encamine a tal propósito, y si alguna vez esto supone un perjuicio para este o aquel particular, son tantos los que se beneficiarán con ello que se puede llevar adelante el proyecto pese a la oposición de aquellos pocos que resultan dañados.²⁹

He aquí más o menos lo que pensaba Maquiavelo al respecto de las dictaduras, así como su labor y obligaciones con el Estado y la ciudadanía. Pues, con esta finalidad, el florentino ideó una perspectiva con la cual Italia acabaría por desarrollarse como nación y, en su momento, terminar por formar y extender al Estado. Pero, para esto, se necesitaba, primeramente, reintegrar a los individuos en la política.

²⁸ *Ibid*, p.201.

²⁹ *Ibidem*, p.220.

Al llegar a este punto, es cuando abordamos el posicionamiento por la que se conseguiría fomentar la vida civil y política, insinuando como tal el principado civil o bien la política laica. Pues, para fundar un Estado y fijar una ciudadanía, el gobernante debía configurar la política con asistencia, así como con apoyo de los individuos. De efectuarse la colaboración, traería consigo que los poderes políticos se desarrollasen por influencia de las conglomeraciones populares y de las minorías. Es por esto que Maquiavelo escribió estas ideas en el capítulo IX de *El Príncipe*:

Quando un ciudadano privado se convierte en príncipe de su patria no por medio de crímenes y otras violencias intolerables, sino con el favor de sus ciudadanos, surge así un principado al que podríamos llamar civil (para llegar no es necesario basarse exclusivamente en la virtud o exclusivamente en la fortuna, sino más bien en una astucia afortunada), digo que se asciende a dicho principado o con el favor del pueblo o con el favor de los grandes. Porque en cualquier ciudad se encuentran estos dos tipos de humores: por un lado, el pueblo no desea ser dominado ni oprimido por los grandes, y, por otro, los grandes desean dominar y oprimir al pueblo; de estos dos contrapuestos apetitos nace en la ciudad uno de los tres efectos siguientes: o el principado, o la libertad, o el libertinaje³⁰.

Maquiavelo en esta idea también menciona la presencia de dos grupos contrarios o “humores”: el pueblo y los Grandes. En anteriores apartados se había explicado que las mayorías eran vitales para que el Estado se configurara, más que con las minorías. Puesto que el Príncipe tenía más riesgo al vincularse con los acaudalados, a causa de que su temperamento o idiosincrasia los impulsaba a contender por el poder político. Además, su contacto con los forasteros representaba ser un riesgo para la nación, debido a su afán de amplificar su

³⁰ *Ibidem*, p. 84-85

política, así como el de desenvolver sus creencias en otros territorios y pueblos ocasionaría la ruina del Estado y la ciudadanía.

Hay, sin embargo, otras condiciones por las que Maquiavelo expuso en este episodio. Tal es el caso de la disconformidad social y la apetencia de las clases altas por avasallar a las mayorías. Resulta que, el florentino dilucidó el recelo y desasosiego que los pueblos tienen con las clases opulentas y poderosas. En virtud de que su capacidad y desenvoltura, para adquirir el poder los ubicaba en la disposición de someter a la sociedad vulnerable. De tal forma, que esta población débil clamaba la llegada de un regente o instituto que los defendiera y favoreciera.

Se diría, pues, que el *Príncipe nuevo* se ocuparía de protegerlos y mantenerlos, al mismo tiempo, prevendría el conflicto entre estas clases. Tal fue la razón por la que Maquiavelo hizo mención sobre el libertinaje, como una forma de gobierno. En efecto, para el pensador florentino, esta forma de política resultaba ser perjudicial, dado que originaba las peleas internas en la nación e interrumpiría el crecimiento del Estado y el desenvolvimiento de la vida pública.

Esta situación era de sumo cuidado para que el dirigente lo sopesara. En cierto sentido, él tenía que elegir a propósito al grupo que lo asistiría, para tener el poder, sin embargo, según Maquiavelo, el *Príncipe nuevo* tenía que preferir a las mayorías, porque con su cooperación conservaría el poder político, el cual, le permitiría prolongarse en el Estado. Así, le concedería el bastante tiempo para formar las instituciones y erigir la vida pública. Por el contrario, si escogiera a las minorías se complicaría e imposibilitaría dirigir y administrar los instrumentos del Estado y a la población.

En igual forma, Maquiavelo planteó que ambos grupos reclamarían a sus líderes convenientes. Con tal acción se distinguirían a las figuras que representasen sus intereses y, consecuentemente, agrandarían su popularidad. Tras esto reclamos, por parte de las mayorías, protestarían por un caudillo que los guareciera de los abusos de los potentados, mientras que las minorías abogarían

por un jefe que les accediera el enriquecimiento y la comodidad de formar parte del gobierno. Véase esta cita del capítulo IX:

El principado es promovido o por el pueblo o por los grandes, según sea una parte u otra la que encuentre la oportunidad; porque los grandes, viendo que no pueden resistir al pueblo, comienzan a aumentar la reputación de uno de ellos y lo hacen príncipe para poder a su sombra desfogar su apetito. El pueblo, por su parte, viendo que no puede defenderse ante los grandes, aumenta la reputación de alguien y lo hace príncipe a fin de que su autoridad lo mantenga defendido. El que llega al principado con la ayuda de los grandes se mantiene con más dificultad que el que lo hace con la ayuda del pueblo, porque se encuentra -aun siendo príncipe- con muchas personas a su alrededor que se creen iguales a él y a las cuales no puede ni mandar ni manejar a su manera³¹.

Esta última nota revela las probables ocasiones por las que un gobierno conseguiría degenerarse, si dejara que otros ocuparan el poder. Razón por la cual Maquiavelo animaba al precursor a tomar al pueblo como su partido prioritario. Prestando atención, principalmente, en la proporción de personas que tienen cada grupo, ya que, el pueblo se precisaba por tener el mayor número de personas que los aristócratas. Véase esta cita:

Sin embargo, el que llega al principado con el favor popular se encuentra solo en su puesto y a su alrededor hay muy pocos o ninguno que no estén dispuestos a obedecer. Además de esto, no se puede -con honestidad y sin causar injusticias a otros- dar satisfacción a los grandes, ya que éstos quieren oprimir y aquél no ser oprimido. Además, si el pueblo le es enemigo, jamás puede un príncipe asegurarse ante él, por ser demasiados; de los grandes sí que puede, pues son pocos. Lo peor que puede esperar un príncipe del pueblo enemigo es verse abandonado por él, pero si sus enemigos son los grandes, no solamente ha de

³¹ *Ibíd*, p.85

temer que lo abandonen, sino incluso que se vuelvan en su contra, porque -habiendo en ellos mayor capacidad de previsión y más astucia- no pierden el tiempo si se trata de salvarse y tratan de conseguir los favores del que presumen será vencedor. El príncipe, además, está forzado a vivir siempre con el mismo pueblo, pero puede pasarse sin los mismísimos grandes, pues está en condiciones de hacerlos y deshacerlos cada día y de darles o quitarles renombre según su propia conveniencia³².

Como se indicó, Maquiavelo quería que el fundador fuera consciente de la conducta y los anhelos de estos grupos sociales. Pero, sobre todo, que optara por el de mayor número de personas y por los que se encontraban más proclives a los atropellos, así como desmanes de los aristócratas. Es así como, el antiguo canciller incitó al precursor a contar con la amistad de las mayorías, porque, su cometido por esculpir al Estado idóneo, así como preparar a la ciudadanía, se conseguirían forjar.

Quien alcanza el principado mediante el favor del pueblo debe, por tanto, conservarlo amigo, lo cual resulta fácil, pues aquél solamente pide no ser oprimido. Pero aquel que, contra el pueblo, llegue al principado con el favor de los grandes debe por encima de cualquier otra cosa tratar de ganárselo, cosa también fácil si se convierte en su protector. Y dado que los hombres, cuando reciben el bien esperaban iba a causarles mal, se sienten más obligados con quien ha resultado ser su benefactor, el pueblo les cobra así un afecto mayor que si hubiera sido conducido al principado con su apoyo. El príncipe se puede ganar al pueblo de muchas maneras, de las cuales no es posible dar una regla segura, al depender de la situación. Por eso lo dejaremos a un lado, pero concluiré tan sólo diciendo que es necesario al príncipe tener al pueblo de su lado. De lo contrario no tendrá remedio alguno en la adversidad³³.

³² *Ibíd.*

³³ *Ibíd*, p.p. 86-87.

Como se ha venido anotando, El pensador italiano priorizó a las mayorías para las creaciones de los Estados, pues, su contribución, así como su invención, implicaba que la política se formalizara, hasta que la vida civil finalmente se instituyera. Conseguirlo, como hemos venido diciendo, requería que el *Príncipe nuevo* estimulara a las masas, para que respondieran a su llamado, con esta finalidad, se conllevaría que la esfera pública se instaurara y, de este modo, disponer de las libertades políticas a los individuos. Asimismo, por consecuencia, implementaría el sustento que posibilitaría a las naciones hacer frente a la contingencia. Véase esta última cita del capítulo IX para comparar:

Pero si quien se apoya en el pueblo es un príncipe capaz de mandar y valeroso, que no se arredra ante las adversidades, ni omite las otras formas convenientes de defensa, que con su ánimo y sus instituciones mantiene a toda la población ansiosa de actuar, tal príncipe jamás se encontrará engañado por él y comprobará que ha construido sólidos fundamentos para su mantenimiento³⁴.

En última instancia, se comprende que Maquiavelo estimó que los gobiernos dictatoriales atraerían un mejoramiento en la vida de las personas. Razón por que le dio a creer que al instaurarse abastecería a las naciones de mecanismos valiosos y prácticos para el desarrollo de la vida pública y política. Inclusive, que el *Príncipe nuevo*, a semejanza al dictador romano, resolvería los conflictos internos como la disidencia y la contraposición de las clases sociales, así, hasta proporcionar la tranquilidad, estabilidad y el desarrollo en las naciones. Es por este motivo que el antiguo canciller se persuadió que las dictaduras podían ser útiles para la paz, del mismo modo, para la integración de las personas en los países asolados y oprimidos.

³⁴ *Ibíd*, p. 87

3.4. Consideraciones finales acerca del *Príncipe nuevo*

Hemos examinado hasta aquí lo que figuró ser para Maquiavelo la fundación del Estado y el momento dictatorial. Con esto en mente, es oportuno que continuemos con nuestras reflexiones del poder, para el segundo capítulo. Pero, antes de hacerlo, realicemos una recapitulación acerca de la figura del *Príncipe nuevo* y sus propósitos como fundador y dictador.

Unos de los componentes de Maquiavelo, para que se erigiera un régimen, era que un *Príncipe nuevo* o precursor lo motivara, asimismo, que desafiara a la ventura y a la suerte con el propósito de originar el cambio esencial para las sociedades, así como proyectar el plan que dirigiría su determinación e instituiría tanto a un Estado como la vida civil.

De esta manera, fue que decidimos aproximarnos a los capítulos VI y IX de *El Príncipe*, al igual que algunos episodios de los *Discursos*. Con esta finalidad, nos acercamos a las ideas que Maquiavelo reflexionó, en cuanto a la formación del Estado y la política. Como resultado, conseguimos los principios o fines por las cuales los Estados se erigen, en las que, por consecuencia, entendimos su enlace con la violencia. Dicho de otro modo, interpretamos los dispositivos del Estado que se manejaron para tranquilizar y reglamentar a sus poblaciones, por ende, que los beneficiaron, puesto que uno de los propósitos fundamentales era erigir y preservar el nuevo orden.

En este sentido, nos motivamos a comprender el perfil del *Príncipe nuevo*, comenzando desde su concepción histórica, pues, su proyecto de renovación política se asemejaba a la figura del ordenador político de Roma, es decir, el dictador. Con esto, integramos los fragmentos que hacían falta para lograr entender las funciones del precursor maquiaveliano. Por ello, desarrollamos un escrito por el cual discernimos las cualidades del dictador y su disparidad con los gobiernos tiranos. Esta iniciativa fue importante, porque tuvo en cuenta sus diferencias políticas. De ahí que, notamos que los regímenes dictatoriales se

establecen desde el mandato constitucional, en otras palabras, se conducía de acuerdo con las leyes establecidas de una Constitución. A diferencia de los gobiernos tiranos que se manejaban conforme a las creencias y deseos del regente.

Después, al terminar de explicar las diferencias de estos gobiernos, nos dirigimos a saber sobre el sustento que mantendría al régimen dictatorial: las sociedades. Aquí caímos en la cuenta de que Maquiavelo contempló a dos grupos, que precisó y tanteó acorde a su cifra social. Para tal efecto, conocimos al pueblo y a los aristócratas, cuyos componentes beneficiarían en el desenvolvimiento de la vida política e institucional. Sin embargo, Maquiavelo dedujo que con las mayorías se alcanzarían a nacer y prosperar el Estado, por igual la civilidad. De esta manera, el antiguo canciller precisó que el pueblo terminaría por desarrollar el régimen civil.

De la misma forma, revelamos que Maquiavelo juzgó a las clases altas como individuos activos, eficaces y nocivos para la vitalidad del Estado, así como de la ciudadanía, debido a que los opulentos y poderosos pretenderían adueñarse de los poderes políticos para favorecerse, a su vez, para avasallar a las mayorías. El florentino se disuadió que el pueblo sería un aliado adecuado para que los poderes del Estado se conservasen, en vista de que las masas demandaban la estabilidad política así como la garantía de que los acaudalados no los dominaran.

Finalmente, los aspectos que fuimos examinando nos convino, pues logramos comprender la efigie del *Príncipe nuevo* o fundador. Esto también aportó los principios que motivan la aparición de los dictadores, apreciados por los pueblos, incluso, los probables responsables que originan a los Estados, hasta ordenarse en repúblicas.

Con todo y lo anterior, realizamos una proximidad a la idea o captación antropológica del poder político de Nicolás Maquiavelo. Con el objeto de separar los componentes que correspondían al Estado creado y el afianzamiento del gobierno dictatorial. Es así como se finalizan este reconocimiento y las

observaciones hacia algunas de las cavilaciones del florentino en sus obras. Creo que con estas indagaciones es conveniente terminar este primer capítulo, asimismo, con toda esta presentación del pensamiento maquiaveliano. Todavía, es momento de dar principio a nuestras propias cavilaciones acerca del poder, por supuesto, con ayuda de las ideas del maquiavelismo.

Segundo capítulo: virtù y Fortuna en Porfirio Díaz.

1. Virtudes maquiavelianas en Porfirio Díaz.

1.1. Objetivos.

Al llegar aquí, veamos las maneras por las que se orienta internamente un gobierno dictatorial. Para esto, dedicaremos una progresión de reflexiones con respecto a su establecimiento por su precursor. Así, daremos orden a las ideas y de ahí determinaremos su significación y alcance que han detentado las dictaduras en las sociedades.

Por ello nos serviremos de lo estudiado de las cavilaciones de Maquiavelo en el primer capítulo; donde se trataron las propiedades consubstanciales del precursor o Príncipe. De estas evidencias recogidas, prepararemos nuestras meditaciones del poder consecuente al aprendizaje que tuvimos del antiguo canciller. Con esta finalidad, fructificaremos un razonamiento que nos será de utilidad para el último capítulo.

Además, para robustecer nuestras cavilaciones maquiavelianas en este episodio, constataremos estas consideraciones con un ejemplo histórico. En otros términos, pondremos en caso una dictadura fundada. Como complemento, resolví en hacer caso al gobierno porfirista, una dictadura que se constituyó por más de treinta años en México. Lo creí ajustado debido a que este precursor e innovador ocasionó el cambio y transición fundacional en el país. Lo cual, probó su talento, técnica, virtudes y malignidad ante la contingencia; ingredientes que se llegan a equiparar a las cualidades del *Príncipe nuevo* o bien el precursor maquiaveliano.

1.2. Las virtudes maquiavelianas en el gobernante Díaz.

Ahora, para este siguiente apartado, comencemos con las virtudes maquiavelianas que se observan en la personalidad de Porfirio Díaz. Pero antes conviene decir que, en los anteriores apartados del primer capítulo, puntualizamos algunas de las particularidades que significan la figura y carácter del hombre extraordinario o el *Príncipe nuevo*. Este esfuerzo se debió por el propósito de comprender al fundador o precursor maquiaveliano. El cual, consecutivamente, reconocimos las cualidades por las que se anuncian los dictadores.

De igual manera, interpretamos los principios que sobresalieron del precursor de Maquiavelo. Lo cual, esto nos dejó esclarecido su idea acerca de su libertador e innovador. A este respecto, entendimos que las creencias del antiguo canciller discurrieron por la ruta de la adecuación de un Príncipe competente y oportuno para su colocación y disposición acertada en la historia. En este sentido, el propósito que tuvimos fue dilucidar los atributos extraordinarios de su iniciador y gobernante magnífico. Razón por la cual, nos encauzamos, en el segundo apartado del primer capítulo, a conocer sobre las virtudes maquiavelianas y su correspondencia con la contingencia.

Aclaro todo esto porque es como comenzaremos con nuestras reflexiones del poder al unísono de la lectura a la representación de Porfirio Díaz. A este propósito, ocuparemos las materias e instrumentos teóricos e históricos que nos asistirán para alcanzar una mejor interpretación de esta persona. Es así que, nuestras meditaciones percibirán mayor significado en la exposición.

Es por ello que iniciaremos a razonar sobre las virtudes de Díaz, sin embargo, la idea fija resulta ser compleja y profunda. Es por tal razón que plantaremos los argumentos a partir de diferentes secciones. Pero antes de seguir adelante con estas explicaciones, primero convendrá precisar la razón de Estado para el siguiente escrito, así, hasta enlazarlo con el carácter del gobernante Díaz.

1.2.1 Idea de la razón de Estado y las virtudes del gobernante Díaz.

Como se anotó en lo precedente, ahora precisaremos las cualidades de Porfirio Díaz que pueden ser asociadas al precursor maquiaveliano. Pero antes de realizarlo, primero expondremos con respecto a la razón de Estado. Acerca de esta idea, es conveniente que se añada esta explicación ya que Maquiavelo fue de los iniciadores que lo esbozó. Cabe mencionar que no lo bosquejó de forma directa, no obstante, alegó sus propiedades a través de la definición de su *Príncipe nuevo* o precursor.

Referente a este caso, entre los eruditos hubo quien lo manifestó, sosteniendo, inclusive, que el antiguo canciller fue el causante de este concepto. Como es el caso del historiador alemán, de la primera mitad del siglo XX, y alumno de Wilhelm Dilthey, Friedrich Meinecke. El erudito llevó a cabo un texto, *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, en el cual planteaba la historia de este concepto, al igual que refirió a los precursores y líderes que lo encarnaban. Lo que importa observar de su exposición es que ubicó a Maquiavelo en el primer capítulo de su obra. Expresando que por él la noción de razón de Estado tuvo predominio entre los intelectuales, lo cual, esto favoreció en el análisis con respecto al poder político y el establecimiento de los Estados. E inclusive, declarando que los gobiernos de prosapia autoritaria podían corroborar su eficacia en la sociedad a la vez que conservaran el orden.

Acudimos a este ejemplo para mencionar que las virtudes maquiavelianas y la idea de razón de Estado se parecían. Ciertamente es que, la *virtù* y la razón tienen sus propios significados, sin embargo, Maquiavelo los creyó similares. La razón de Estado y la virtud política son elementos que se constituyen en su pensamiento, pues consideraba que la creación del Estado era producto de la innovación del Príncipe y que al mismo tiempo este representaba al poder institucional.

En este sentido, las funciones de la razón de Estado tienen que ver con la conservación de todos los poderes institucionales, así como enfrentar cualquier

adversidad que busque desestabilizarlo. En efecto, Sergio Pistone afirma, en el *Diccionario de política*, que la razón de Estado se fundamenta a partir de una doctrina que compromete, a los regidores, garantizar el orden público, lo que podría involucrar el violar las normas jurídicas, morales, políticas y económicas³⁵. De igual forma, el autor habla que las tesis que defienden este tipo de racionalidad, sostienen que el monopolio de la fuerza busca conservar el orden público y la sociedad. Este fundamento (mencionado nuevamente por él mismo) se afirma desde la visión realista y desencantada que tienen los políticos con respecto a las personas. Además, este tipo de convicción se agudiza cuando piensan que debe existir una autoridad estatal que garantice disolver la anarquía, así hasta implementar el progreso moral y material.

Para Maquiavelo, la razón de Estado tenía que ver con estas mismas funciones, y como ya se había dicho anteriormente, el Príncipe era quien jugaba el papel absoluto del poder. Al mismo tiempo, este político, a su vez, tenía una responsabilidad con la ciudadanía, pues, debía preservar sus propiedades y su bienestar, como ya se había comentado en el segundo apartado del primer capítulo. Es aquí como parece que Maquiavelo justificó la legalidad de las dictaduras, pues a los gobiernos autócratas les permitía consecuentemente desarrollar sus propias leyes y ejércitos. Estos regímenes se establecían profundamente en las sociedades, de tal modo que resultaban difíciles de sustituir por otros sistemas políticos a futuro. Pero, su permanencia también dependía bastante de sus relaciones con los individuos. Por esta razón, para mantener al Estado, era necesario que intervinieran las acciones e innovación del gobernante.

Podemos condensar lo dicho hasta aquí diciendo que la razón de Estado se refiere al monitor en que la política se organiza. En cuanto su determinación, sus motivos se evidencian cuando mantiene las estructuras del Estado estables y seguras. En todo caso, la inteligencia del cuerpo estatal se conduce como un ser viviente, el cual, se desarrolla y, con el tiempo, acapara todos los medios

³⁵ Sergio Pistone, "Razón de Estado", Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Griafranco Pasquino, *Diccionario de Política*, México, Siglo Veintiuno editores, pp. 1338-1339.

necesarios para su subsistencia. Lo cual, esto le posibilita hacer nuevas vías para su desenvolvimiento. Es así como se depuran sus dispositivos que lo dejan conservarse.

Del mismo modo lo contó Meinecke a principio de su obra la *La idea de la razón de Estado...*, he aquí el primer fragmento que le dedicó al concepto:

Razón de Estado es la máxima del obrar político, la ley motora del Estado. La razón de Estado dice al político lo que tiene que hacer, a fin de mantener al Estado sano y robusto. Y como el Estado es un organismo, cuya fuerza no se mantiene plenamente más que le es posible desenvolverse y crecer, la razón de Estado indica también los caminos y las metas de este crecimiento. La razón de Estado no puede escoger arbitrariamente estos últimos, ni puede también indicarlos de modo general y uniforme para todos los Estados, ya que el Estado constituye también una individualidad con una idea vital peculiar, en la cual las leyes generales son modificadas por una estructura y un ambiente singulares. La “razón” del Estado consiste, pues, en reconocerse a sí mismo y a su ambiente y en extraer de este conocimiento las máximas del obrar³⁶.

Al respecto conviene decir que, en los anteriores apartados, deducimos que la finalidad del *Príncipe nuevo* o fundador de Maquiavelo se fundamentó a partir del propósito de aunar a los individuos con su Estado. Con el fin de depurar su sentido común y así ellos alcanzaran a formarse como ciudadanos modernos. Para esto, el precursor tenía que modernizar su carisma y gracia ante las mayorías. Por esto mismo, los instrumentos del Estado trascenderían en la concertación y vigilancia de las personas. Por esta razón, la manera para componer el sustento que mantendría y, finalmente, encarnaría la razón de Estado era mediante su precursor.

³⁶ Véase en Meinecke, F. (1997) *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Centro de Estudios políticos y constitucionales, México, p.3.

Para mejor entender esta explicación de la idea de la razón de Estado y la virtud maquiaveliana, transcurramos al retrato de un dictador. Pero antes, hay que reconocer que los autócratas han regido durante años, del mismo modo que han formado parte del desenvolvimiento de la política. Esto mismo a consecuencia de su intromisión en la vida pública, lo cual, esto ha originado el desarrollo de las civilizaciones, aunque, del mismo modo, desató choques sociales debido a su proceder impetuosa con las personas.

Esto nos lleva a pormenorizar el porte del gobernante Porfirio Díaz. Para ello, es necesario acentuar la postura histórica del caudillo, puesto que su soltura en la política lo dejó construir las bases republicanas en México. Por la cual, le concedió la capacidad de llevar a su país a un momento con mejor desarrollo material y cultural. Pues, la calidad de la política y economía del país en el siglo XIX, se descubrían en un periodo de ruina. En ese sentido, las facciones que contendían por establecer su régimen, conllevaron a enfrentamientos fratricidas entre los mexicanos. De estas circunstancias nació el hecho de que diferentes caudillos se disputaran por el control del territorio. Así, hasta que el gobernante Díaz llevó a cabo su conquista, luego de comenzar a afirmar las bases de su régimen por treintaicuatro años (1876-1911).

Es así como comenzó a expandirse la preponderancia porfirista. Pues, en el Estado de Porfirio Díaz, todos los institutos gubernamentales de la República Mexicana los tuvo bajo su control. Su régimen vigiló a los gobiernos estatales, así como a los municipales. El sistema político, de aquel entonces, se había acoplado a la personalidad del presidente, de hecho Paul Garner lo afirmó: “la política porfirista era intensamente personalista”³⁷. Luego, los poderes legislativos y judicial también se habían unido al poder ejecutivo. Por ende, el régimen de Díaz era quien legislaba e impartía justicia al mismo tiempo. Tras tener a todos los poderes bajo su yugo, de manera paulatina, introdujo la ideología del positivismo

³⁷ Paul Garner, *Porfirio Díaz. Entre el mito y la historia*, México, Crítica, 2015, pp.80

en la cultura mexicana, lo cual, remarcó que el gobierno del general fuera considerado como absolutista.

Creo que aquí se ve bastante bien como brotó la razón de Estado durante este régimen, sin embargo, las virtudes políticas del caudillo igualmente fueron fundamentales para su configuración. En el segundo apartado del primer capítulo, cabe reiterar, inferimos que las propiedades internas del precursor eran esenciales para afianzar las bases del Estado. Asimismo, apuntamos que tenía que haber una adecuada comunicación con los gobernados; de tal manera de que no afectara su imagen y así persistir ser del interés de las mayorías. Por consecuencia, concluimos que el iniciador tenía que elegir ser un gobernante popular.

En lo esencial, el caudillo Porfirio Díaz fue un sujeto que coincidió con indígenas y mestizos por sus orígenes, además, contribuyó en hermandad con liberales de la época como Marco Pérez, Juan Aldama, Ignacio Comonfort y, ante todo, Benito Juárez. La conexión con estos hombres le accedió tener el reconocimiento y la popularidad de la sociedad mexicana. Razón por la cual, su fama entre los políticos y su notoriedad en la colectividad lo condujeron al poder.

En este sentido se comprende que el precursor ejemplar tenía que estar relacionado con las clases sometidas y con la gente querida y revolucionaria. Con esto, entendemos que la restauración política implicaba que el precursor se adhiriera a las coyunturas peculiares que definían a la transformación política. Pero además, cabe recordar que, en el segundo apartado del primer capítulo, comentamos que el libre albedrío es una propiedad por el cual se apreciaba el precursor maquiaveliano. Es por ello que la competencia del líder se valoraba a partir de su posibilidad de elegir. De ahí que, su diferenciación como sujeto de las masas lo orientaba a ser la cabecilla.

En todo caso, Porfirio Díaz logró escalar entre los grupos liberales y conseguir de los poderes federales cargos muy importantes. Debido a sus estrategias que fueron resultado de su experiencia militar, desarrolló en la política

técnicas para el manejo y control de la población. Cuando llegó al poder, su estilo de gobernar se caracterizó por ser pragmático, objetivo y técnico, y esto le permitió gobernar durante treintaicuatro años a la totalidad de los mexicanos.

Se quiere con ello significar que el gobernante Díaz se elevó por su suficiencia en la política, y, sobre todo, por su reconocimiento como precursor. Por esto mismo, la efectividad de los iniciadores se establece por su capacidad de conglomerar a todos los sujetos que pretenden sentar las estructuras de un nuevo comienzo. Esto significa que los precursores se adjudican todas las responsabilidades políticas, a fin de que se consoliden las bases que darían pie al nuevo régimen.

En función de lo ya expuesto, diremos que la razón de Estado del porfiriato tuvo origen por las virtudes políticas del caudillo. Resulta claro que el semblante y las capacidades de este precursor favoreció que se desarrollaran los mecanismos del cuerpo estatal. Haciendo posible que la dictadura beneficiara en el progreso y establecimiento del orden en México. Sin embargo, no descuidemos su rendición; debido a que su gobierno ocasionó la caída del Estado.

Cabe concluir con esta sección, y para proseguir entendiendo el carácter de los fundadores, continuaremos en los siguientes apartados para conocer de forma más próxima las virtudes maquiavelianas del gobernante Porfirio Díaz; incluso, saber cómo fue que su figura se alejó paulatinamente de la encarnación del precursor maquiaveliano.

a) Racionalidad, estrategia y prudencia política.

Continuaremos la exploración de las virtudes maquiavelianas en Porfirio Díaz en esta sección. Aquí nos ocuparemos en conocer sobre la lógica por la que usa la dictadura para instaurar su régimen. Para esto, reflexionaremos sobre la racionalidad, la estrategia y la prudencia del gobierno porfirista. Partiendo de las

enseñanzas que hemos llevado a efecto del primer capítulo. Así, hasta autenticar nuestras cavilaciones maquiavelianas con las virtudes del gobernante Díaz.

En el anterior escrito, se terminó diciendo que la fundación de los Estados y del régimen se deben a la intervención de un precursor. Dicho de otra manera, eran las virtudes políticas del regente las que lograban fundar las bases de un nuevo comienzo político. Estas razones, para Maquiavelo, eran fundamentales para que acaeciera una alteración profunda en los sistemas políticos en ruinas. Por eso, la injerencia del *Príncipe nuevo* o dictador en las circunstancias más caóticas resultaba conveniente su intervención.

Por esto mismo, la función autocrática que creyó Maquiavelo para el precursor eran las idóneas para integrar una nueva política. Es así que, para lograrlo, el regente tenía que enseñorearse de los poderes políticos; porque de esta forma garantizaría la conformación de las bases de la transformación política. No obstante, el dirigente se percibía a cada momento acechado por las circunstancias o la azarocidad. Lo cual, revelaba que las estructuras del régimen en cualquier momento podían demolerse.

Como se puede inferir, las maneras para que se supeditaran los acontecimientos al precursor era mediante el dominio total de la racionalidad. Con esto, los regentes mantendrían la posibilidad de controlar el caos a su alrededor, hasta de los acaecimientos y personajes que confabularan en contra suya desde la clandestinidad.

Como ya lo hice notar, para Maquiavelo era fundamental que el Príncipe consiguiera el poder político, porque con él se lograría consolidar al Estado. No obstante, primero era necesario tener aptitudes como la inteligencia, la prudencia y la fuerza. Es importante tomar en cuenta que la política es una actividad cotidiana, por lo que resulta vital que el gobernante sea realista y analista con respecto a sus acciones. Para el florentino implicaba que los príncipes fueran medidos para saber actuar bajo circunstancias complicadas presentes y futuras. Entonces, la idea de operación se refería a la prevención de conflictos futuros.

Igualmente, la estrategia política o la cultura de la prevención tenía que tomarse en cuenta, de lo contrario, los Estados caerían en ruina y se establecerían nuevos regímenes. Era fundamental seguir tejiendo nuevas redes que ayudasen a fortificar los sistemas políticos, para que no pudieran quebrarse.

Como ya se había mencionado anteriormente, el hombre extraordinario de Maquiavelo encarnaba el engrandecimiento y deificación del sujeto sublime. Ante estas cualidades eminentes, el precursor tenía su lugar que le competía al momento de probar su racionalidad, evidenciado a partir de su iniciativa por solucionar las dificultades en contra suya. Es por eso, que la prudencia para Maquiavelo poseía de igual forma suma importancia para el comportamiento del político, porque con ella las acciones serían más efectivas. Para eso, tenían que saber calcular o conocer las aptitudes internas de los individuos.

Visto de esta forma, la necesidad de presidir del mal, para el canciller antiguo, era preciso que el gobernante se condujera. Durante el primer capítulo, dijimos que las ideas del florentino concordaban con la manera de pensar de los gobernantes. Del mismo modo, comentábamos que su desesperanza con respecto al ser humano derivó de su creencia de que todos ellos eran deficientes y perversos. Por lo que, los precursores tenían que permanecer reservados y prevenidos de la gente. Por tal razón, la gestión del Estado tenía que ser liderado por un hombre prudente, artificioso y racional.

Hemos examinado hasta aquí lo que para Maquiavelo significó la prudencia, la racionalidad y la estrategia. Ahora, observemos como estas propiedades coinciden con la figura del gobernante Porfirio Díaz. Tomando en cuenta que para entonces la razón de Estado se encontraba fortalecida. Por lo cual, los mecanismos del cuerpo del Estado operaban con eficacia.

Así que, por lo expuesto al inicio, consideramos que el régimen del caudillo se le puede comprender como un sistema político complejo; pues sus redes políticas abarcaron a toda la nación. En efecto, la presidencia controlaba a los grandes institutos, así como a los pequeños. Todas estas permitieron al líder de

Estado tener una estadía larga en el poder. Pero, para lograr consolidar la federación, Díaz tuvo que frenar el caos social y político en vista de que los liberales y conservadores competían por el poder. Los conflictos de dicha situación causaron una grave crisis económica, así como desestabilidad en la vida política, puesto que no había ningún régimen constitucional que impusiera orden.

Otros factores que dificultaron la paz en la nación fueron las deudas que tuvo el país con los españoles, ingleses y franceses, dilema que fue complicándose cuando estos decidieron invadir con la intención de colonizarlo nuevamente, incluso, cuando tomaron parte de los territorios de México. Porfirio Díaz participó en estos escenarios y paulatinamente tuvo que resolverlos durante su presidencia.

Para alcanzar sus objetivos políticos, tuvo que desarrollar, en primera instancia, diversas estrategias para tranquilizar y controlar a los caudillos, políticos y opositores de su época. Cuando llegó al poder en 1876, se enfrentó a obstáculos que no le permitieron posicionarse de forma absoluta en la presidencia. Sin embargo, después de haber conseguido su revolución, a través de su Plan de Tuxtepec, Díaz otorgó puestos políticos a quienes le habían apoyado durante su levantamiento. Por estas causas, logró permanecer en el Estado y construyó su propio sistema político. No obstante, la política liberal lo obligaría a respetar a la constitución de 1857, fundamentalmente, la cláusula de la no reelección. Por este tipo de compromiso constitucional, Porfirio Díaz fue prudente en su manera de gobernar, aunque su ansia por perpetuar su poder lo llevó a desarrollar estrategias políticas. Todas estas artimañas lo llevaron a fortalecer sus relaciones sociales con políticos, militares y extranjeros que le ayudaron a modificar las normas liberales, las cuales impedían que se mantuviera en el poder. De esta forma, el presidente se fue comprometiendo con ellos.

Además de eso, los métodos que implementó Porfirio Díaz fueron la negociación y las renegociaciones constantes con políticos, militares y forasteros. Otra de sus estrategias comunes fueron la represión, la coerción, la intimidación y el asesinato, todos conducidos hacia la población y opositores. Dichos actos

demuestran que su sistema político fue pragmático, más que constitucional o liberal.

Además, el gobernante Porfirio Díaz construyó su régimen con métodos que se enfocaron en ganar aliados. Aquello generó una red clientelar que respondió a sus órdenes, no obstante, para conseguirlo primero tuvo que cumplir sus ambiciones políticas. El reparto de cargos públicos fue una de sus principales tácticas para tener su fraternidad. Cuando Porfirio Díaz llegó al poder, otorgó en primera instancia puestos de diputaciones, legislaturas y gobernaturas a quienes colaboraron con él en la toma del poder de 1876. Más adelante, a partir de su segunda reelección en 1884, se alió con todos aquellos que lo enfrentaron durante sus campañas por la presidencia. De esta manera, mejoraron sus relaciones con lerdistas, juaristas, imperialistas y religiosos. Posteriormente, abrió el libre mercado para los extranjeros, lo que generó un regreso de ellos a la nación y que nuevamente se fueran apropiando de los recursos naturales.

Otra de sus estrategias fue controlar a las mayorías a través de contactos y recompensas. Su gobierno se había dedicado a tener relación con ellos a través de diálogos y convenios. La presencia del general fue importante, ya que tenía trato directo con las personas, esto le brindó una buena reputación, sobre todo, porque se abrió al diálogo. El general pudo entrar profundamente en el imaginario colectivo, de tal modo que lo llegaron a percibir como a un mentor o patriarca. Paul Garner añadió que se había gestado la presidencia patriarcal, pues, la imagen de Díaz se había convertido en la representación del padre severo, pero justo, asimismo, facilitó que algunos alcanzaran puestos en su gobierno. Con respecto a esto último, Garner además expuso que el presidente había hecho una sutil combinación de su administración con la deferencia, es decir, se acostumbró a que las personas lo adularan con tal de cumplirles algún deseo personal³⁸. El presidente adoptó un estilo propio para acercarse a ellos, pues, sus pláticas convencionales, sus compromisos, negociaciones y adulaciones eran sutiles y

³⁸ *Ibidem*, pp.119.

hasta halagadores. La lisonja fue una herramienta recurrente en su política, ya que, para él, era un tipo de artimaña y manipulación positiva, porque con ella se contenía la ambición por el poder.

También, el personalismo y el patronazgo fueron esenciales para la política de Porfirio Díaz, pero estas técnicas no se quedaron solamente en el ámbito de las manipulaciones, también contaron con estricta adherencia a las prácticas electorales. Cabe recordar que su sistema político fue liberal y estaba obligado a continuar con los compromisos constitucionales y democráticos, sin embargo, decidió desobedecerlos para que su plan gubernamental no desapareciera, así que intervino en el nombramiento de los candidatos con el apoyo de gobernadores y caciques para decidir quiénes las ganarían, de esta forma, Díaz, junto a ellos, consiguieron mantenerse en sus zonas.

Porfirio Díaz había logrado mantener los conflictos internos de su política. No obstante, en algunas regiones de la República Mexicana hubo inconformidades que provocaron la aparición de rebeliones en contra de su gobierno. Para contenerlas, tuvo que desplegar sus fuerzas militares e intervenirlas. Los primeros brotes que surgieron en contra suya formaban parte de sus opositores políticos que se negaban a reconocerlo. Se habla de los lerdistas, pues, cuando Díaz obtuvo el poder y exilió a Sebastián Lerdo de Tejada, estos siguieron combatiéndolo; el último de sus representantes, el general Mariano Escobedo, siguió rebelándose hasta marzo de 1878. Posteriormente, aparecieron otros brotes de insurgencia, por ejemplo, en 1879, en Sinaloa, se pronunciaron por parte del general Manuel Márquez de León; en Baja California, por el general Jesús Ramírez; otra en Tepic, por el general Miguel Negrete y los levantamientos de Catarino Garza en la frontera de Sonora y Arizona en 1892.

De modo que, la violencia fue importante y necesaria, para Porfirio Díaz, puesto que con ella fortificó a sus militares, a su Estado y contuvo a las insurgencias. Su uso también le brindó legitimidad, llegó a explicar cuando tomó el poder en 1876, pues, con ayuda de asociados y su ejército, consolidó, no sólo la presidencia, sino que obtuvo el reconocimiento de los demás sectores sociales.

Tras consumarse su gobierno, transmitió un mensaje sólido al mundo: su Estado tenía la fuerza y los aliados suficientes para conservarlo.

En las generalizaciones anteriores, podemos observar el ordenamiento del poder político por mediación del precursor Díaz. Por esto puede decirse que las virtudes políticas del regente conllevaron a la creación del régimen, así como haber desarrollado su razón de Estado. Por esta causa, Maquiavelo se había convencido de que la intervención de un *Príncipe nuevo* o dictador era vital que intercediera en la vida de las sociedades; porque de esta manera la política se encaminaría hacia su progresión.

Sin embargo, conviene distinguir las buenas causas políticas que tuvo Maquiavelo de los métodos necesarios para mantener las estructuras del régimen. En el primer capítulo, donde indagamos el episodio XVII de *El Príncipe*, desciframos lo que representaba la figura del león y el zorro. Aquí inferimos que los dispositivos del Estado se dirigían para conservar la hegemonía, y, además, concluimos que el regente era el que ajustaba y dirigía la maquinaria estatal. De ahí que, dedujimos que el precursor era el artífice que concebía las nuevas bases políticas a partir de su creación del Estado.

De la misma manera, en el capítulo XXV, inferimos que los gobernantes tenían que prepararse a todo momento. Pues, las circunstancias que se encontraban distante del control del precursor, aguardaban para despojarlo de su dominio y gloria. Es por esto mismo que el hombre extraordinario tenía que adiestrarse en los métodos y artimañas. De tal forma, que el azar no lo tomara desapercibido y finalmente lo demoliera.

Entonces, la relación de las cavilaciones de Maquiavelo con Porfirio Díaz tiene que ver con el manejo moderado del poder. Pues, como se dijo anteriormente, la racionalidad del dirigente era lo que ocasionaba el control del firmamento y la vigilancia al ser humano. Con esto, se enfatizaba la preponderancia del regente en la sociedad, así, hasta que éste prevalecía para dar nacimiento a una nueva época.

De esta suerte es como las dictaduras, para Maquiavelo, tenía relación con la búsqueda del desarrollo y el bienestar. Todas estas observaciones se relacionan también con el comienzo de la hegemonía del regente Díaz. Puesto que su manera de gobernar se manejó con el propósito de llevar a cabo el progreso y orden. Es así como la dictadura del caudillo se manejó con prudencia y con método. Aunque su potestad política se vinculó con el ejercicio de la fuerza y el engaño.

De hecho, Norberto Bobbio, con respecto a esto último, diría que la fuerza es la representación del poder supremo de la política, ya que con ella los gobernantes domaban la vida de todas las sociedades³⁹. Incluso, Max Weber, de igual forma, habló sobre este tipo de dominación: “el Estado moderno es una asociación con carácter institucional que ha tratado, con éxito, de monopolizar dentro de un territorio la violencia física legítima como medio de dominación”⁴⁰.

Por ende, la supremacía de los Estados sólo se mide por el grado de inteligencia, potencia y dominio que tengan sobre los individuos. Esto nos lleva a pensar que, para que un gobierno sea legítimo, primero tiene que demostrar su razón y fuerza en contra de su población. Por consecuencia, diremos que la racionalización y la violencia juntas han sido instrumentos monopolizados por los políticos y autócratas.

Para dar por concluido con esta primera sección, declaro que para el siguiente escrito continuaremos hablando sobre los dispositivos inhibitorios del Estado, aunque, por otra parte, lo relacionaremos con la moderación y el disimulo del regidor con sus gobernados.

³⁹ Para tener mayor referencia al respecto consúltese esta obra: Norberto Bobbio, *Estado, gobierno y Sociedad: Por una teoría general de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018, pp. 118-119

⁴⁰ Max Weber, *El político y el científico*, México, D.F., Colofón, 2016, pp.14

b) Potencia y reputación.

Como se indicó en las conclusiones del último escrito, seguiremos razonando acerca de la impetuosidad del Estado y su regente; e incluso, comprenderemos como su vigor se mantiene firme en función de la nombradía. Así, hasta referirlo con la efigie y régimen del caudillo Porfirio Díaz.

En relación a este tema, cabe recordar que, en los primeros capítulos, explicamos sobre el ímpetu del regente y sus procedimientos para atemperarse. En otras palabras, aseveramos que los poderes del Estado tenían que regirse de forma moderada con la gente. Pues, Maquiavelo juzgó que los gobiernos que se dirigen con mano dura son propensos a ser despreciados por su población. De ahí que, el antiguo canciller, declaró que los gobernantes rehuyeran del odio de las mayorías.

En efecto, el amor y el temor eran los componentes que estabilizaban el orden común. Por otro lado, el odio era la parte afectiva que perturbaría con la organización política. Es así como, Maquiavelo acabó distinguiendo a los gobiernos dictatoriales y republicanos con los tiranos. Por esto mismo, el florentino dio a entender que los precursores contuvieran su agresividad y tuvieran prudencia con la demás población.

De hecho, Maquiavelo habló con profundidad de este tema en el capítulo XVIII de *El Príncipe*, el cual describimos en el segundo apartado del primer capítulo. Allí consideraba importante que la reputación del gobernante debía mantenerse estable y que debía dirigir con técnica e inteligencia su gobierno, es decir, que fuera a través de las leyes, combinadas con la fuerza política. La armonía de estas dos entidades sólo sería lograda si existía un correcto uso de la razón y de la violencia, para ello, era necesario contar con el control y el dominio social. También, en este capítulo de la obra se creyó trascendental que en el gobernante se combinaran los modos del hombre con el de las bestias, por ejemplo, el imitar las actitudes del zorro y del león, pues, personificaban la astucia

y la fuerza. No obstante, el florentino tomaba más en cuenta que todas las acciones de los príncipes tenían que manejarse con inteligencia, por esa razón, la figura del zorro era la más idónea, ya que la brutalidad política, es decir, la fuerza, era perjudicial para la imagen o reputación de los gobiernos, ante ello, el escritor expresó: “Los que solamente hacen de león no saben lo que se llevan entre manos”⁴¹.

Otro aspecto que Maquiavelo creyó importante fue que no siempre se debían respetar los acuerdos, pues, según él, los demás hombres no eran de confianza, ante este problema, los príncipes tenían que saber utilizar las cualidades de la razón y la fuerza política correctamente hacia sí mismos. El príncipe era la máxima autoridad del Estado, así como de la racionalidad, por lo que era forzoso que lograra medir su agresión con la población. Esto era de suma importancia, porque de esta manera no generaría odio hacia él. El florentino aconsejaba esto: “consiga evitar el odio, porque puede combinarse perfectamente el ser temido y el no ser odiado”⁴². Cabe considerar que Maquiavelo, aunque se mantuvo distante de las ideas democráticas, no obstante, creía que los príncipes necesitaban de las mayorías, por eso, tenían que saber fingir y disimular para los demás, de igual forma, hacerles ver que sus propósitos políticos eran benéficos.

A este respecto, cuando hablamos de potencia, entendemos que se refiere a la fuerza política del gobernante, sin embargo, en la concepción de Maquiavelo se encuentra integrada a la cualidad de la astucia, es decir, se trata de una combinación de fuerza, leyes, fortuna, simulación, acuerdos, etcétera. Por ello la potencia se halla en relación completa con la reputación política o bien lo que representa el político para las personas, de ahí que el florentino aconsejaba a los gobernantes que supieran fingir o disfrazar su figura e intenciones políticas. Este poder del disimulo les otorgaría la capacidad de adaptar su imagen a cualquier escenario social y político, para así ser mejor apreciados por las mayorías. Con respecto a esta anotación Miguel A. Pastor Pérez en su tesis de doctorado, *La*

⁴¹ *Ibidem*, pp.119.

⁴² *Ibidem*, pp.116.

episteme política y sus dimensiones políticas culturales desde la perspectiva metodológica de la ciencia moderna en Nicolás Maquiavelo, comentó algo semejante: “En política no existe modelos abstractos sino un continuo proceso de adaptación de los comportamientos a las necesidades exigidas por el contenido político, lo que hace necesario hacer aparecer en cada momento la imagen más productiva, eficaz y convincente”⁴³.

Con esta finalidad, era vital que el príncipe tuviera un concepto claro y conciso sobre su reputación. Desde este punto de vista, Miguel A. Pastor Pérez acertó en añadir esto: “el príncipe es y gobierna en cuanto es visto como tal por el pueblo y éste por el príncipe”⁴⁴. Maquiavelo afirmó que todo precursor y gobernante tenía que evitar todo aquello que lo pudiera hacer odioso y depreciable. Los gobiernos, de acuerdo con esta cavilación, entonces deben contar con los argumentos legales para justificar su fuerza o bien generar los cambios necesarios en la política para ser aceptados; no obstante, cáusticamente, para modificar leyes o ejecutar alguna acción política, aún se debe trabajar con las masas para situarlas del lado del Estado, pues sólo así los portadores del poder podrían explicar sus pretensiones políticas y evitar a tiempo cualquier pronunciamiento en contra de ellos.

En relación a la idea anterior, entendemos, pues, que la postura del Estado tenía que poderse conciliar con los beneficios de la comunidad. De ahí que el régimen se mantendría firme e inmutable. Para esto, los precursores, cómo se había indicado en el segundo apartado del primer capítulo, tenían que ser reconocidos y apreciados por su población. Del mismo modo que un héroe o mesías que acudía a salvarlos de la iniquidad de los potentados que aspiraban a humillarlos y someterlos.

⁴³ Miguel A. Pastor Pérez, *La episteme política y sus dimensiones políticas culturales desde la perspectiva metodológica de la ciencia moderna en Nicolás Maquiavelo*, Sevilla, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, sección de Filosofía, 1994, pp.100.

⁴⁴ *Ibidem*, pp.92.

Dentro de este orden de ideas, ahora percibamos que piezas históricas coinciden con estas reglas maquiavelianas en el regente Díaz. Para ello, nos situaremos en los sitios históricos que nos anuncian referente a la relevancia política del caudillo y cómo fue que glorificó su imagen ante la población mexicana. A través de los cuales, conoceremos como la potencia y la reputación se alienaron en este precursor mexicano; incluso, cómo fue que sus acciones lo condujeron finalmente a su desplome político.

A lo largo de los años, a Porfirio Díaz se le apuntó como a un tirano, debido a señalamientos de vileza como el ser un adulator, un elitista y un “vende patrias”, asimismo, por generar maltrato hacia la población mexicana. Estas connotaciones negativas se generaron durante la etapa posrevolucionaria y las intenciones tuvieron como fin acabar con lo que había quedado del autoritarismo porfirista. El objetivo de la mala fama del general fue trazar la imagen de un hombre autócrata, egoísta e irracional. De esta manera, su buena reputación perdió valor para las futuras generaciones, así como sus logros materiales y culturales obtenidos durante su gobierno.

Sin embargo, Porfirio Díaz fue un caudillo que se popularizó durante su época gracias a su carrera militar y política, sobre todo, por su intervención en conflictos tan importantes como la Revolución de Ayutla (1854), la Guerra de Reforma (1857-1861) y la Intervención francesa (1864-1867). Por su trayectoria militar, ganó renombre en la sociedad mexicana, generando agrado y aceptación dentro de varios sectores del país. Fue así como se colocó como uno de los preferidos para suceder al presidente Benito Juárez en 1871, no obstante, este objetivo no lo alcanzaría hasta 1876, una vez que se ejecutó su golpe de Estado en contra de Sebastián Lerdo de Tejada. Pero, el elemento político que le dio mayor reconocimiento fue el haber gobernado con la Constitución de 1857. A Díaz no se le puede considerar un tirano, ya que, para edificar su Estado, así como a la nación, necesitó de la existencia de una Constitución. Como político liberal, su credo secular lo obligó a respetarla y a dar lugar a los poderes

legislativo y judicial. Conjuntamente, brindó un espacio a la política democrática, para permitir a las personas participar dentro de las elecciones.

Porfirio Díaz respetó las normas constitucionales, entre ellas, “las de la no reelección”. Durante los años de 1876 a 1880, siguió los ideales liberales y por ello, para 1880, la presidencia fue dada a un conocido suyo, a su compadre Manuel González. Sin embargo, sus consideraciones no delegaron el hecho de que su gobierno terminó siendo una dictadura. Durante el año de 1884, Díaz regresó al poder y sus intenciones políticas, según Elisa Speckman Guerra, tuvieron como propósito centralizar por completo en la presidencia todos los poderes institucionales. Fue de esta manera que su régimen se perpetuó hasta 1911⁴⁵.

Porfirio Díaz, para continuar con la presidencia, tuvo que seguir dependiendo de estrategias políticas, como el defender su reputación ante la población mexicana. Se hizo reservado con su imagen, aparentó estar a favor de los ideales liberales y democráticos, sabiendo que en realidad no estaba respetando sus acuerdos con la Constitución liberal, pues, sus intenciones lo habían destinado a seguir fortaleciendo su Estado. El general simuló un gobierno democrático. Cuando triunfó con su golpe de Estado, a través de Juan N. Méndez, prometió que las siguientes elecciones presidenciales serían libres y respetadas por el poder ejecutivo y los locales⁴⁶. No obstante, se trató de una práctica que no pasó de ser únicamente retórica, ya que Díaz controló todas las elecciones.

Durante el siglo XIX, los mexicanos fueron testigos de la inestabilidad de sus gobiernos, incluso, de los diversos actores políticos que compitieron por el poder. Tuvieron que presenciar la imposición de tiranías como la de Antonio López de Santa Anna, así como las pretensiones de Benito Juárez y Lerdo de Tejada por quedarse en el poder. Cuando Porfirio Díaz llegó a la presidencia, los mexicanos

⁴⁵ Para mayor información consúltese a esta fuente: Elisa Speckman Guerra, “El Porfiriato”, El Colegio de México, *Nueva historia mínima de México*, Ciudad de México, México, El Colegio de México, A.C., 2018, pp.200-201.

⁴⁶ Consúltese para mayor información en la obra de Paul Garner anteriormente citada, en la pp. 129.

vieron en él al líder que traería la democracia. Al prometer que gobernaría a través de la Constitución de 1857, grandes esperanzas de progreso e igualdad se despertaron en el pueblo. La Constitución significó para ellos un escrito donde finalmente se les brindaría su lugar dentro de la política, además, pensaron que todos los poderes estarían limitados, entre ellos, el de la presidencia. Desde un inicio, aquellas expectativas le dieron a Porfirio Díaz el apoyo de la población, sin embargo, durante su gobernatura, el Estado se dedicó a no cumplir con la Constitución.

Díaz, por consecuencia, demostró saber utilizar a la bestia y al hombre; empleó con rigor la ley hacia aquellos que no obedecían las normas de su régimen, aplicando mano dura contra aquellos que lo enfrentaron. El general fue un dictador que equilibró al zorro y al león a través de su personalidad política. Simultáneamente, como gobernante desconfió de los demás, por ende, decidió extender su Estado por encima de las normas constitucionales, logrando así que sus poderes políticos crecieran, sobre todo, con asistencia de sus fuerzas armadas, de coaliciones con nuevas élites y con ideales científicos que potencializaron su burocracia.

Porfirio Díaz buscó controlar el poder de forma absoluta, por lo que la Constitución de 1857 significó un obstáculo. Por eso, decidió intervenir en las elecciones y dentro del Congreso de la nación. De este modo controló a la cámara de diputados y senadores, logrando cambiar varios artículos de la Constitución a su conveniencia, entre los cuales estuvo el de “la no reelección”. Más adelante, dejó que los demás Estados de la República, así como de sus localidades, tuvieran sus propias elecciones. No obstante, los gobernadores, presidentes municipales, alcaldes y diputados fueron convenientemente escogidos por el régimen. Aunque cabe aclarar que, en esto último, el general Díaz permitió que los gobernadores tuvieran libertad para escoger a sus representantes, a cambio de que estos continuasen apoyando al presidente, igualmente, a los dirigentes se les concedió la oportunidad de reelegirse en sus gobernaturas. Cuando Díaz simuló

con la Constitución de 1857, permitió que la corrupción política y el nepotismo se desarrollaran en el país.

El general, supuestamente, con la Constitución permitiría la libre expresión de opiniones y de la prensa. Pero se ejecutó la censura y se persiguió a los periodistas que se dedicaron a criticar a su gobierno. Los propósitos para secularizar al Estado no los concluyó, ya que hubo contacto con representantes de la Iglesia para realizar convenios, mismos que les otorgó la oportunidad para introducirse en los asuntos políticos. Fue así como se reestructuró el sistema político porfirista con ayuda de las viejas élites conservadoras, las cuales habían enfrentado en el pasado a los liberales a mediados del siglo XIX. También, los militares y políticos, que ayudaron a que se consolidara su Plan de Tuxtepec, ocuparon las gobernaturas por varios años. La Constitución de 1857 legisló sin hacerlo; el sistema porfirista se encargó de gobernar sin ella, aparentando que sí lo hacía.

Esta Carta magna, además de ser usada de esta forma, fue atacada directamente. Porfirio Díaz, para continuar extendiendo sus redes políticas, necesitó de la colaboración de nuevos integrantes. Fue así que introdujo a un conjunto de tecnócratas que tenían como objetivo racionalizar y modernizar al régimen del general. Francisco Bulnes los había señalado como el grupo de “los Científicos”, el cual fue un grupo de intelectuales que se encargó de mejorar la administración del gobierno, así como del sistema de finanzas.

Hemos examinado hasta aquí cómo fue que el gobernante Díaz fundó su Estado y reputación. A lo cual, manifestamos el poderío de su régimen, tal como referimos algunos antecedentes que probaban el escalamiento de su popularidad. Asimismo, conseguimos notar cómo la fama del caudillo fue rebajándose. Por lo mismo de su propensión a su unión con las minorías, y por su dirección imprudente con la Constitución y su población.

Referente a esto último, en el tercer apartado del primer capítulo, analizamos sobre el momento dictatorial, ahí mencionamos sobre las diferencias

que hay entre el gobierno dictatorial y el tirano. El cual, determinamos que los Estados dirigidos por los dictadores eran benéficos para la sociedad, ya que su propensión estaba manejada para conservar la estabilidad social y política. En cambio, las tiranías se guiaban acorde a los deseos y necesidades de su regente, lo cual, esto hacía visible que los poderes políticos se vieran unipersonales y egocéntricos.

Es así como, Maquiavelo precisó que los gobiernos dictatoriales tenían que obrar para establecer los soportes que sostendrían las estructuras del Estado y de los individuos. Para esto, las Constituciones o las leyes positivas son las que se encomendarían a precisar y presionar a las personas a subordinarse a los preceptos sociales y políticos. Con el fin de hacer trascender las reglas que proveerían el orden común.

Por el contrario, cuando las dictaduras se disponían estar por encima de las Constituciones, se motivaba a la inestabilidad política. Debido a que las pautas que regularían la conducta de los individuos, se distorsionarían de acuerdo a las necesidades del autócrata y, sobre todo, de las minorías del Estado. Así fue como acaeció con el regente Díaz y su régimen. Lo cual, esto hizo que su reputación política se desasiera.

Al respecto, Leopoldo Zea, en su texto *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, denuncia la ideología de los positivistas, pues, con sus ideas progresistas tuvieron la intención de modificar la Constitución en función a la nueva clase burguesa. El pretexto de los tecnócratas se sustentó a partir de la idea de que el liberalismo era radical y anarquista. Esto quería decir que la Constitución mexicana era peligrosa y, sobre todo, utópica. Esto último era lo que más le criticaron, pues consideraban que los mexicanos aún no estaban preparados para vivir en una democracia, y, por tanto, era necesario que existiera una minoría que supiera guiarlos. Porfirio Díaz pensaba de igual forma y de ahí que expresó esto: “Por favorable que sea la opinión que tenemos de nuestra patria, todavía no estamos convencidos de que sus hijos hayan adquirido el

desenvolvimiento moral e intelectual suficiente”⁴⁷, o bien esto otro: “¿Cómo instaurar la democracia en un país de menores de edad?”⁴⁸.

Leopoldo Zea señaló también que este nuevo grupo de élites tuvo la pretensión de quedarse en el poder y que tenían en mente la idea del evolucionismo social, considerando que todas las democracias tenían que pasar forzosamente por un gobierno autoritario, o bien por “una dictadura honesta”. Tales ideas conducían a pensar que Porfirio Díaz formaba parte de este tránsito evolutivo social y que, por ende, al concluir su mandato les otorgaría el poder a estos tecnócratas.

El régimen de Porfirio Díaz se convirtió en un sistema político complejo y técnico, así como elitista. Cuando empezó a aliarse con este nuevo grupo, el régimen paulatinamente fue alejándose aún más de los preceptos liberales y democráticos. Díaz pretendía hacer creer que su Estado estaba transitando a modelos modernos y científicos. La prueba que quería dar estaba en sus grandes monumentos y edificios, así como todos los capitales que entraron en el país. No obstante, la inmoralidad política generó, paralelamente, inconformidad y falsas esperanzas al pueblo mexicano, pues, durante el transcurso de sus treinta y cuatro años, Díaz sólo llegó a demostrarles que su gobierno se dictó inconstitucionalmente. La falta a su promesa reveló a la población que su Estado se comportó de forma tiránica. Octavio Paz dijo al respecto: “El disfraz positivista no estaba destinado a engañar al pueblo; sino a ocultar la desnudez moral del régimen a sus mismos usufructuarios”⁴⁹.

Porfirio Díaz fue perdiendo su reputación como líder. Hubo algunos positivistas que defendieron sus medios y falta de promesas políticas del general, como fue el caso de Emilio Rabasa en su obra *La Constitución y la Dictadura*, véase este escrito:

⁴⁷ Esta cita la extraje de esta obra: Enrique Krauze, *Siglo de caudillos: De Miguel Hidalgo a Porfirio Díaz*, México, Tusquets, 2014, pp. 313.

⁴⁸ *Ibidem*, pp.313.

⁴⁹ Octavio Paz, “De la Independencia a la Revolución”, Luis Mario Schneider, *México en la obra de Octavio Paz*, México, Promexa editores, 1979, pp.68.

La voluntad de ejercer sin límites indefinidamente, que han mostrado los presidentes mexicanos, no puede elogiarse como una virtud; pero es irremediabilmente humana, y es insensato pretender que las instituciones se corrijan con el ejercicio de virtudes excepcionales y tenerlas por sabias cuando exigen en los funcionarios cualidades de superhombre⁵⁰.

Así pues, Porfirio Díaz actuó contra la fe, puesto que, necesitó tener un ánimo dispuesto a moverse según le exigieron los vientos y las variaciones de la fortuna⁵¹, Maquiavelo, desde *El Príncipe*, lo diría. Además, fue un gobernante que supo entrar en el mal y sobre todo cuando se vio obligado.

Como jefe de Estado actuó como correspondía, aun cuando tuvo que aparentar gobernar con la Constitución, el florentino al respecto diría: “quienes han hecho grandes cosas han sido los príncipes que han tenido pocos miramientos hacia sus propias promesas”⁵². Pero por otro lado también consideraba esto otro: “El príncipe (...) está forzado a vivir siempre con el mismo pueblo, pero puede pasarse sin los mismísimos grandes, pues está en condiciones de hacerlos y deshacerlos cada día y de darles o quitarle renombre a su propia conveniencia”⁵³.

Porfirio Díaz, desde su segunda hasta su última reelección, se alejó de su pueblo. Paulatinamente se inclinó hacia la nueva clase burguesa que empezó a proliferar por las metrópolis más importantes de la república. Pronto se produjeron levantamientos sociales, a causa del trato injusto y desigual, pues, consideró que la Constitución era utópica e innecesaria. Simultáneamente, el general pensó que, para gobernar un país de menores de edad, como él había dicho, sólo bastaría con él en el poder.

⁵⁰ Emilio Rabasa, *La Constitución y la Dictadura: Estudio sobre la organización política en México*, México, CONACULTA: Cien de México, 2015, pp.135.

⁵¹ Cfr. en *El Príncipe*, pp.121.

⁵² *Ibidem*, pp. 118.

⁵³ *Ibidem*, pp. 86.

No obstante, no hubo un justo medio que equilibrara correctamente sus actos, así como los de sus “Científicos” y gobernadores. Pues, para el 5 de febrero de 1903, los hermanos Flores Magón colgaron desde las oficinas de *El hijo del Ahuizotle* una manta que expresó “La Constitución ha muerto...”. Por consecuencia, Díaz, durante esos momentos, no supo reconocer los inconvenientes políticos y sociales, por lo que no escogió el menor mal en su momento.

Concluamos, entonces, con estas cavilaciones maquiavelianas de esta sección; sin embargo, considero conveniente puntualizar esta resolución. Pues, a mi modo de ver, los gobiernos dictatoriales requieren de su nombradía, de ahí que, el precursor de forma consecuente tiene que estar innovando su popularidad. En todo caso, las normas que imponen las limitaciones de la actuación humana, de la misma forma es el regente el que tiene que estar subordinado. Es así como, manifiesta su categoría y situación semejante al de las mayorías. Lo cual, prueba, ante la aprehensión de los pueblos, que su líder mora bajo sus mismas condiciones de vida. Es por consecuencia, que la figura del gobernante se vuelve íntegra, semejante y magnánima para sus gobernados.

De acuerdo con el regente Díaz, entendimos que su figura cursó por la senda del precursor maquiaveliano. No obstante, develamos, posteriormente, que el paso de su régimen fue ladeándose a favor de los potentados, en la cual, originó que el sistema político tomara partido en atención de las minorías. Por esto mismo, nombramos a la Constitución de 1857, pues, esta carta magna simbolizaba la perdurabilidad equitativa y liberal de los individuos; sin embargo, durante el gobierno del caudillo, su composición interna resultó inactiva e inacabada. Por lo que, provocó que los derechos políticos y sociales favorecieran a las minorías, y, a su vez, perjudicara la situación social y política de las mayorías.

Creo que llegamos al núcleo de la última sección por la que denominaremos acerca de las virtudes maquiavelianas en Porfirio Díaz. Para ello,

en la última parte de estas definiciones, nos encaminaremos sobre la configuración del nuevo orden y la colocación de los potentados en el Estado.

c) Nuevo orden y los potentados.

Cómo el título lo ilustra, trataremos en este siguiente escrito sobre la formación de las nuevas órdenes sociales y la aparición de los potentados en la escena política. Dentro de este marco, lo asociaremos con los eventos ocurridos en el régimen de Díaz, donde disertaremos referente a la intervención de los Científicos o aristócratas en la vida pública, y cómo estos constituyeron su propio ordenamiento social y político.

Continuaremos con nuestra exploración con respecto a las virtudes maquiavelianas en Porfirio Díaz. Pero, antes que nada, rectifiquemos la idea sabida de que, su marcha había discurrido por la senda del precursor maquiaveliano. Es decir, los atributos que evidenciaban su aspecto como reformador e innovador fueron indudables y comprensibles. De ahí que, su renombre fue aplaudido por las masas y realzado por los intelectuales de su presente. Inclusive, cabe resaltar que las gestas y quehaceres políticos del gobernante Díaz, continúan siendo aprobadas y exaltadas por los eruditos y estudiosos de nuestros días, tal es el caso del historiador y abogado Rafael Tovar y de Teresa que le dedico el libro *De la paz al olvido: Porfirio Díaz y el final de un mundo*; así como el escritor Pedro J. Fernández que le ofrendó una novela biográfica al caudillo: *Yo, Díaz*.

Con esto se evidencia que la actuación política del gobernante mexicano prosigue elogiándose. En cambio, brotan reacciones y réplicas en oposición a las acciones del caudillo. Debido a sus demostraciones despóticas, injustas, corruptas y elitista de su gobierno. Pongamos el caso de los comentarios y juicios que le dedicó el escritor, periodista, político mexicano y ex miembro de los Científicos, Francisco Alonso de Bulnes, que le consagró su obra *El verdadero Díaz y la*

revolución en 1920. De la misma manera, los juicios en contra del gobernante persistieron en la actualidad. Los libros que aparecieron en respuesta a los excesos del gobierno porfirista fueron exhibidos por escritos como *El Porfiriato y la Revolución en la historia de México*, del historiador y antropólogo austriaco Friedrich Katz. Inclusive por ensayistas como Fernando Benítez que le brindó especificaciones precisas y críticas por las maneras en que se condujo el gobierno con su población, en su escrito *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana. 1. El porfirismo*.

Creemos haber mostrado que el reconocimiento político del gobernante Díaz sigue suscitando elogios y desaprobación entre las comunidades de hoy en día. Al respecto conviene decir que la encarnación del caudillo fue y continúa siendo de importancia para el mexicano. Por lo mismo de lo que hemos estado expresando sobre el precursor maquiaveliano. Pues, cómo se ha venido explicando, la importancia de la figura del *Príncipe nuevo* o del iniciador en la sociedad recae en su connotación reformista, heroica y mesiánica. Por tal razón, la influencia de la figura del precursor se prolonga y se perpetúa en el imaginario de los individuos.

Sin embargo, a lo largo de este trabajo, hemos estado revelando que con el tiempo la figura del precursor o del dictador empieza por ser desplazada por intereses que no son de las mayorías. Lo cual, indica que los motivos del Estado, que proteja y coexista con las comunidades, cambia por otro propósito político. En la que los fines de la política empiezan a favorecer a unos cuantos, y, ante todo, a foráneos. Por eso es que aparecen nuevas órdenes sociales con reciprocidad a las élites, y de ahí que, posteriormente, se engendran revueltas y revoluciones que liquidan al Estado y a la civilidad.

Al respecto, conviene que distingamos con hondura esta variedad de dictadura, pues, hasta aquí hemos corroborado la presencia de una élite que, sucesivamente, va ocupándose del Estado. Por esto mismo, expondremos este suceso que acaeció durante el porfiriato.

El general Porfirio Díaz, al ser dueño y patriarca de la sociedad política, era considerado como la única autoridad capaz de violentar a la población y al territorio. Sobre todo, si existía un viable atentado contra el orden establecido. No obstante, como caudillo, carecía del intelecto que poseían los positivistas, fue así como, siendo jefe y razón de Estado, Díaz pactó con ellos para desarrollar la racionalidad de su gobierno. El fruto de esta alianza motivó al progreso económico y material, en consecuencia, inspiró el reconocimiento y admiración de países extranjeros. La racionalidad del Estado, mediante la técnica y el uso metódico en la política, permitió que la durabilidad administrativa se engrosara, pues su gobierno perduró más de treinta años.

Porfirio Díaz, cuando triunfó con su golpe de Estado, a través de su plan de Tuxtepec en 1876, perteneció al partido liberal. Por lo que, la Constitución de 1857, promulgada por los liberales puros, tenía importancia para él. Sin embargo, tras la llegada de los positivistas a la sociedad política, los ideales liberales comenzaron a ser contrapuestos, hasta ser sustituidos por otros que eran meramente científicos y raciales. De ahí que, se inició una lucha interna e intelectual en contra del liberalismo mexicano.

Los conflictos que surgieron alrededor de la Constitución provocaron acusaciones contra sus preceptos. Argumentando que eran utópicos y anárquicos, pues invocaban constantemente a las revoluciones y a los levantamientos sociales, implicando caos nacional. Los positivistas políticos añadieron que la política liberal atrasaba el progreso material de la nación y detenían su evolución. Tales sentencias justificaron la ofensiva contra los ideales de la Constitución de 1857, de tal modo que a Porfirio Díaz sólo le quedó fingir y disimular que gobernaba conforme a las normas de ésta.

Leopoldo Zea, en su obra *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, expuso que los positivistas buscaron instaurar una nueva clase burguesa, apropiándose de la política mexicana para obtener beneficios que alimentaran el progreso de sus grupos sociales. El presidente fue usado como instrumento político para establecer su propia hegemonía. De hecho, Octavio Paz,

en el *Laberinto de la soledad*, añade que *los Científicos* también tenían la intención de crear un país exclusivo para su clase. Estas interpretaciones tienen que ver con la manera en que dichos grupos habían fundado una hegemonía cultural de acuerdo con sus ideas e intereses. Por esta razón, el porfiriato se inclinó por la cultura europea y adoptó ideas raciales, ya que los positivistas creyeron que los grupos indígenas estaban destinados a desaparecer debido a su condición natural y atraso material e intelectual. Esta influencia hace posible explicar el por qué el gobierno de Díaz golpeó a estas comunidades.

Otro claro ejemplo sobre esta distinción de clases se observa en la manera en cómo los positivistas defendieron la propiedad privada. Determinar el valor de sus pertenencias fue crucial para lograr comprender las intenciones que tuvieron con la política mexicana. Pues, al abogar por la exclusividad de la posesión, y reusarse a participar dentro de las políticas comunistas y religiosas, se revelaron los verdaderos deseos de control que tenían sobre la economía. Esta forma individual y exclusiva de pensar la trasladaron a la política, haciendo que el Estado se convirtiera en un instrumento que defendería la propiedad privada de la nueva burguesía. México, en aquel entonces, estaba viviendo una etapa donde el marco jurídico aún carecía de desarrollo. Por lo que las propiedades comunales eran arrebatadas. La injusticia social fue notoria en las clases indígenas, ya que no tenían manera de justificar sus propiedades. Fue así que, paulatinamente, se les quitaron y pasaron a manos de las nuevas clases latifundistas y burguesas. Al negarse los indígenas a entregar sus territorios, el poder del Estado actuó con violencia, demostrando que su fuerza operaba a favor de los recientes grupos.

La nueva burguesía se perfilaba como un grupo dominante en México, y, por sus ideales progresistas, asumía que la riqueza era fundamental para demostrar autoridad; sobre todo hacia aquellos que consideraban inferiores. Pensaba que las riquezas de unos cuantos generaban el progreso material del país y, convencida de tal idea, creyó necesario que el poder económico estuviera por encima del político. Buscó que el ejercicio de la política fuese manejado sólo por especialistas, dejando el trabajo y decisión de las mayorías en manos de unos

cuántos. Así, la política se encontró siendo utilizada como un instrumento a favor de las minorías, y la construcción de la nación se configuró al ideal de esta nueva clase.

Sin olvidar el apoyo y presencia de Porfirio Díaz, todavía, los positivistas consideraron que era importante entrar a una etapa industrial. De esa manera fundarían la estabilidad, el progreso y el tan ambicionado sentido nacionalista. Asimismo, juzgaban que la etapa liberal debía ser superada y que el ciclo de combates había terminado con la llegada de los científicos a la política. No obstante, el poder tenía que desplegarse de manera técnica y ser vigilado por una minoría, hasta que llegase el momento de sustituir al caudillo. Para ellos, sus planes eran ilustres y forzosos, ya que les parecía que México seguía en la barbarie. Así que, al gobierno le incumbía ser coordinado por los dueños del conocimiento científico y por aquellos que intervenían el dinero.

Leopoldo Zea, asimismo, comentó que estos oligarcas querían transformar al gobierno en una plutocracia y en un neofeudalismo, cuyos mayores beneficios políticos y económicos fueran para ellos y la nueva burguesía mexicana. Esto lo explica en esta cita:

Nuestra burguesía trató de orientar el espíritu de los mexicanos por el camino de la industria; pero no lo logró, porque cometió el mismo pecado del que acusaba a sus enemigos: hizo de la política un instrumento de grupo. En vez de ser industrial y poderosa como lo era la norteamericana y la europea, no pasó de ser una burguesía colonial, es decir, puesta al servicio de la gran burguesía del norte o de Europa. Nuestra burguesía, si merece este nombre que a sí misma se da, no pasó de ser un grupo semifeudal, latifundista y burocrático. En vez de explotar industrias, explotó al campesino y al erario público. Las industrias fueron obra de la gran burguesía europea, a cuyo servicio se pusieron los hombres de la nuestra. Siendo una de sus fases la de la burocracia, tuvo

necesidad de la política de partido y éste se encubrió bajo la idea de que se trataba de un grupo de técnicos, científicos, preocupados por el progreso del país⁵⁴ .

Aunque se vestía con sus mejores discursos científicos y de progreso material, el Estado porfirista se volvió exclusivista. Como sucedió con los ferrocarriles y el telégrafo en México, se había generado una política al servicio de las nuevas generaciones de burgueses. Al respecto, Leopoldo Zea había señalado que los positivistas intentaron hacer de la nación un feudo, administrado por una burocracia moderna. Incluso, Octavio Paz de la misma manera lo dijo:

Es verdad que el positivismo expresa a la burguesía europea en un momento de su historia. Mas la expresa de una manera natural, orgánica. En México se sirve de esta tendencia una clase relativamente nueva en el sentido de las familias que la componían - casi todos habían logrado la riqueza y el poder durante el periodo inmediatamente posterior a la guerra de Reforma- pero que históricamente no hace sino heredar y sustituir a la aristocracia feudal de la Colonia⁵⁵ .

Al inicio de su progreso intelectual, los positivistas especularon que la etapa combativa había sido superada con el triunfo de los liberales y sus caudillos, del mismo modo, que la época positiva por fin se instauraría tras largos años de inestabilidad en el país. No obstante, fueron dándose cuenta cómo el ambiente político, durante los primeros años del porfiriato, todavía no se consolidaba. Así que decidieron replantear sus teorías y fue que cambiaron sus ideales de Comte a los de Herbert Spencer. Tras ello, vincularon las ciencias naturales con las sociales.

Uno de los intelectuales que mejor desarrolló un planteamiento, basado en aquellas hipótesis, fue Justo Sierra, cuya obra, *Evolución política del pueblo*

⁵⁴ Zea, Leopoldo (2014), *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, Fondo de Cultura económica, México, p.287.

⁵⁵ Paz, Octavio (2000), *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, p.143.

mexicano, presentó ideas sobre el progreso material a través de la instauración de un orden. De la misma forma, comparó el desarrollo industrial, el comercial y el gubernamental con los órganos de nutrición, de circulación y de interacción entre los animales. Sierra establecía que el adelanto de las sociedades era semejante al de los organismos vivos y que podían ser perfectibles con el trato correcto y especializado:

Es que la sociedad, como todo organismo, está sujeta a las leyes necesarias de la evolución; que éstas en su parte esencial consisten en un doble movimiento de integración y de diferenciación, en una marcha de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo incoherente a lo coherente, de lo indefinido a lo definido. Es decir, que, en todo cuerpo, que, en todo organismo, a medida que se unifica o se integra más, sus partes más se diferencian, más se especializan, y en este doble movimiento consiste el perfeccionamiento del organismo, lo que las sociedades se llama progreso⁵⁶.

Al igual que sus contemporáneos intelectuales, Justo Sierra sostuvo que para generar el crecimiento económico y político era necesario que rigiera el orden. Es así como, consecuentemente, se establecerían las condiciones para que las personas disfrutaran de sus libertades: “La libertad viene a ser aquí consecuencia de un alto grado de orden”⁵⁷, opinaba el Científico. Según el resto de los positivistas, el manejo del Estado debía manejarse técnica y metódicamente por expertos o científicos. Coordinar un Estado era para ellos como criar a un ser vivo, al que concediendo el trato correcto se lograría perfeccionar al organismo hasta lograr su crecimiento. No obstante, para que hubiera un orden absoluto, implicaba que el poder político tuviera que regirse de forma total sobre las condiciones de vida de todos los mexicanos.

⁵⁶ Véase en *El positivismo en México, nacimiento, apogeo y decadencia*, p.304.

⁵⁷ *Ibid.*

Es así que, surgió un nuevo partido conservador dentro del gobierno porfirista. Cuyo fin político fue conseguir la estabilidad nacional a través de la dictadura, utilizando la fuerza y las leyes como un instrumento de coerción, hasta que se optimizara la nación. Los positivistas, para asegurar el poder, se enfrentaron a los liberales y justificaron su oposición. Enfatizando que su doctrina podía personalizar el poder presidencial, otorgándole un carácter bélico y arbitrario. Con este argumento, se razonó en fundar una política del orden para superar la etapa del conflicto. Aunque este ideal también implicaba que la política no sólo tuviera que ser dirigida por técnicos y científicos, sino que las masas fueran sometidas a un control riguroso por parte del Estado. Los tecnócratas no discernían sobre cómo afectarían a los integrantes de la sociedad. Preferían creer que las muchedumbres carecían del entendimiento y juicio suficientes para elegir a sus representantes.

Justo Sierra compartía este tipo de ideales y concebía que alguien debía “representarles”: “...el pueblo no debe gobernar a sus representantes, basta con que la ley los nombre, ¿no se hace así con los niños y los locos a quienes se dan tutores y curadores? Y el pueblo no es otra cosa más que un loco y un niño”⁵⁸. La desconfianza hacia las mayorías inspiró al desarrollo de un Estado mexicano conservador y paternalista. Sus creadores defendían el derecho del individuo, pero, por otro lado, acometían para obtener su absoluto control. Los positivistas y sus burócratas opinaban que el orden incondicional era el deseo que anhelaban los mexicanos, así que trabajaron para consolidar instituciones públicas que fueran rígidas y duras con ellos.

Los positivistas, así pues, se apropiaron de la comunidad civil y política. Las clases trabajadoras e indígenas fueron las primeras en ser sometidas a este orden hegemónico. Siendo Porfirio Díaz el autócrata de la nación, el sistema ideológico estuvo fuera de su control; pues las bases intelectuales o de “profundismo”, como bien solía decir él, estaban fuera de su comprensión. Por ende, el caudillo

⁵⁸ Véase en *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, p. 281.

dominaba la fuerza, pero las bases ideológicas comenzaban a superarlo, tanto así, que las nuevas clases políticas obtenían gradualmente el control sobre el resto del Estado.

Leopoldo Zea explicó que el caudillo fue un instrumento político de los nuevos conservadores. Pues consideraban que su presencia en el escenario político respondía a cuestiones naturales y lógicas. Importante fuera así para los positivistas, porque sería Díaz quién les otorgaría la continuidad en el poder. Al ser el general su primer impulsor, los tecnócratas justificaron la dictadura como un medio necesario para la consolidación del orden y el progreso. Leopoldo Zea diría al respecto: “El porfirismo sería el orden de la burguesía mexicana justificado por las ideas del positivismo”⁵⁹.

El nuevo orden, ya para finales del gobierno de Porfirio Díaz, se hacía notar en la sociedad. El ascenso de los *Científicos* al poder político demostró que el sistema porfirista continuaría aún después de la muerte del caudillo. Por consecuencia, la razón de Estado del porfiriato estaba formándose a partir de la idea del materialismo, la técnica, la biología y el método.

Por consecuencia, el general formaba parte de la evolución social de la política; pero su papel político era momentáneo, ya que el régimen seguiría operando sin su presencia física. Esto demuestra que, más que una efígie que manifieste el poder, lo que sustenta al Estado es la gestión intelectual, ideológica y técnica de personalidades competentes que lo hacen funcionar como si se condujeran dentro de un autómata. Gracias a ello, las dictaduras, generalmente, continúan; y, por ello, tras instaurar su orden, resulta difícil sustituirlo por otra hegemonía.

En resumidas cuentas, referiríamos que la colaboración con los intelectuales y la creación de institutos públicos se vuelven acciones importantes para el régimen; porque determinan su durabilidad en el poder. Para este caso, la producción cultural, surgida desde estos ejercicios, garantiza la alianza de los

⁵⁹ Véase en *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, p. 303

individuos con el Estado. No obstante, durante la creación de la hegemonía cultural, paralelamente surgen grupos potentados de la economía. Los cuales exigen un lugar compartido con el Estado, o ser ellos los jefes supremos de la sociedad.

Esto quiere decir que, la invención para crear escenarios sociales se ve integrada por diversos mecanismos de coerción y de ideas. Dicha integración superestructural conlleva a modificar el carácter psicológico de los sujetos, de acuerdo con la ideología de los regímenes. Por esto mismo, la construcción de ideales requiere la intervención de grupos de intelectuales, los cuales buscarían construir las bases culturales que determinarían el estilo de pensamiento de las personas; conquistando y convirtiendo de forma paulatina su espíritu en un elemento funcional del Estado. Es así como se establecerían las nuevas órdenes de una dictadura, a conveniencia de los potentados políticos y económicos.

En este sentido, la finalidad de las dictaduras consiste en establecer un nuevo orden. Pero para alcanzarlo, involucra el uso variado de medios disuasivos o de acción. Dichas estrategias se alteran de acuerdo con sus momentos históricos, asimismo por el desarrollo de sus estructuras intelectuales. Cuya constante actualización se desplegaría dentro de una época y de su convención. De ahí que las bases políticas de las dictaduras resultan ser racionales. La racionalización política, encargada de que el engranaje del Estado compita contra las adversidades que buscan detenerlo, también depende de un constante progreso interno; es decir, un reajuste de sus unidades, como son la renovación de representaciones, doctrinas y valores sobre el mundo. Por tanto, los autócratas, con apoyo de los intelectuales, extienden estos mecanismos de poder.

Es por ello que la permanencia de las dictaduras también depende del seguimiento de una dialéctica que les dé razón sobre su sustento. Dicha cognición los llevaría a establecer condiciones de existencia, de no ser así, sus integrantes perderían el poder político, y, por tanto, el mando estaría destinado a desaparecer. La necesidad sobre la persistencia política lleva a mejorar las bases tanto externas como internas de un sistema, sobre todo, estas últimas que corresponden a lo

formativo, ya que al haber formación cultural se fortalecen sus posibilidades de existir. De la misma manera, la formación ideológica es imprescindible para los gobiernos centrales; porque determinan su identidad y la integración de su fuerza política.

Lo que nos lleva a decir que el entorno del precursor, con el tiempo, va alterándose. Sin embargo, según la noción de Maquiavelo, el gobernante está designado a observar y vigilar las circunstancias que embestirían a la organización política y a sus individuos. Por esto, el *Príncipe nuevo* tenía que conservar de cerca a las camarillas que lo circundaban. Con esa finalidad, se mantendría la ruta que encaminaría a los individuos y a él a la vida política. Para esto, era crucial que el precursor se fijara sus propósitos de no fracasar en su meta, y dejar que otros se adueñaran de su obra política y de las poblaciones.

Con respecto al gobernante Díaz, la situación política y sus instituciones fue adquirida por los potentados. De ahí que, la organización política y civil se encauzó a un eventual combate con las mayorías. Lo cual, esto contrajo la caída del régimen del caudillo, lo que contrajo el acaecimiento de un nuevo orden social.

Hemos visto hasta aquí algunas de las propiedades internas del gobernante Díaz que coinciden con la noción de la *virtu* maquiaveliana. Ahora, seguiremos para el último apartado, el cual contaremos acerca de la relación que hubo entre el caudillo y la contingencia.

1.3. Error político y el fin del régimen

Unos de los componentes más importantes para conectar las virtudes maquiavelianas con Porfirio Díaz es con la contingencia. Es así que, para este último escrito del segundo capítulo, nos encaminaremos a analizar los hechos que encarnan este vínculo, así como los eventos que condujeron al caudillo a su derrota y caída de su régimen.

Siendo las cosas así, considero adecuado repasar algunos de los capítulos del *El Príncipe*, como es el escrito XXV. Debido a que, juzgo apropiado tener presente lo que representó para Maquiavelo la *Fortuna*. Pues, el objetivo principal de este último apartado es recordar el enlace que hay entre el precursor y la contingencia; y cómo esta unión vital es lo que determina el esplendor o la desgracia política del gobernante.

Hasta ahora, hemos discutido como los fines y medios están relacionados por la acción política, por ello, para Maquiavelo era importante que se estableciera un orden político, que involucrara una convivencia entre estos. De ahí que, los actos crueles y demagógicos, para el florentino, en ocasiones, tenían que ser empleados para bien. Pues, si el propósito era conservar el Estado y el orden social, los príncipes debían recurrir a la inmoralidad, decía esto el canciller: "...es necesario a un príncipe, si se quiere mantener, que aprenda a poder ser no bueno y a usar o no usar de esta capacidad en función de la necesidad"⁶⁰.

Además de esto último, el pensador italiano justificó los medios a través de los fines alcanzados, como lo es el bien en común y, sobre todo, la conservación hegemónica, decía al respecto: "Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar su Estado, y los medios siempre serán juzgados honrosos y ensalzados por todos"⁶¹. Por ello, Maquiavelo consideraba importante que los líderes se capacitaran para los eventuales tiempos de su época. Por tal razón fue que aconsejó que la preparación política debía ser constante y eficaz para el futuro: "Por eso necesita tener un ánimo dispuesto a moverse según le exigen los vientos y las variaciones de la fortuna"⁶². En todo caso, sabía que las sociedades y los Estados sufren de constantes cambios internos, los cuales generan nuevos escenarios en la política y la sociedad. Por esta razón era fundamental que los gobernantes actuaran, dependiendo de sus circunstancias y de esta forma es que lograrían mantener sus Estados.

⁶⁰ *El Príncipe*, XV, p.110

⁶¹ *Ibid*, XVIII, p.121.

⁶² *Ibid*.

Según las observaciones del capítulo XXV de *El Príncipe*, el poder resulta ser un instrumento eficaz, pero a su vez endeble. En vista de que conservar una hegemonía o Estado implica que los gobernantes se adapten a los nuevos espacios y tiempos políticos, decía el antiguo canciller: “prospera aquel que armoniza su modo de proceder con la condición de los tiempos y que, paralelamente, decae aquel cuya conducta entra en contradicción con ellos”⁶³. Mantener un Estado, por consecuencia, depende de las acciones políticas correctamente empleadas, ya que, de lo contrario, los gobiernos estarían destinados a desaparecer o a ser conquistados por otros, es por esto que afirmó el florentino: “se ve a los príncipes prosperar hoy y caer mañana, sin que se haya apreciado cambios algunos en su naturaleza o en sus cualidades”⁶⁴ .

Cabe recordar que la metáfora de la *Fortuna*, en el capítulo XXV, habla de los futuros inciertos. El cual, esta deidad, como dueña de todas las cosas, coloca a los hombres en un escenario que les es ajeno. El florentino la comparaba como un río torrencial que, a su paso, devastaba y creaba desorden en la vida de los hombres. La violencia, con que se hace presente, por ende, funciona como contrapunto de la existencia humana, haciendo de esta diosa en una potencia incierta, indiferente, incalculable e indomesticable.

Conjuntamente, la personificación del azar, la suerte, el destino y el riesgo eran propias de esta deidad. Sobre las bases de estas ideas expuestas, a Maquiavelo le interesó conocer estas cualidades; pues, para constituir un nuevo principado, primero era necesario conocer las formas o leyes que pudieran someterla. De este modo, se lograría establecer una hegemonía estable y duradera. Por eso, el florentino se dedicó, sobre las obras clásicas, a realizar una gran búsqueda para encontrar la respuesta. Así, concluyó que los hombres son dueños de sus propias decisiones y de su preparación, lo cual hizo referencia a la *virtú*: “para que nuestra libre voluntad no quede anulada, pienso que puede ser

⁶³ Ibid, XXV, p.153.

⁶⁴ Ibid.

cierto que la fortuna sea árbitra de la mitad de las acciones nuestras, pero la otra mitad, o casi, nos es dejada, incluso por ella, a nuestro control”⁶⁵.

Es así que, la relación contigua entre la *virtú* y la *Fortuna*, según Maquiavelo, es lo que permitía la estabilidad en la política. Razón por la que el Estado se adecua a los nuevos tiempos. Pero, aunque las fuerzas naturales de la *Fortuna* son constantes, también son incontrolables. Ya que la metáfora de la diosa ayuda a entender el éxito y el fracaso de los líderes. La esencia de esta deidad, en la política, revela que los errores son hechos adecuados para llegar a comprender la falta, pues, el desplome político es a su vez una manera de saber sobre el deterioro y declive de los Estados.

Las estrategias mal diseñadas y la toma de decisiones incorrectas son por falla racional de los dirigentes. Así, pues, la razón de Estado, al perder diligencia de sus razonamientos, da por consecuencia que otros empiecen a dirigirla. Esto significa que, al perder parte del control de su razón de ser y de hacer, se destinen sus fuerzas a fines contrarios a los de la comunidad. Lo que nos lleva a decir que el objetivo de todo gobierno es permanecer para el bien en común, pero, cuando este deja de existir, se presentan errores en la política que impiden su sobrevivencia.

Las acciones políticas del Estado porfirista ocasionaron diversas causas y efectos en la nación. Por un lado, se desarrolló el progreso material y económico, mejoraron las relaciones con el extranjero, creó institutos públicos, impulsó la cultura y fundó una paz duradera. Sin embargo, por otro lado, la distribución de la riqueza fue inequitativa y se rigió un orden autoritario en contra de las clases indígenas y trabajadoras, marcando una brecha social entre pobres y ricos.

También, la corrupción en las instituciones públicas se convirtió en algo común. Por lo que, regir y mantener un Estado implicó generar efectos que beneficiaron y perjudicaron a la vida de los individuos. Para lograr establecer las bases del desarrollo y la paz, Porfirio Díaz usó medios sin moralidad, no obstante,

⁶⁵ Ibid.

creyó que eran eficaces, porque habían sido trazados de manera clara, objetiva y concreta. Los propósitos, como “el bien común”, justificaron su autoritarismo, pues, se deseaba proyectar una hegemonía ordenada y progresiva, sin embargo, por sus decisiones descaminadas, brotaron consecuencias políticas que perjudicarían a su gobierno y al país.

Díaz intentó solventar el equilibrio político de su gobierno a través de acciones inmorales, injustas y crueles. Las cuales generarían consecuencias que sólo empeorarían su situación, sobre todo, porque, al surgir momentos claves que cambiarían la política, no sólo en México, sino a nivel mundial, el gobierno no alcanzaría a prever los problemas que estarían por gestionarse. Esto llevaría al gobierno federal a errar y a declinar. La razón de Estado debe atender las condiciones para pronosticar toda operación contraproducente, dicho *deber ser* de los gobiernos obliga a observar las consecuencias políticas que fueron producto de sus propias acciones, siendo así, se aprendería lo necesario para actualizar un mecanismo lo suficientemente hábil para enfrentar y solucionar las nuevas situaciones políticas que llegaran a amenazar al régimen.

Las múltiples acciones políticas que desempeñó Porfirio Díaz tuvieron como fin mantener la paz social y el progreso de la nación, esto justificó su larga estancia en el poder. Para integrar un nuevo orden, contó tres elementos importantes: primero, con el apoyo de los intelectuales conservadores, quienes proyectaron el establecimiento de una nueva clase burguesa; segundo, la fuerza, y tercero, las leyes. De esta manera, la coerción y el consenso funcionaron como un instrumento eficaz para materializar su proyecto de nación. Sin embargo, los poderes del autócrata disminuyeron por el surgimiento de nuevos conflictos políticos, tanto en México y como en el mundo.

Por tal razón, el general hizo de su red política un modelo complejo. Pues sus enlaces clientelares, que le ayudaban a continuar sosteniendo el mando, con el paso de los años, fueron fortaleciéndose, provocando que el caudillo fuese perdiendo terreno. El poder de Porfirio Díaz se debilitaba, puesto que sus estrategias de negociación y de intimidación dejaron de ser suficientes para el

control. Paulatinamente, el grupo de Científicos fue extendiéndose dentro de la política y sus novedosos métodos comenzaron a sustituir al régimen de Díaz. Las pretensiones del general, de continuar en el poder, implicaron a su vez que sus más cercanos también pensarán en hacerlo a un lado. En vista de que los grupos que conformaron el porfiriato no pudieron seguir ignorando la posibilidad de trabajar para sus propios intereses. Estas consecuencias políticas fueron producto del mismo régimen, pues, al momento de pretender crear un grupo que le ayudase a prevalecer el poder, paralelamente, les hubo otorgado los elementos para establecerse hegemónicamente. Es así como, a futuro, buscarían arrebatarse el poder supremo al general.

Las múltiples acciones políticas de Porfirio Díaz terminaron por perjudicarlo. La búsqueda de un bien en común pasó a ser nuevamente un ideal. Su forma tan severa de conducir al Estado hizo dudar sobre sus buenas intenciones. Los medios punitivos pusieron entredicho el papel político del general. Al principio, la sociedad justificaba su prolongada duración en el poder, pero, la forma cruel con la que trató a las clases trabajadoras e indígenas, años después, causaría que su imagen pública fuese asociada con la de un tirano. Fue así como los mexicanos, de clase media y baja, cuestionaron sobre las formas en cómo se conducía a la nación. Surgieron intelectuales y medios periodísticos que criticaron de forma seria la gobernatura del caudillo.

Los hermanos Flores Magón, a través de su periódico *Regeneración*, durante los años de 1900, no sólo dieron a conocer acontecimientos de actualidad, sino que también los criticaron, denunciando, principalmente, que el general había traicionado los principios liberales de la Constitución de 1857. Asimismo, acusaron que su gobierno se regía como una tiranía. Más movimientos inconformes surgieron y exigieron que se le diera continuidad al sistema democrático, para permitir una libertad de competencia que incentivara la selección de un nuevo presidente. Porfirio Díaz, al principio, no hizo caso a estas denuncias, siguió aferrándose al poder, ya que consideraba que “la caballada” o los “niños” aún no estaban preparados para regirse por sí mismos.

Sandra Kutz Ficker dice que el problema fundamental del régimen porfirista fue su insistencia en continuar en el poder⁶⁶. La historiadora resalta que Porfirio Díaz cometió el error político de seguir dirigiendo al país con su propio estilo. De tal modo, produjo consecuencias que dañarían a su imagen y a su Estado. Al retener el poder, Díaz propició que surgieran medios de comunicación y asociaciones que lo respaldaran, como fueron el caso de *El Imparcial*, los clubes y “sociedades de amigos”, que ayudaron a que el régimen mantuviera su popularidad. Sin embargo, por otro lado, emergieron medios independientes, opositores y radicales que criticaron la postura del general y de sus aliados. Estos grupos exigieron que el poder político pasase a otras manos, pidiendo también la creación de partidos políticos que representasen el interés de los demás grupos de la sociedad. No obstante, el gobierno los censuró y a los dueños de estos medios los encarceló, incluso, en ocasiones los asesinaba.

La historiadora expuso a su vez que la ausencia de los partidos políticos fue un elemento que dañó la imagen de Díaz: “La ausencia de un sistema de partidos es quizá una de las grandes anomalías que marcaron la evolución política de México respecto a otros países, incluso, dentro del contexto latinoamericano, durante este periodo”⁶⁷.

La autora demuestra que los poderes políticos estuvieron centrados en el caudillo y que no permitía que la responsabilidad política estuviera a disposición de las masas. Las dictaduras, cabe señalar, centran los poderes hacia una sola institución para así generar un control absoluto. De ahí se propician los futuros problemas hacia sus regímenes, pues, la retención del poder implica que los dirigentes se concentren sólo en conservarlo. Sin tomar en cuenta que los tiempos y espacios van cambiando, por lo cual, las necesidades de la sociedad exigen, paralelamente, cambios internos en sus sistemas políticos.

En el caso de la existencia de los partidos políticos, pues estas asociaciones son que las integran los deseos y necesidades de los grupos que

⁶⁶ El Colegio de México (ed.) (2016), *El porfiriato*, El Colegio de México, A.C., México, p.502.

⁶⁷ *Ibid*, p.503.

representan. Durante el conflicto interno en la política porfirista, surgieron personajes que pedían al gobierno permitir la existencia de los partidos para así generar un mejor equilibrio en la sociedad, y de esta forma poder transitar a una democracia. Como fue el caso de Francisco Bulnes que reclamó esto mismo: “Después del general Díaz, el país quiere partidos, quiere institutos, quiere leyes eficaces, quiere lucha de ideas, intereses, pasiones (...) El país quiere (...) que el sucesor del general Díaz se llame (...) ¡la ley!”⁶⁸.

Paul Gardner dice que el error político principal de Díaz, al igual que pensó Sandra Kuntz Ficker, derivó en su insistencia por seguir gobernando. Aunque, a diferencia de ella, el historiador sostiene que el problema empezó desde los años de 1890, cuando se llevó a cabo una enmienda constitucional, que permitió la reelección sucesiva y permanente en la presidencia; así como la de todos los puestos de los demás Estados y municipios de la nación. Al persistir Díaz en controlar el poder, surgieron individuos de su mismo grupo que se opusieron, puesto que señalaron que el general violaba las normas constitucionales de la no reelección. Dice Gardner al respecto:

La consecuencia más importante fue que el antirreleccionismo se convirtió en el foco principal de oposición al régimen de Díaz. Lo más irónico fue que Porfirio Díaz, uno de los liberales más prominentes de la época de la Reforma, que había dirigido dos rebeliones nacionales contra la reelección, fue el que perpetuó la traición⁶⁹.

Ante la insistencia del general de continuar en la presidencia, surgieron grupos políticos internos al gobierno que se le opusieron. *La Unión Liberal Nacional* formó parte de este primer bloque, que hizo frente al gobierno de Díaz en el año de 1892. El grupo estuvo constituido por los Científicos y la intención que tuvieron fue delimitar los poderes del caudillo. Al principio estuvieron a favor de la

⁶⁸ Véase en *Porfirio Díaz. Entre el mito y la historia*, p.298.

⁶⁹ Garner, Paul, *Porfirio Díaz. Entre el mito y la historia*, Crítica, México, 2015, p.294.

tercera reelección del presidente, pero, más adelante, buscaron reformar la política porfirista, para que desistiera el caudillo de continuar en el poder.

Justo Sierra, uno de los más destacados del partido, expresó: “Si la paz efectiva se ha conquistado por medio de la vigorización de la autoridad, la paz definitiva se conquistará por medio de su asimilación con la libertad”⁷⁰ .

No obstante, la pretensión de esta élite de políticos, por detener el poder de Díaz, fracasó. Fue así como, para los años de 1893, los Científicos advirtieron al general las consecuencias que traería consigo su continua reelección. Justo Sierra, por ejemplo, en una carta escrita en 1899, le advirtió que la reelección sucesiva representaba una “presidencia de por vida, en otras palabras, una monarquía electiva con un disfraz republicano”⁷¹ .

Para Porfirio Díaz el poder era necesario, porque pensaba que así se conservarían la paz, el orden y el progreso. Su naturaleza como político encaminaba a su administración hacia su razón de Estado y a continuar en la presidencia. Ya que de esta forma la constitución estructural de su gobierno permitiría el establecimiento de una paz duradera. De ahí que, en su razón de ser y en el hacer, existía una misión de seguir continuando por el bien en común. Por este motivo, se encontraba presente el deseo de retener al Estado.

Friedrich Meinecke establecía que la apetencia por el poder es parte de la naturaleza de los líderes, porque en su forma de ser existe una voluntad de poder que los impulsa a dominar a la naturaleza y a los hombres por un bien absoluto. Esta forma de pleonexia, para el historiador, es fundamental, puesto que de este modo es como se logran superar los límites políticos que permiten constituir los Estados y las civilizaciones. Meincke dice al respecto:

Y el político, que siente la necesidad del poder para el Estado, es también a la vez, un hombre de carne y hueso, en el cual alienta, tiene que alentar, asimismo, un impulso

⁷⁰ *Ibid.*, p.295.

⁷¹ *Ibid.*, p.296.

personalísimo hacia el poder, ya que sin el aditamento de esta pleonexia personal por parte de hombre vigoroso no podría obtenerse nunca el poder necesario al Estado⁷².

Aun así, el deseo por continuar en el poder trajo consigo consecuencias graves para Díaz. Al insistir en ser el guardián de la paz, el general enfrentó todo tipo de críticas y movimientos en contra suya. Además, la edad del caudillo le impidió seguir gobernando igual que cuando él había iniciado.

En sus últimos años en el gobierno, el presidente estaba llegando a los ochenta años de vida y su asociación de políticos tenían más de setenta. El Estado del general, por ende, estaba conformado por un grupo de ancianos que insistían en continuar en el poder. Los deseos de Díaz por seguir en la presidencia iban disminuyendo, debido a su edad avanzada, asimismo, en vista de sus malestares corporales, como fueron el dolor de muelas, su mala memoria y su cansancio. Estos ya no le permitían dirigir su régimen como antes.

Francisco Bulnes, en su libro *El verdadero Díaz y la Revolución*, sostuvo que el caudillo se mantenía en el poder por ambición personal. De tal modo que su larga estadía se debió a sus caprichos por seguir rigiendo. Aunque los tiempos y espacios en México ya eran distintos, Díaz insistía en que su gobierno tenía que ser el mismo. El intelectual subraya que esto fue lo que dirigió a que el régimen fuera perdiendo prestigio y fuerza. Pues las decisiones del general encauzaron al Estado al precipicio. La edad avanzada de Porfirio Díaz y la de su círculo de políticos demostraba que el poder del gobierno estaba caducando. Es así como Bulnes se había convencido de que la dictadura estaba perdiendo legitimidad. Pero, ante esta realidad, Díaz, según el intelectual, no previó que su ambición por el poder traería consecuencias graves para su gobierno. Al no permitir la existencia de partidos políticos y de la sucesión presidencial, Bulnes concluía que el gobierno estaba destinado a fracasar.

⁷² Meinecke, Friedrich, *La Idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Centro de Estudios políticos y constitucionales, Madrid, 1997, p.7.

(...) la ambición de continuismo del Príncipe seguía la ley de los grandes vicios, ser progresivamente acelerados. No hay, pues, nada de anormal en esa avidez, injustificada para el vulgo, porque ella no anticipaba el día de las elecciones, no influía en que fueran inevitables. La crítica elevada, nada encuentra qué decir, reconociendo que la marcha de la avidez tiene que ser paralela a la marcha de la degeneración, ajustándose a los preceptos generales de la deplorable psicosis⁷³.

Francisco Bulnes, de igual forma, comentó que Díaz, para tranquilizar a sus aliados, decidió crear un espacio político cercano a la presidencia, la vicepresidencia. La cual tenía como finalidad respaldar y, de ser posible, poder suceder al presidente en el cargo. No obstante, Bulnes señala que las intenciones del caudillo fueron para poder calmar la inconformidad de sus políticos, pues, su continuidad en el poder empezaba a generar malestar en ellos. Por ello, decidió crear esta figura política, pero, las consideraciones del presidente, con respecto al puesto, tenían que ser adecuadas para que no rivalizara con la posición y fuerza del autócrata. Por esta razón, Bulnes concluía que la creación de la vicepresidencia fue un cargo que no generó ningún cambio importante en la política.

Si ese dictador se ve obligado, por fuerza mayor como el general Díaz, a crear la Vicepresidencia, es indeclinable que procure escoger a un vicepresidente igual a cero, como lo hubiese sido el señor Mariscal, o a una persona que por ambición se deje infamar hasta causar el asco y desprecio de la nación. No hay que cargar la mano a don Ramón Corral por su sacrificio heroico, de tragar un largo festín de “indigeribles”, por tal de

⁷³ Bulnes, Francisco, *El verdadero Díaz y la Revolución*, Editorial del Valle de México, S.A. de C.V., México, D.F., p.380

obtener la Vicepresidencia; abundaban, y abundan en México y en el mundo, los ambiciosos dispuestos a mayores beneficios⁷⁴.

De los errores políticos que más pesaron a Díaz, según Bulnes, fueron sus declaraciones acerca de dejar la presidencia para las elecciones de 1910. Estas declaraciones se dieron a conocer en una entrevista que tuvo el caudillo con James Creelman, en el medio *Pearson Magazine*, en marzo de 1908. Aquí, el presidente anunciaba que se encontraba preparado para dejar el poder y permitir la participación de contendientes que buscasen ser los nuevos líderes de la nación. Lo que permitiría anexar la continuidad de un sistema democrático, permitiendo, a su vez, que la población pudiera escoger de manera libre a sus políticos y pasar a un nuevo capítulo de la política mexicana.

He esperado con paciencia el día en que el pueblo mexicano estuviera preparado para seleccionar y cambiar su gobierno en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas, sin perjudicar el crédito nacional y sin estorbar el progreso del país. Creo que se día ha llegado. Cualquiera que sea el sentir o la opinión de mis amigos y partidarios, estoy dispuesto a retirarme cuando termine mi periodo actual, y no volveré a aceptar mi reelección. Tendré entonces ochenta años. Mi país ha tenido confianza en mí y me ha tratado con bondad. Mis amigos han ensalzado mis méritos y han hecho punto omiso de mis defectos. Pero acaso no estén dispuestos a tratar con la misma indulgencia a mi sucesor, y pueda tener, acaso, necesidad de mi consejo y ayuda; por consiguiente, deseo estar vivo cuando se haga cargo del poder, para que pueda ayudarle... Yo veré con gusto un partido de oposición en la República Mexicana. Si se forma, lo veré como una bendición, no como un mal. Y si se puede desarrollar poder, no para explotar, sino para gobernar, lo sostendré, aconsejaré y me olvidaré de mí mismo, para inaugurar con éxito completo un gobierno democrático en la República. Me basta con haber visto a México

⁷⁴ *Ibid*, p. 386.

surgir entre las naciones útiles y pacíficas. No tengo deseo de continuar en la presidencia. Esta nación está lista para su vida definitiva de libertad⁷⁵.

Díaz ocasionó diversos debates acerca del significado de su discurso. Aunque el círculo de políticos cercanos al general estaba convencido de que eran sólo palabras. Bulnes dijo: “Todos los críticos con tamanos o rabones, han procurado conocer cuál fue el objeto de esa conferencia que, por unanimidad, declaran fatídica e imbécil”⁷⁶. Pero, por otro lado, la confesión de Díaz tuvo eco en las demás clases sociales de México. Lo que generó una pronta respuesta y movilización para las próximas elecciones de 1910.

Como consecuencia, durante los años de 1908, surgieron libros y panfletos los cuales hacían mención de una transición democrática, como lo fueron *Preguntas electorales* de Manuel Calero, *¿A dónde nos dirigimos?* de Querido Moheno y *La organización política de México* de Francisco Senties. Pero, la publicación que llamó mayor la atención fue *La Sucesión presidencial* de Francisco I. Madero. Un texto importante en aquel entonces, porque criticó rotundamente el sacrificio de la libertad política durante la imposición de la paz y el progreso, a su vez, convocaba al restablecimiento del liberalismo en la constitución. Francisco Bulnes dijo: “El libro del apóstol de la anarquía, sirvió para devolver al vulgo la confianza en las palabras del general Díaz, de que ya el pueblo estaba apto para la democracia, y de que él, Díaz, iba a hacer su parainfo después de treinta años de ser su paraclera”⁷⁷.

Además, Bulnes estableció que este libro generó fuerte presión al gobierno, porque lo obligaba a cumplir con su promesa, para la nueva elección presidencial. No obstante, llegando las elecciones en 1910, Porfirio Díaz nuevamente se reelegía por octava vez consecutiva. Fue por consecuencia, que Díaz,

⁷⁵ Krauze, Enrique, *Siglo de Caudillos: De Miguel Hidalgo a Porfirio Díaz*, Tusquets editores, México, 2014, p.322.

⁷⁶ Véase en *El verdadero Díaz y la Revolución*, p. 381.

⁷⁷ *Ibid*, p.391.

irónicamente, alteró el orden político y de ahí que generó una situación crítica para su Estado, así hasta su derrocamiento en 1911.

Francisco Bulnes comentó: “Cuando un hombre se halla poseído por una pasión degenerada en vicio suicida, no sigue más línea que la del desastre, bien trazado por esa pasión”⁷⁸. Porfirio Díaz cometió varios errores, aunque lo que definió su error político fueron sus reelecciones. Al sobreponer sus límites en su estancia en el Estado, produjo, consecuentemente, a despertar rivalidades por el poder.

Al no considerar las consecuencias de sus acciones políticas, como fue el no dejar la presidencia, generó diversas causas que fueron irreversibles. Friedrich Meinecke decía que la razón de Estado es la que indica los caminos y las metas de los gobiernos. Por esta razón, creeríamos, que Díaz se entregó en su misión de salvaguardar la paz, el orden y el progreso por el bien en común; pero sin tomar en cuenta que generaría desestabilidad política tras sus acciones con el paso de los años. De ahí que Bulnes dijo:

Lo que conservábamos el contacto con la realidad, los estrujados por ese pesimismo que engendran las decepciones; envuelto nuestro espíritu por los crespones de duelo ante la muerte de lo racional; con una angustia indecible y estremecimiento de ahorcados, veíamos cómo aquel anciano loco, destruía los beneficios de la Fortuna, cómo despedazaba las claves de todas las bóvedas, los fustes de todas las columnas, las moles de todos los cimientos, y cómo iban cayendo piedra a piedra, vigueta a vigueta, dovela por dovela, piso por piso, todos los componentes de una paz sucia, pero de civilización, durante treinta años⁷⁹.

En el capítulo XXVI de *El Príncipe*, Maquiavelo advertía sobre las consecuencias de no adaptarse a las novedades de su época: “aquellos príncipes

⁷⁸ *Ibid.*, p.393.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 399.

que se apoyan únicamente en la fortuna se hundan tan pronto como ella cambia (p.152)". Porfirio Díaz decidió no cambiar y adaptarse a los nuevos tiempos políticos, lo que hizo del azar en su destino político. Al dejar de calcular y poner atención a los acontecimientos políticos, permitió que fueran acumulándose los problemas y que los nuevos desafíos fueran incomprensibles e insuperables para él. De tal modo, que aceleraron el deceso de su régimen y Díaz fue sentenciado por la historia como un tirano. La reelección no resultó ser la decisión correcta para mantener el orden y el progreso, y, por ende, la autocracia ya no era necesaria para un país que pedía una transición democrática; y, de ahí, inclinarse nuevamente a las mayorías para así hacer efectiva su revolución tuxtepecana.

1.4 Consideraciones finales acerca de las virtudes maquiavelianas en Porfirio Díaz.

Con este segundo capítulo, hemos probado las propiedades maquiavelianas del precursor maquiaveliano en Porfirio Díaz. En la cual, puntualizamos algunos cuadros históricos en donde el caudillo fue desenvolviéndose. A un mismo tiempo de haber explicado la naturalidad por la que se amplían los gobiernos dictatoriales. Por lo que, definimos la hipótesis a evidenciar para este quehacer académico y contemplativo.

Pero antes de seguir con el tercer capítulo, considero conveniente llevar a cabo una recopilación de lo que se acaba de ver en este segundo escrito del trabajo. Así, tendremos un mejor entendimiento acerca de lo que se llevó a efecto. Ante todo, rectificaremos la idea sabida de que las gestas, la inmoralidad, la sagacidad, el talento, la espontaneidad y liderazgo del presidente mexicano, fueron concernientes a las cualidades del precursor maquiaveliano.

En relación con el segundo capítulo, dispusimos en delimitar la definición y descripción del *Príncipe nuevo* o precursor en Porfirio Díaz en dos secciones. En

el primero, determinamos las cualidades insignes del caudillo y luego lo cotejamos con los atributos del hombre extraordinario de Maquiavelo. En la cual, adaptamos el dispositivo teórico que separamos de los capítulos VI, IX, XVII, XVIII, XIX, XXV y XXVI de *El Príncipe*. Después, en la segunda parte, ubicamos al caudillo en su período difícil y grave de su carrera política, en la que, posteriormente, lo confrontamos con la contingencia. De ahí que, nos determinamos, nuevamente, en el capítulo XXV de *El Príncipe* para tener presente la idea de la *Fortuna* de Maquiavelo. Como resultado, elaboramos un cuadro en el que conseguimos presenciar las cualidades del precursor maquiaveliano en Porfirio Díaz; indistintamente de los acaecimientos sucedidos durante la ruina del gobierno porfirista, ya que, las cavilaciones maquiavelianas se mantienen indiferentes ante estas formas de resultados; pues, su evaluación se encamina a entender cómo es que se constituyen los Estados y se armoniza la vida civil y política.

Es así como desarrollamos el segundo capítulo. Y como se dijo anteriormente, adelantamos en llevar a cabo y evidenciar la hipótesis planeada para este trabajo de investigación.

Tercer capítulo: Herencias comparadas y contrapuestas.

1. Dictadura y democracia

1.1. Objetivos

Por último, lo que queda por considerar para este capítulo. En todo caso, aquí he de referirme concerniente a la idea sobre la fundación del Estado y su logro correlativo a su institución republicana y la civilidad. Para esto, nos precisaremos en disponer de los dispositivos teóricos que obtuvimos del primer y segundo capítulos.

A estos elementos, los compararemos y discerniremos para conseguir un entorno donde podamos esclarecer sobre las razones por las que se acreditan los gobiernos dictatoriales en su estancia. Luego, pretenderemos comprender cómo estos regímenes suscitan acciones por las que los individuos llevan a cabo para modificar este estilo de sistema. De ahí que, nos encaminaremos a dilucidar con respecto a la aparición de los gobiernos democráticos, así como el empeño de las personas por establecerlo en los regímenes autocráticos.

Para ello, aprovecharemos de otras teorías o pensamientos políticos y filosóficos para auxiliarlo. Así, alcanzaremos asentar las ideas que nos ayudaran a seguir conociendo y expandiendo nuestra interpretación del precursor maquiaveliano en Porfirio Díaz.

1.2. Idea del Estado nación maquiaveliana y la base de la razón de Estado porfirista.

Partiendo de los supuestos anteriores, en el primer capítulo se expusieron las características esenciales del sujeto gubernamental y la política en *El Príncipe*. El

cual, logramos apropiarnos del dispositivo teórico que nos permitió descifrar una lectura maquiaveliana de la figura de Porfirio Díaz. De tal modo que acabamos por argumentar nuestra hipótesis planeada. Ahora, para los siguientes y últimos escritos, se establecerán los principios de la práctica política de Nicolás Maquiavelo, con los cuales, para este primer apartado, describirán su percepción, tanto histórica, analítica como pragmática, sobre la fundación y duración del Estado nación.

Tras el análisis, continuará una reflexión acerca de la razón de Estado de Porfirio Díaz. Asimismo, junto a las aportaciones maquiavelianas, se revisarán las condiciones de la durabilidad de este para entender por qué el gobierno porfiriano no logró mantenerse ni concluir su proyecto republicano. De esta forma, formaremos un punto de vista sobre el cual nos exprese las condiciones de su gobierno; así como su proximidad al precursor maquiaveliano.

A lo largo de los años, las teorías políticas se han dedicado a profundizar sobre las causas u orígenes de los Estados nacionales, tomando en cuenta los factores que han influido y perpetuado el poder a manera de dictaduras. Maquiavelo introdujo algunas claves para lograr entenderlos, aunque su propósito de enseñarlas buscaba materializar un producto nuevo para Italia, pues, durante el siglo XVI, su nación sufrió la condición del servilismo.

La pretensión política de Maquiavelo, en sus consejos de *El Príncipe*, fue elaborar un dispositivo reflexivo, para condicionar la creación de un Estado emergente y de una ideología unificadora, la cual, de forma deliberada, garantizará la cohesión del pueblo con el Estado. Louis Althusser averiguó que el florentino dedicó gran parte de su vida intelectual en reflexionar sobre las maneras para fundar un Estado nacional en un país sin unidad. Fue así como el filósofo francés dedujo que Maquiavelo era un sujeto interesado en divulgar sus ideas acerca de la concentración del poder en un príncipe, para liberar a su nación de la corrupción y de los extranjeros. Por eso, la estructura de su teoría se enfocó en lo pragmático y, sin tomar en cuenta lo abstracto, *El Príncipe* fue un instrumento funcional y dinámico para el gobernante. Para Maquiavelo era imprescindible que

los Estados nuevos lograran imponerse y perduraran, siendo el *Príncipe nuevo* el sujeto histórico quien establecería una nueva coyuntura política y, de esta forma, unir a Italia o desarrollar el sentimiento nacional; es decir, cultivar en los habitantes la idea de pertenecer a una misma nación, a través del Estado.

Mediante algunos estudios políticos, se ha pensado que los Estados nacionalistas son formas de gobierno que recurren siempre a la coerción. Por esta razón, se generó la idea de que su brutalidad es similar al de las tiranías, ya que debido a ella lograron tanto su fundación como su perpetuación. Sin embargo, para Maquiavelo no era así. Para establecer y mantener un Estado era necesario mezclar los dispositivos coercitivos con prácticas sutiles e inteligentes; pues de esta forma se lograría obtener el poder absoluto y duradero.

Es importante señalar que al principio los estados soberanos tenían una estructura autoritaria, cuya autoridad pertenecía al monarca absoluto. Más adelante, se afirmó el Estado popular, que fue fundado a partir de la dominación de las mayorías, esto resultó en el Estado nacional, el cual generaría el nacionalismo y llevaría a cabo el proyecto político de unir las lenguas, las tradiciones y la cultura a un sólo territorio. Maquiavelo lo ideó y habló sobre el derecho que tenía el pueblo italiano para ser dueño de su propio destino.

El intelectual florentino creía que, para mantener la estabilidad política, primero se debía pensar en una sola forma de gobierno, ya sea republicana o monárquica. Por su condición histórica, el autor opinaba que era necesaria la segunda opción, pues, el poder político era todavía inexistente en Italia, ya que se encontraba repartida por distintos feudos, ante ello, no había forma que pudiera constituirse un Estado nación. Maquiavelo pensó en el surgimiento de un príncipe o de un caudillo carismático que estableciera una ruptura histórica en su país y quebrantara la corrupción de sus líderes para sustituirla por un nuevo proyecto nacional. Es, en consecuencia, que los principios del Estado nacionalista se formaron sobre las ruinas del feudalismo, en la que, posteriormente, se buscó definir la individualidad nacional, para así afirmar un poder independiente de los países extranjeros.

Para alcanzar la emancipación nacional, Maquiavelo sostuvo que el poder del Estado debía estar bajo el control del príncipe, de esta forma se constituiría una nueva realidad política. Para fundar un Estado o un nuevo régimen, también era necesario que el príncipe estuviera solo, ya que la cavilación ayudaría a pensar sobre una reforma total o un recomienzo absoluto de la historia. La soledad del príncipe, para Maquiavelo, podría concebir el plan único que reformaría, de manera absoluta, las condiciones negativas del Estado. Ante esto, el florentino nombró a personajes como Moisés, Rómulo, Teseo y Ciro: “No lograron proporcionar leyes adecuadas sino atribuyéndose una autoridad exclusiva”, “concentrando en ellos toda la autoridad”⁸⁰. Es por consecuencia, que la soledad del fundador del Estado era necesaria por las condiciones de su proyecto, el cual exigía que él detentara de todos los poderes y sin compartirlos. Althusser decía: “Para hacer de nada un Estado, el fundador debe estar solo, es decir, ser todo: todopoderoso”⁸¹.

El Príncipe se establece en el “primer momento”, es decir, en el poder absoluto. En vista de que se trata del inicio del Estado, en su forma total, la metáfora del *Príncipe nuevo* es la representación abstracta del “comienzo”, al ser el fundador que sentaría las bases del *Nuevo Estado*. Para Maquiavelo esto significaba que los nuevos regímenes tenían que ser edificados por un sólo sujeto y al momento de concretizarse el Estado se continuaría con la producción de las leyes, mediante el conflicto entre los “Grandes” y el “pueblo”. Así, tras absolutizarse el Estado y su funcionamiento legal, se obtendría la duración del poder del régimen y, sobre todo, la unidad nacional.

El planteamiento de la dificultad en la obra del florentino era el *Príncipe nuevo*, ya que éste establecería la problemática del comienzo y la duración de los Estados. Para llevar a cabo el proyecto, el Príncipe debía encontrarse en soledad, pues es en su pensamiento dónde se conciben las fuerzas indispensables para el

⁸⁰ Maquiavelo, Nicolás (2015), *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Tercera edición, Alianza Editorial, Madrid, p.68.

⁸¹ Althusser, Louis (2004) *Maquiavelo y nosotros*, ediciones Akal, Madrid, p.96.

poder político, que continuarían con la dictaminación de las primeras leyes, hasta lograr sentar y asegurar los cimientos del Estado.

El intelectual italiano reiteraba que el ensimismamiento del príncipe era importante, pues consideraba que es durante el aislamiento que aparecerían ante él la *virtù* y la *fortuna*. De esta manera, se daría origen al cumplimiento de la constitución del Estado nacional. Es imprescindible que el príncipe se halle principalmente con su virtud, porque con ella tomaría conciencia y voluntad para fundar al Estado nuevo. Tras enfrentar a la *Fortuna*, el príncipe estaría arrancándose de las condiciones del mundo antiguo, logrando, finalmente, su liberación, para así decidir aventurarse a crear un nuevo comienzo. Tras terminar de cavilar, abandonar la soledad y transitar hacia un devenir de las mayorías, donde se ejercite la práctica, el príncipe contaría con la destreza para fundar las raíces del Estado en el pueblo y, a través de las fuerzas populares, se extraerían las leyes que edificarían las bases de la nación.

Maquiavelo estuvo convencido de que los príncipes populares debían estar libres de todas las ataduras feudales, sobre todo, si comenzaban de la nada. Los aspirantes no debían someterse a las formas políticas existentes. El *Príncipe nuevo* establecería un principado original, de pertenecer a un gobierno heredado o antiguo no lograría nada y, por consecuencia, se mantendría atado a su arcaísmo.

Durante este primer instante del régimen, elaborado por un sólo hombre, se integraría el momento dictatorial. Según Althusser⁸², Maquiavelo era el teórico de las condiciones políticas de la constitución de un Estado nacional, ya que su teoría, acerca de la fundación, duración, fortificación y engrandecimiento del Estado nuevo por un *Príncipe nuevo*, se trataba de una posición ideológica original. Explicó que no había pensado sobre el hecho consumado de las monarquías absolutas, sino en el hecho de efectuar, lo que significaba que el “deber ser” del *Príncipe nuevo* era fundar un Estado nacional sobre condiciones extraordinarias y ausentes de toda forma política.

⁸² Althusser, Louis (2008) *La soledad de Maquiavelo*, Ediciones Akal, Madrid, p.338.

El tema magistral de *El Príncipe* es la cuestión política de la unidad italiana, cuyo problema se resolvería tras instaurar un Estado nacional. Sin embargo, este proyecto no se podía constituir espontáneamente. Era necesario reunir elementos potenciales que defendieran la unidad y que eventualmente la extendiera. Los instrumentos que lo afirmarían serían los elementos políticos, jurídicos, económicos, ideológicos y militares. De ahí la opinión de Gramsci, el doble aspecto del poder, la violencia y el consentimiento constituían “la hegemonía”. El poder absoluto demostraba ser la realización histórica de la unidad nacional y política popular. Es por consecuencia que el Estado nación no podía surgir espontáneamente, sino de manera pausada y artificial.

La constitución de una nación obligaba al Príncipe a ser un soberano absoluto, pues su tarea consiste en formar a la nación, según Maquiavelo. Un hombre dotado de la *virtù* excepcional, lo cual le proporcionaría las fuerzas para unificar a la nación, en este caso Italia. Bajo este individuo valeroso, definiría su práctica política que le ayudaría a tener el éxito. Pues los príncipes, desde el punto de vista maquiaveliano, sólo podían ser juzgados por sus resultados.

Por esta razón Maquiavelo no quería cualquier príncipe, se tenía que partir desde el punto de vista de las poblaciones: “para conocer la naturaleza de los pueblos conviene ser *Príncipe* y para conocer bien la de los príncipes, conviene ser pueblo”⁸³. Entonces, sólo el príncipe haciéndose uno con el pueblo convocaría la unidad italiana. Aunque, invocar a las mayorías consistiría en combatir a los “Grandes”, pues el príncipe, para obtener su alianza con el pueblo, primero tenía que ganarse su amistad y su confianza. El Estado se funda y dura al dotarse de leyes que expresan la relación de fuerzas entre las clases sociales. El “pueblo” y los “Grandes”, asimismo, durante este conflicto, el príncipe tiene que apoyarse de las mayorías, de lograrse, el Estado, ya no solamente perduraría, sino que se expandiría hasta convertirse en un Estado nacional.

⁸³ Maquiavelo, Nicolás (2017) *El Príncipe*, Sexta reimpresión, Alianza editorial, Madrid, p.44.

Con la formación del Estado, el príncipe debe crear sus propias fuerzas, su ejército. Los sistemas políticos, para definirse, necesitan de su propia unidad armada, que al combinarse con las leyes y el consentimiento del pueblo darían al príncipe el mando más elevado. De esta manera, el aparato del Estado forjaría los medios indispensables para el control, siendo el príncipe el detentador del poder absoluto al contar con la exclusividad o el derecho sobre determinados territorios. Max Weber decía que el Estado era quien se apropiaba legítimamente del monopolio de la coacción física, cuyo fin era hacer entender quién tenía el poder supremo en toda la sociedad, de igual forma, el uso de la fuerza física es para impedir la insubordinación, apaciguar la desobediencia y defenderse de ataques externos. Por lo que, Maquiavelo no hablaba el lenguaje del derecho, sino el de la fuerza indispensable para constituir y defender al Estado.

Es así que, los ejércitos representaron ser la fuerza interna del Estado. Por lo que las instauraciones militares ejercieron una ocupación ideológica y su organización, que alentó el reclutamiento popular, permitió unir y ampliar al ejército nacionalista, logrando que la guardia sirviera como un medio político. No obstante, antes, tuvo que conquistar la opinión de las mayorías. Por un lado, tenemos la fuerza y por otro la opinión. El príncipe debe dirigir la política interna al pueblo: “pues el vulgo se deja seducir por las apariencias y por el resultado final de las cosas, y en el mundo no hay más que vulgo”⁸⁴.

Mas, el problema de la ideología política se torna complejo, porque el Príncipe tiene que conquistar la opinión del pueblo. El poder ideológico, a lo largo de los años, ha influido en el comportamiento de los individuos, que, de forma ajena, los ha inducido a efectuar o abandonar acciones, por ejemplo, ciertos condicionamientos han conmovido a grupos tradicionales, entre ellos a los sacerdotes y a los intelectuales, los cuales al difundir los valores en auge en la sociedad marcarían un espacio idóneo para el ejercicio de poder. Al momento de difundir la ideología en las capas, se creó una concepción del mundo.

⁸⁴ *Ibíd*, p.121.

Para lograr mantener el orden establecido por las sociedades políticas, se ejerció la coerción, de ahí la regla vital para la representación del Príncipe, la cual debía de conquistar el sentir de los pueblos. El temor, ante este adiestramiento, fue usado como un medio eficiente para sobresaltar a los súbditos y que aprendieran a reaccionar sólo ante la obediencia, este fondo estrecharía la relación particular entre el pueblo y el elector. Puede interpretarse que la representación del Príncipe, en la opinión pública es una estrategia de poder, ejecutada por el Estado.

Sin embargo, la política del príncipe debe evitar el odio popular, para que el Estado se establezca y pueda prolongarse. Una manera de evitar el enfrentamiento es apoderarse del consentimiento público, de esta manera se emprendería una nueva coyuntura política que sustentaría el objetivo de durabilidad y estabilidad gubernamental. En una primera instancia, Maquiavelo siempre condenó la tiranía como forma de gobierno, pues, implicaba ir en contra de las mayorías, incitando con ello el odio y los deseos de revuelta; por consecuencia a esto, los gobiernos opresores no llegan a perdurar, ya que, al no contar con la aprobación de los pueblos, causaban que su permanencia se obscureciera, así como su posibilidad de expansión.

El príncipe, según Maquiavelo, no debe generar odio en su población, sino que es su obligación consolidar un pacto con ella, para defender el poder político. Los nuevos Estados, debido a su conformación en proceso y al proyecto de permanencia, también dependen de la aprobación de sus pueblos. Los intereses de los súbditos tienen que atenderse, porque de esta forma el aparato del Estado mantendría su subsistencia en el sistema. Pero, el Príncipe sólo puede servirles a sus súbditos en tanto lo consienta su posición y el resto del sistema político, es decir, él se puede poner al servicio de ciertas necesidades, porque su impulso está limitado. Este es el momento en el que aparece el Estado como un organismo moral, el cual debe intervenir para continuar fomentando los bienes vitales, así el poder y la vida siguen transformándose en un conducto que fortalece los sentimientos y las ideas nacionalistas.

La esencia de los Estados nacionales, por ende, ha consistido en fundarse, mantenerse y crecer. Del mismo modo, Maquiavelo tuvo sus razones para creer que así era. Sus ideas se enfocaban en lograr configurar el poder político de Italia. Sólo que quién debía comenzar con el Estado era el Príncipe, quien por convicción y voluntad debía estar convencido de su proyecto nacionalista. Por consecuencia, desde la concepción maquiaveliana, la dictadura es una forma natural y necesaria para los países en crisis. De este modo, se establecían dos finalidades políticas: interna e internacional; en el primero se buscaría dar a los pueblos la conciencia de la unidad, a través de la atribución de su Estado; y en lo internacional, se indagaría la autodeterminación de los pueblos, para obtener la independencia nacional. Fundar una política exterior del Estado, sobre la voluntad de las mayorías, es un propósito que busca concretarse sin la interferencia de otros Estados.

Entorno a la razón de Estado en el porfiriato no fue distinta a la de otros países, pues buscó su propio desarrollo y sustento, así como reconoció su ambiente y momento. Además, se revistió con un carácter individual, así como general, para hacer frente al devenir de la vida, lo que la motivó a responder a los cambios para mantener su particularidad. El ser y el devenir de la razón de Estado del porfiriato se desarrollaron a través del “deber ser” y un “tener que ser”.

Porfirio Díaz, como político, estuvo convencido de su experiencia y sus conocimientos, por ello, obró con decisión para resolver las necesidades históricas, hasta alcanzar sus objetivos. La idea de la razón del Estado de Díaz fue desarrollándose aunada a las causas y efectos de su tiempo, ya que se sujetaba a causas teleológicas. Su racionalidad se encontraba elevada hasta su más alta posibilidad, para alcanzar la prosperidad a través de los medios indispensables, los cuales servirían a su comunidad. Díaz tuvo su momento ideal para actuar y con afán miró al pasado. De esta manera, descubrió lo que aquejaba a su país en el presente. Siendo un jefe de gobierno, debía mantener al poder formidable y sano, además, no podía permitirse disposiciones arbitrarias. La necesidad política se había convertido en el concepto más profundo de su razón de Estado.

Mas, parece que siempre existirá la represión causada por los gobiernos hacia los pueblos; esto es discutido todavía por la Filosofía política. El “deber ser” en el político, según la razón de Estado, consiste en comprometerse con el bien en común y en responder al cuidado moral, físico y espiritual de la población. No obstante, el medio que sostiene al Estado y a sus protegidos es irónicamente la coerción. El gobierno porfirista surgió por su gran menester de existir. Díaz necesitó fortalecer su poder político, por lo que se vio forzado a emplear la defensa y el ataque, sobre todo, debido a la aparición de fuertes amenazas, tanto externas como internas contra la legitimidad de su soberanía.

Sobre esto último, el historiador Frederick Meinecke expuso que la razón de Estado es una máxima del obrar de enorme ambivalencia y escisión⁸⁵entre su naturaleza y espíritu. Por naturaleza, el experto lo entendía como la apetencia o deseo del Estado por el poder, el cual relacionaba al político, porque su impulso hacia éste, permitía la sustentabilidad de manera retroactiva.

Los impulsos directos de los Estados son obras que, por necesidad política o natural, los lleva a enfrentar cualquier amenaza a su poder. La esencia misma de sus acciones es propia de su razón. Por otra parte, por espíritu, Meinecke lo entendía cómo una vertiente de la racionalidad del poder político hacia un mundo de los valores, donde el poder del Estado mostraba un instrumento coercitivo y pasaba a ser un medio indispensable, para el bien en común. Este tipo de dominio se dirigía a un fin ético y consensuado, con él, los gubernamentales podrían introducir al derecho y a la moral dentro de las necesidades políticas. De esta manera encajarían los valores que iluminarían a las personas y ennoblecería a los estratos sociales. No obstante, el obrar de la razón de Estado oscila entre la luz y las tinieblas, como lo pensaba Meinecke, pues, en primer lugar, para que el Estado se proyectara hacia la esfera ética, era necesario alcanzarlo por medio de la violencia.

⁸⁵ Meinecke, Friedrich (1997) *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Centro de Estudios políticos constitucionales, Madrid, p.7.

Porfirio Díaz, como líder político, se educó para dominarse, lo que lo llevó a reprimir sus afectos personales y entregarse por completo a las necesidades del Estado. Debido a ello, se convirtió en su propio servidor para el poder político y que surgiera la razón de Estado porfirista. Sin embargo, esta no terminó por desarrollarse, puesto que el gobernante y los gobernados no se vincularon, es decir, no hubo ninguna relación común entre ellos. Según Meincke, el origen del Estado nace a partir de dos fuentes: en la tendencia al poder del soberano y en la necesidad del pueblo que obedece⁸⁶. Esto significa que aquellos que se dejan dominar es porque, a cambio, reciben contraprestaciones, mientras que el poder del soberano se alimenta de sus impulsos vitales. Por ende: “es de esencia al poder adquirido sobre un pueblo el tener que ser cultivado si se le quiere conservar”⁸⁷.

Porfirio Díaz, como jefe absoluto del gobierno, no estuvo dispuesto a ceder el poder, pero sí a conceder los bienes materiales a los burgueses, misma cuya suerte se ligó al porfirismo, ambas se complementaron al servirse mutuamente como un instrumento. El presidente, aunque no iba a permitirse ser una herramienta, necesitaba del apoyo de la burguesía mexicana y ésta también de él. El caudillo cuidaba del orden que le convenía a la clase adinerada, a su vez, ésta le reconocía el poder político.

El presidente Díaz, como soberano, no hubo permitido que se estableciera otro dominio político; sin embargo, la burguesía intentó independizar al poder judicial, para así ellos controlar al legislativo y a la opinión pública. Estas minorías temían que se formara un grupo de adictos al presidente o que naciera una dictadura militar que reaccionara en oposición a sus intereses, no obstante, el mando personal del caudillo se impuso. Porfirio Díaz, a cambio de su cooperación, les concedió ventajas económicas y materiales, aunque estaba más que decidido a no dividir el poder. Fue así como el presidente ejerció la dictadura política,

⁸⁶ *Ibid*, p.11

⁸⁷ *Íbidem*.

mientras que la burguesía ejerció una social⁸⁸. Por esta razón, ambos grupos impusieron la *pax porfiriana* en México, dando por consecuencia que las libertades, tanto sociales y políticas, fueran exclusivas para el autócrata y estas minorías.

Al no lograr apoderarse del poder político, los burgueses se conformaron con influir en la administración pública. Convirtiéndose así en los Científicos, una agrupación al servicio de Porfirio Díaz, como fue el caso de José Ives Limantour, representante del Ministerio de Hacienda. Hubieron otros personajes que se dedicaron a otro tipo de actividades distintas a la política, por ejemplo, Justo Sierra se entregó a la educación y al estudio, asimismo, los hermanos Pablo Macedo y Joaquín Casasús buscaron incrementar las ganancias en sus bufetes. Estos oligarcas fueron apoderándose de la cultura y de los negocios en el país, convirtiéndose en los promotores de la prosperidad en México. Más adelante, por medio de los sistemas bancarios que los mismos Científicos fueron organizando, bajo la dirección de Limantour, dominaron el dinero y el crédito.

La economía mexicana estuvo bajo el control de la aristocracia. Los empresarios u hombres activos que deseaban competir se hallaron en condiciones de absoluta inferioridad. Los aspirantes no podían organizar grandes empresas a comparación de los Científicos, quienes, por influjos políticos y por su amistad con el secretario del ministro de Hacienda, dominaron, casi por completo, la riqueza. La administración pública, los bancos, las finanzas y los juzgados fueron organismos que se prestaron mutua ayuda, formando así una red de negocios convenientes por toda la República. El resultado de tal emprendimiento generó a los hombres más adinerados y mejor posicionados del país.

La burguesía mexicana se dio a conocer por priorizar sus intereses por encima de las mayorías. Esta minoría hubo predominado, porque Díaz permitió que acapararían con todo el mercado posible. Al permitirlo, se generó sobre esta

⁸⁸ Zea, Leopoldo (2014) *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, Undécima reimpresión, Fondo de Cultura Económica, México, p.425.

clase un individualismo que careció de sentido social, pues sus intereses entorpecieron la libre competencia entre las empresas. La economía funcionó como herramienta para resguardar los provechos de esta gente poderosa. El Porfiriato terminó por convertirse en una dictadura personal, cuyo entorno fue cubierto por los oligarcas que se adueñaron de la fortuna del país.

El poder político, que quedaba bajo el dominio de Porfirio Díaz, había establecido el orden, para aplastar a todo opositor que deseara ir en contra del gobierno; de igual forma, contra aquellos que se negaran a la evolución y al progreso de los individuos abstractos. Bajo estas condiciones, los Científicos se personificaron como la fuerza del progreso. Justo Sierra, en su obra *México social y político*, justificó a la burguesía mexicana como una consecuencia natural de la evolución social del país, según las enseñanzas de Herbert Spencer, que establecía que la sociedad evolucionaba hacia un individualismo coherente. El Estado por otro lado, bajo esta ideología, era percibido como un instrumento de orden, cuya presencia y utilidad sería con el paso del tiempo más innecesario. El intelectual mexicano justificaba el nuevo orden social y quería demostrar que la libertad individual se conseguía sólo a través de la evolución. Esta idea demostraría la potestad de la burguesía mexicana, presentándola como un grupo social que generaba el progreso.

Las ideas spencerianas también se relacionaron con las teorías darwinistas del más apto. El Estado, para justificar su existencia, por lo tanto, debía proteger los intereses de la raza que predominara. Dicha filosofía conllevó a que todos los mexicanos se inclinaran por aprender hábitos y costumbres que demostraran su superioridad racial y económica, de esta manera, se garantizaría su libertad individual. Sin embargo, para aquellos que no contaran con la protección del Estado porfirista, este se encargaba de hacer respetar a la burguesía mexicana. Fue así como los indígenas, campesinos y obreros se vieron desplazados y obligados a inclinarse, así como a obedecer, a los terratenientes, empresarios y extranjeros.

Los Científicos tuvieron la libertad de apropiarse de la ciencia, de quedarse con su exclusividad para beneficiarse de ella. Pues, no estaban dispuestos a compartir el saber ni la metodología con grupos que consideraban por debajo de ellos. Al crear sus grandes negocios, no se esforzaron en llevar a cabo la fomentación educativa en el país, como la construcción de escuelas, industrias o técnicas para el pueblo. A un mismo tiempo, tampoco llevaron a cabo centros para actualizar la agricultura. Al pueblo lo condenaban a trabajar con los más atrasados procedimientos, obligándolos, a su vez, a ser siempre empleados del patrón o del extranjero.

La élite porfirista poseyó las riquezas de México bajo una situación de escasez e indujeron a quienes no la poseían a adoptar una conducta de servilismo y esclavitud. Los oligarcas, como dueños de la propiedad y del trabajo, produjeron las condiciones para subsistir; asimismo, el poder político como económico contribuyeron a establecer la desigualdad y a dividir a la sociedad entre ricos y pobres. Las clases altas marcaron su superioridad sobre las mayorías.

La burguesía mexicana se hubo colocado por encima del pueblo. Su snobismo y su opulencia, sin disimulo, se destacaron frente a las clases campesina y obrera. En México, la injusticia, el hambre, la miseria y la opresión contrastaron notablemente con la hermosura y el lujo de los monumentos públicos; así como con la ostentación de la prosperidad citadina. Esto condujo al disgusto general, el cual no tardó en convertirse en odio. Pronto, este rencor acumulado de las mayorías estalló en forma de un levantamiento social.

El porfirismo prosperó por encubrir las injusticias cometidas por la élite y esto conduciría a la Revolución Mexicana, cuyo fin principalmente sería alcanzar la libertad política y social. Durante este suceso, la población tomó acción para exigir la no reelección y sí al sufragio efectivo. Los grupos de campesinos y obreros, también influidos por este movimiento, se alzaron en contra de sus latifundistas, como de aquellos patrones que los habían explotado. El país reclamó un cambio de gobierno, así como una revolución nacional.

A partir de aquí parece que no existe relación importante entre el Estado nación maquiaveliano y la razón de Estado porfirista a causa de la temporalidad. Es palpable la posible conexión porque el egoísmo, el impulso por el poder, los instintos de conservación de los Estados han sido acciones que se han repetido a lo largo de los años. Tomando en cuenta también que en todas partes se gobierna con la razón de Estado y, aunque su contenido ha sido cambiante y singular, sus leyes o hábitos permanecen, repitiéndose una y otra vez.

Cuando la historia, sobre todo la historiografía revolucionaria, se enfocó en la caída del porfirismo, se acentuaron, de forma inevitable, las fallas y debilidades de este gobierno, haciendo hincapié en la distribución inequitativa de los recursos económicos y sociales. Las acciones del régimen, para controlar la crisis interna del país, a partir de 1906, fue ineficaz y excesivamente agresiva, esto se vio con las represiones sobre las huelgas mineras y textiles de 1906 y 1907. Las medidas llevadas a cabo, además de ser contraproducentes, fueron un fracaso para el gobierno, debido a las protestas políticas y populares que se unieron bajo la bandera antirreeleccionista (1909), causando en seis meses que el poder político porfirista se desmoronara, después de que Francisco I. Madero convocara al levantamiento armado (1910).

Por otro lado, los hacendados, las élites metropolitanas, los dueños de las minas y fábricas, así como los extranjeros, fueron quienes detentaron el monopolio de la riqueza, por lo que por proximidad de relación estos ostentaron el poder político. Logrando, así, pues, que la sociedad del libre mercado, paulatinamente, mostrara la pretensión de limitar los poderes del Estado al mínimo. Así, coincidió con la teoría del Estado mínimo de Bobbio⁸⁹ en la cual el Estado debe gobernar lo menos posible, permitiendo que fueran las élites las que se expandieran. En respuesta a esta situación, campesinos, obreros y la pequeña burguesía movilizaron protestas para reñir contra las desfavorables condiciones económicas

⁸⁹ Bobbio, Norberto (2018), *Estado, Gobierno y Sociedad: Por una teoría general de la política*, Segunda edición, Fondo de Cultura Económica, México, p.176

y políticas, pero, sobre todo, para cesar el sistema económico que beneficiaba sólo a la élite, lo que produjo miseria y pobreza en las mayorías.

El porfirismo, como sistema político, se dio a conocer por negar el latente conflicto social que se gestaba en su país. Dicha negación generaría la instauración de mecanismos institucionales que causarían más problemas. Contra esta pretensión, está la idea del Estado nación maquiaveliano, que propone la concepción de un cuerpo esencialmente dividido, con una aceptación del conflicto entre las fuerzas sociales. Bajo esta perspectiva, el poder político se inclina por apoyar la composición civil para imposibilitar las condiciones que conduzcan a una nación a caer bajo el dominio de una tiranía o en la construcción de levantamientos sociales.

De acuerdo a esto que se afirma, según Maquiavelo, lo que establece la duración o salud de los Estados es el antagonismo civil, con lo cual, no era el orden o armonía social quienes mantendrían el poder político y las libertades, sino el conflicto entre las partes contrapuestas. Pues mediante esta visión de contraste entre las dos clases, los “humores”, se obtendrían los mecanismos institucionales que darían solución a los conflictos sociales, adquiriendo, a su vez, el desarrollo de un gobierno mixto que confirmaría el ordenamiento público ideal en el cual descansarían la unión y mezcla de diversos principios políticos.

Las diferencias de los proyectos de Estado nación entre el hecho consumado porfirista y la idea maquiaveliana, derivó de sus favoritismos sociales. Maquiavelo aconsejaba al príncipe estar de lado de las mayorías, pues estas le permitirían seguir gobernando y que el Estado logre fundarse, mantenerse y crecer, así, hasta lograr unir a los individuos, para formar una nación. En el hecho porfirista, el proyecto de nacionalismo fue apostado por las minorías. La visión de Díaz era fundar un Estado y una nación mexicana que estuviera al nivel de los demás países capitalistas, fue por ello por lo que el caudillo inclinó gran parte de su poder político a quienes tenían dominio de las riquezas para beneficiarlos. Fue así que, el detentador del poder político y las élites de la economía, tuvieron la necesidad de la fuerza represiva para mantener el dominio. Lo que generó la

perpetua división de clases y la desigualdad entre propietarios y desposeídos. Pero, cuando el Estado mexicano necesitó de la burguesía y de los extranjeros para calmar la crisis interna, estos no salieron en su auxilio. El pueblo mexicano, en cambio, respondió, pero en contra de él y su sistema político. Por esta razón, durante su última reelección en 1910, Díaz no duró más en su propio régimen.

Maquiavelo estaba convencido de que, para fundar un Estado libre y duradero, era necesario que existiera la *virtù* creadora del príncipe y que mediante el uso de la fuerza tomara al Estado para renovarlo. El florentino se halló lejos de creer que la república tomara forma de una democracia, pues, su ideal republicano tenía un matiz monárquico. En su opinión, los Estados libres no podían construirse sin la intervención o fuerza de algún soberano que tuviera una gran convicción por cambiar la realidad.

Para Maquiavelo la *virtù* del príncipe, entonces, es lo que creaba al Estado, no obstante, quien ayuda en su construcción es el pueblo, puesto que la renovación de la vida pública sólo puede darse cuando se permita que las mayorías tengan acceso a sus libertades políticas.

El señalamiento de Maquiavelo muestra que la idea de su Estado nación estaba limitada para el bien en común, por esto mismo, en ningún momento se debía edificar el poder político sobre el odio del pueblo, pues, bajo este sentido, este es mejor guardián de las libertades y del Estado mismo que los “Grandes” de la ciudad.

El florentino aconsejó que era mejor provocar a los “Grandes”, porque estos eran menos numerosos y, por consecuencia, eran más fáciles de dominar; en cambio, el pueblo era con quien tenía que gobernar y asignarlo su mayor aliado para construir un Estado que lograra durar para siempre. Es por consecuencia que, el poder político ha tenido que apoyarse en las clases sociales (“los humores”) aun cuando nunca han cesado de oponerse, debido a sus pasiones y deseos.

1.3. Instauración y permanencia dictatorial

En relación con el apartado anterior, ahora disertaremos sobre el arribo y la permanencia de los gobiernos dictatoriales. De nuevo, compondremos este siguiente escrito con lo que hemos estado estudiado con respecto al paralelismo del precursor maquiaveliano con el presidente Porfirio Díaz. Así, acabaremos por razonar la concepción de las dictaduras, al igual que discerniremos sobre el confrontamiento entre la ética y la política en estos regímenes.

Como se ha ido notando, en los anteriores capítulos se definió el perfil de los dictadores tras observar sus creencias y acciones en el precursor maquiaveliano y el presidente mexicano. Sobre todo, se enfocó en la figura de Porfirio Díaz, quien manifestó aspectos que lo diferenciaron del sujeto ordinario de su tiempo, y, a su vez, fueron semejantes a los que poseyeron otros líderes que impusieron su dominio antes o posterior a él. Dichos elementos han sido importantes a considerar, porque las reglas internas, que guían a este tipo de gobernantes, les son propias y autónomas. De tal modo que marcan su distancia con la moral y la religión, y resultan en técnicas y prácticas que laboran en la política.

Al regirse de forma distinta los gobernantes, caímos en la cuenta de que las leyes políticas y sociales se originan desde la sede del poder representativo. En el caso de la dictadura, las normas son promulgadas según las creencias del gobernante, las cuales convergen con sus ideales y criterios concerniente a cómo debe estar conformado el orden común, lo cual lo relaciona con el gobierno paternalista.

Asimismo, pusimos al descubierto otros elementos fundamentales que están relacionados con el poder político, tales como la astucia y la sagacidad. El develamiento ha mostrado cómo los gobernantes han logrado distinguirse dentro

de las sociedades, sobre todo, los dictadores, y lo que ha generado su notoriedad, hasta remontarlos como dirigentes.

En el caso de las dictaduras, los autócratas, durante su cargo, han profesado el arte del disimulo en la política y el perfeccionamiento de la retórica. Ya que, para obtener y continuar en el poder, tuvieron que contar con el respaldo popular. El tema ha sido estudiado por varios estudiosos, entre los que destacan Max Weber. A principios del siglo XX, el autor ahondó sobre las formas de legitimización en el poder, entre las cuales se encuentra la popularidad, porque, dentro del marco de la historia de las civilizaciones, los caudillos han validado su autoridad por su gracia política; la cual robustece la preferencia popular, así hasta promover su llegada al poder político⁹⁰.

De igual manera, Maurice Joly manifestaba que este tipo de jefes políticos siempre se han mostrado en la historia humana. Lo que ha relacionado el empleo del poder por un solo hombre. Por lo que el ordenamiento político y civil de forma gradual se construye bajo la firmeza y arbitrio de este; y esto debido a una anuencia con la sociedad, la cual declaró su preferencia de gobierno al momento de escogerlo como su líder.

Así mismo, Joly exponía que este tipo de regentes se logran afianzar en los gobiernos democráticos. Ya que en los regímenes populares se terminan de perfeccionar los mecanismos jurídicos y culturales. Es así que las dictaduras se impregnan de forma total en las sociedades. Lo cual les permite controlar las libertades de las personas con ayuda de las instituciones públicas; así como los organismos privados que simulan estar al amparo de las libertades de opinión y de la prensa.

Por otro lado, Fernando Savater dice que esta forma de dictaduras es frecuente en las democracias actuales. Pues estas se proclaman a favor de las garantías individuales, no obstante, sus propósitos son mezclarse con el medio

⁹⁰ Para mayor información véase en Weber, M (2016) *El político y el científico*, México, Colofón, p.9.

democrático para así entrometerse en la vida pública y privada⁹¹. De tal manera que se adueñan de las instituciones y de los organismos particulares. De ahí que el filósofo, al igual que Joly, afirma que los instrumentos maquiavelianos prosiguen en las acciones gubernamentales, y, ante todo, en los gobiernos democráticos.

Continuando con este tema, Nicolás Maquiavelo lo tomó en cuenta, pues, su punto de vista se enfocaba en las formas de posesión de los territorios, en donde se encuentra la idea del centauro, un razonamiento derivado del capítulo XVII de *El Príncipe*. El funcionamiento de tal propuesta depende de los artilugios del control social: las leyes y la coerción. Para esto, la idea del centauro se abocó hacia las formas de ordenación civil, porque con ellas se fijaban los fines de la fuerza pública y sobre las formas de configurar el consenso.

Además de tomar en cuenta al orden público y al beneplácito, Maquiavelo sopesó la importancia de llevar a cabo la disuasión. Así atribuía que la práctica del engaño era crucial para el gobernante, pues este ayudaría a la obtención de su victoria en un nuevo territorio.

Así pues, Maquiavelo intuía la necesidad de un nuevo orden en el Occidente de su tiempo. Pero, para fundarlo, según el autor, era necesario que el gobernante estuviera dispuesto a conservar el poder político. Sin embargo, aunque el florentino indicó la importancia de gobernar solitariamente, estimó también las alianzas.

De ahí que el florentino consideró a las dos clases sociales peculiares de un Estado republicano: el pueblo y los aristócratas. A lo largo del trabajo se ha dado a conocer que Maquiavelo sugería al gobernante estar del lado de las mayorías; puesto que su inapetencia por el poder político garantizaba el orden civil y de la política. Por tal razón, es como el Estado acabaría por desarrollarse.

Por otra parte, Maquiavelo había cavilado sobre las minorías de igual manera. Estimó que este grupo era eficaz por sus habilidades e inteligencia. Sin

⁹¹ Cfr. Savater, F. (2009) Del exterminio democrático de la democracia, *La tarea del héroe*, España, Ariel, p.335.

embargo, existía el riesgo que en alguna oportunidad lidiarían por el poder político, así hasta adquirirlo, y con ello establecer su propio gobierno. Al sobrevenir este hecho, el florentino apercibía que el dominio político se determinaría en oprimir al resto de la población. Con ello tendría lugar una clase de tiranía preparada por los aristócratas. Por lo que, el Estado y el gobierno se hallarían en pugna entre el pueblo y las minorías; y, por consecuencia, el orden civil y político jamás lograrían acrecentarse.

Ahora bien, el desarrollo descrito por Maquiavelo ha permitido entender cómo las dictaduras se han constituido, a un mismo tiempo, ha permitido interpretarse como un producto elaborado por la conexión entre los grupos de poder. De ahí que la participación del autócrata en la vida política y civil resulta útil para las élites, en vista de que éste opera para defender sus intereses, partiendo de los medios coercitivos y jurídicos. Más aún, a través de instrumentos políticos como la cooperación de los grupos pequeños, pero poderosos, el jefe de Estado se acredita para establecer el orden común e institucional, esto también lleva a abordar el tema de la violencia gubernamental; la cual consigue su legalidad en la sociedad, precisamente, por ajuste de dichos grupos con la autoridad.

Conviene subrayar lo siguiente. Norberto Bobbio mencionaría que las dictaduras que llegan al poder mediante las revoluciones se fortalecen con apoyo de las élites⁹². Del mismo modo, Juan Federico Arriola agregaría que los autócratas se afianzan con favor de las instituciones, las cuales se reafirman con la asistencia de los tecnócratas. Incluso, además de las revoluciones, los golpes de Estado o los cuartelazos, según Arriola, integran del mismo modo la distribución del nuevo ordenamiento civil y político⁹³. Por ende, se halla que el poder político es apropiado por una minoría, la cual usa la administración pública de manera metódica y precisa.

⁹² Para mayor información véase en Bobbio, N. (2018) Democracia y Dictadura, *Estado, Gobierno y Sociedad: Por una teoría general de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, p.220

⁹³ Para mayor información véase en Federico Arriola, J. (2000) Golpe de Estado, *Teoría general de la dictadura: reflexiones sobre el ejercicio del poder y las libertades políticas*, México, Editorial Trillas, p.41.

Los hechos acontecidos en México entre los años de 1876-1911 demuestran lo explicado. En vista de que el bloque histórico en el cual se fue desarrollando, la nación fue dominada por nuevos grupos dominantes. Tal afirmación puede observarse en la presencia del Estado gendarme y de sus intelectuales. Leopoldo Zea afirmó que los Científicos fueron los que habían constituido la hegemonía cultural en México, pues, al momento de adaptar el método positivista en los espacios culturales y políticos, se fueron acomodando a las nuevas condiciones de vida en la población, las cuales dominaron las creencias y opiniones públicas de los individuos. De este modo lograron sustentar el control ideológico y, a su vez, el dictador logró mantenerse en el Estado.

El porfiriato impulsó el desarrollo cultural y económico, gracias a que la hegemonía estuvo en manos de los intelectuales. Al crearse la alianza entre Díaz y los eruditos, paulatinamente, apareció una nueva sociedad: la burguesía. Los integrantes de esta reciente clase, junto a nuevos conjuntos políticos, empezaban a tener mayor incidencia en la vida pública y privada de México, sobre todo, para velar también por sus propios intereses. Ante tal influencia, se generó un Estado gendarme y burgués, ya que el gobierno se encargó de vigilar y castigar a los individuos que se sublevaran o hicieran caso omiso de la *pax porfiriana*.

La creencia progresista, que impulsaron los intelectuales del régimen de Díaz, estaba determinada a sólo producir resultados cuantificables. La técnica y la pragmática tuvieron mayor adaptabilidad al gobierno y los tecnócratas ajustaron al Estado mexicano a las necesidades de las minorías. Esto indujo la creencia de la diferencia social entre ricos y pobres. Dicha manera de pensamiento hizo que el gobierno se distanciara de las mayorías y se alejara de las responsabilidades que tenía con el bienestar de la ciudadanía en general. Surge una contrariedad de deberes que consistieron, principalmente, en reprimir a la población en vez de salvaguardarla. La dictadura porfirista sirvió a los intereses de las minorías y, con influencia de los Científicos, los poderes del Estado mexicano protegieron las finanzas de los extranjeros.

Con el paso de los años, la opinión pública también fue controlada por las minorías, sobre todo, para disfrazar lo que la influencia progresista también provocaba, como la división social. No obstante, esto ya había acontecido desde que los liberales triunfaran a partir del año de 1867, hasta ser relevada por el positivismo. Los cambios ideológicos se llevaron a cabo por los nuevos intelectuales (como lo fue Gabino Barreda y posteriormente Justo Sierra), quienes introdujeron las ideas que harían posible el cambio en el orden social. Más adelante, también desarrollarían los institutos instructivos que intervendrían sobre la conciencia de los pueblos e influirían en la educación de los futuros aristócratas. Aunque, los centros culturales y de comunicaciones tuvieron un mayor desarrollo durante el porfiriato, y la economía también tuvo un mejor desempeño en el país. Por lo que, el ejercicio intelectual sobre la sociedad alimentó el dominio absoluto que poseía el régimen sobre los individuos.

Al complementarse el Estado con el avance económico y la ideología de las nuevas clases dominantes, el régimen subsistió por diversos mecanismos. Entre los cuales se encontraban los medios de comunicación (como fue el periódico *El Imparcial*) y la colaboración con la Iglesia católica (en participación con el arzobispo Eulogio Gillow y Zavalza principalmente). Antes de lograrse la consumación liberal en México, a partir de 1821, ésta estuvo involucrada por excesivos conflictos en su interior, principalmente, por la rivalidad entre liberales y conservadores. El enfrentamiento entre ambos trajo la inestabilidad, lo que no permitió el desarrollo de la nación. No fue hasta que los liberales triunfaron en 1867 con Benito Juárez en la presidencia. No obstante, la estabilidad política, social y económica no lograba formalizarse aún, debido a varios factores, entre ellos, al incesante conflicto del Estado con la Iglesia, así como por el control de los medios informativos. Fue durante el porfiriato donde se obtuvo el control de ambos, hasta concebirllos como dispositivos del Estado, por lo que le permitiría, finalmente, controlar la opinión y creencias de sus gobernados.

Con estos mecanismos, el gobierno sujetó la contingencia social al someter la ideología de los individuos y subyugarla para evitar cualquier intento

revolucionario o golpe de Estado. De igual manera, entre sus estrategias estuvieron la contención de la insurrección de los caudillos, al reemplazar a la Guardia Nacional por un Ejército nacionalista; la instauración de un control de vigilancia a través de una organización política, para someter legalmente a los individuos; la edificación de cárceles para detener a opositores políticos y a críticos del gobierno; y apoyarse de fiscalías estatales, así como de policías rurales, para imponer el orden en las zonas agrarias.

De la misma manera, el Porfiriato también eligió a modo a gobernadores, diputados, alcaldes, jueces, caciques y funcionarios públicos, para preservar el dominio político en el país y emplear la fuerza en contra de los rebeldes y opositores del régimen. Tras haber fijado los dispositivos que controlarían cualquier tipo de sublevación, se aseguró un control sobre los posibles arrojados en contra del orden establecido. La nueva hegemonía estableció un completo dominio sobre la sociedad y por ello emergió una colectividad ordenada, la cual permitiría la elevación de la burguesía que distribuiría a sus individuos en los diversos puestos públicos del Estado. De esta forma, se configuró un nuevo orden social.

El gobierno del general Díaz y los tecnócratas estrecharon su colaboración, toda vez que el primero representó la fuerza, mientras que el segundo la ideología. El Estado porfirista perduró, por treinta y cuatro años, gracias al apoyo de estas sociedades civiles y políticas –generadas con ayuda de los tecnócratas–, pues, su participación fue significativa para el desarrollo del Estado, porque mantuvieron el orden y, consecutivamente, el progreso material. Tanto el Estado como los grupos dominantes sostuvieron el régimen, desde los años de 1888 hasta 1906, no obstante, este hecho fue notorio para las masas e hizo que los opositores políticos organizaran ataques certeros para ponerle fin a sus acciones.

Leopoldo Zea explicó que el dictador había sido un elemento necesario para mantener la hegemonía y esto argumenta el por qué al gobierno de Díaz se le denominó “la tiranía honesta”. La observación se asemeja a la de Antonio Gramsci, quien lo expresó en sus *Cuadernos de la cárcel*. En dicho texto, explicó que las sociedades civiles y políticas se correspondían, en vista de que en la

primera asociación erigían las bases ideológicas que construirían las normas, las creencias y las opiniones de las sociedades dominadas⁹⁴. También, apuntó a que en la sociedad política se disponían los instrumentos de coerción necesarios para conservar la hegemonía y así reunir tanto la fuerza como el consenso en la sociedad, igualmente, se establecía un régimen consistente, debido a la mutua ayuda entre ambas sociedades.

Por ello, Daniel Cosío Villegas añade que, durante el gobierno del general, se habían establecido institutos públicos de gran trascendencia, sin embargo, también reconoció que la vida política era autoritaria y desigual⁹⁵. El autoritarismo se mostró por sus claras diferencias sociales, ya que los aristócratas tenían mayor presencia dentro de los puestos públicos, estatales y federales. Aunque, por esta forma de dominación, el régimen porfirista se mantuvo. Por otra parte, Antonio Gramsci tenía razón al afirmar que la hegemonía cultural era quien establecía el dominio de las minorías y que la sociedad política fue valiosa; porque con ella prevaleció el control social, mediante la fuerza y el influjo de las leyes; aunque, también aseveró que sus gobernados estuvieron sometidos bajo la disposición de un dictador y avasallados por una cultura burguesa.

El desempeño de ambos bloques, el porfirista y el tecnócrata, determinó el orden y el desarrollo económico, los cuales, el progreso cultural y capital tuvieron como fin llevar a México a una etapa superior de desarrollo. Sin embargo, esto involucró que las condiciones sociales fueran arbitrarias y de favoritismos; es decir, los derechos políticos y sociales fueron constantemente suprimidos por los propietarios del capital nacional y extranjero, lo que originó diversos atropellos a los derechos de los trabajadores y ciudadanos, que, por consecuencia, los había restringido a elegir un mejor estilo de vida. Asimismo, con ayuda del gobierno, fue que se agravaron las condiciones de subsistencia de las clases sometidas. Generando revueltas, golpes de Estado y revoluciones en contra del régimen porfirista y su hegemonía cultural.

⁹⁴ Cfr. Gramsci, A. (2018) *Pasado y presente: Cuadernos de la cárcel*, México, Gedisa, p.113.

⁹⁵ Para mayor información véase en Cosío Villegas, D. (1996) El porfiriato: la era de la consolidación, *El historiador liberal*, México, Fondo de Cultura Económica, p.p. 390-398.

Por esta razón, las dictaduras buscan controlar las causalidades, de tal modo que las circunstancias los favorezcan, para seguir extendiendo y mantener su dominio en las sociedades. Los deseos de subsistir las han movido a relacionarse con otras comunidades de poder, de tal forma que llegan a generar nuevas culturas, lo que ha arribado, paralelamente, al asentimiento de otros ordenamientos civiles y políticos. No obstante, no todas las coyunturas han podido ser sometidas por ellas. De ahí que las revoluciones y golpes de Estados han sido ineludibles durante las crisis económicas y políticas.

La figura del dictador en el gobierno ha sido decisiva para pensar sobre los bloques de poder. Díaz, en este caso, representa serlo. Aunque, para haber logrado un dominio absoluto, su gobierno necesitó conformar una cultura que encarnara los valores de su régimen, con el fin de llevar a cabo el reordenamiento civil. Para ejecutarlo, le fue necesario unirse con nuevas clases sociales y, sobre todo, integrarse a su ideología y capital. Por esta razón, las asociaciones civil y política se adaptaron a las condiciones inestables del país, hasta promover el orden y el progreso, llevados de la mano por una élite conformada por caudillos, empresarios y extranjeros.

Hasta aquí podemos reflexionar sobre lo que fue el dominio de aquel entonces. Incluso, se puede pensar acerca del origen del Estado, pues el proceso de concentración de poder ha sido inexorable a lo largo de los años. Mas, cuando sus propósitos han sido la conquista y la monopolización de determinados territorios. De ahí que ha sido esencial su mantenimiento a partir de las leyes y el aparato coactivo. Actualmente, esto ha sido un problema para las sociedades en países democráticos. En vista de que los Estados son tentados, a cada instante, a constituir un aparato administrativo que monopolice la fuerza pública, hasta excusar las acciones crueles de los Estados y sus gobiernos. Lo que incitaría a ser acaparado por las sociedades de clase alta y extranjeras, que también se aprovecharían de las leyes y de los institutos para sus beneficios.

La discreción llevada a cabo por los dictadores en sus gobiernos ha sido importante, porque con ella han continuado sus hegemonías. La circunspección de

los gobiernos autócratas ha autorizado la adición de socios en el poder, a fin de que colaboren en la protección del régimen. Tal manera de participación serviría para configurar bloques culturales y de poder que intervengan en las sociedades. De esta forma logran permanecer por varios años, ya que la contribución de las élites en las dictaduras ha hecho que mejorasen los institutos de vigilancia. Incluso, hacen que los institutos culturales se conviertan en medios disuasivos eficaces.

Maurice Joly consideraba que las sociedades propenden a ser regidas por los gobiernos absolutistas. Ya que los líderes con gran atracción popular y las élites son sujetos que disponen del talante y de la capacidad para poseer el poder político. Del mismo modo Maquiavelo lo creyó, en vista de que había juzgado que los hombres de talento y con voluntad son quienes conciben las alteraciones en la vida de las sociedades. De tal modo que se establecen los Estados así como nuevas organizaciones civiles y políticas.

En cambio, Norberto Bobbio expresó sus inquietudes con las formas en que se yerguen las hegemonías en las democracias. Aseguraba, a su vez, que eran los ciudadanos los que debían de erigir su gobierno democrático. De forma que su Estado actuara en beneficio de las comunidades, y de ser así, causar las consecuencias precisas para que la política se encontrara en manos de sus civiles. De lo contrario, el poder político seguiría bajo el control de las élites y los autócratas.

Los hechos políticos acontecidos entre 1876 a 1911 evidenciaron que el dictador y las élites se adueñaron del poder político, económico e ideológico. Esto contrajo una mayor seguridad en el país, pero, además de protegerla, la vigiló y la acechó, de tal manera que intervino en la vida privada de los individuos; con el fin de impedir cualquier tipo de insurrección o desobediencia civil. Por parte de los intelectuales, se crearon las bases de la cultura que permitieron el desarrollo económico, salvo el de preservar los derechos igualitarios de los mexicanos. El orden y el progreso lograron hacer marchar al Estado mexicano con ayuda de los instrumentos políticos de la *pax porfiriana*; pero, no fue lo suficientemente eficaz,

ya que sería derrocado cuando un grupo de individuos se emanciparon para consumir una guerra civil que instauraría también un nuevo régimen, que a su vez engendraría otra dictadura, pero revolucionaria, y que duraría más tiempo en el país, casi un siglo.

1.4. Los oligarcas y el pueblo

El siguiente tema expone sobre la oposición entre las clases sociales y las sediciones. Cabe mencionar que, a lo largo de este trabajo, hemos comentado sobre esta cuestión. Por ejemplo, en el primer capítulo, en los apartados de “la elucidación del miedo” y “el momento dictatorial”, hablamos con respecto a la disidencia y referente a la opción conveniente para gobernar. Después, en el segundo capítulo, en las secciones “potencia y reputación”, y “nuevo orden y potentados” consideramos las maneras en cómo el presidente dirigió a las mayorías y a los acaudalados.

Ahora, para este siguiente escrito, extenderemos y profundizaremos el tema, pero, se integrarán puntos de vista de politólogos y filósofos contemporáneos, con el fin de asentar un cuadro histórico y teórico, que expondrá con mayor claridad el ambiente por las que las dictaduras se desarrollan. Las cavilaciones maquiavelianas adquirirán una nueva interpretación, para resignificar la manera en la que se hace referencia a las causas que inspiran y congregan a las personas, sobre todo, para erigir un gobierno democrático, dentro de un régimen dictatorial.

Como dijimos al principio, en anteriores capítulos se disertó sobre cómo se conforman las clases sociales durante la fundación del Estado y el gobierno, desde la concepción maquiaveliana. Acerca de este alegar, dijimos que Nicolás Maquiavelo, como estadista de la política, atisbó sobre el comportamiento del vulgo y la aristocracia. Lo que lo llevó a juzgar sobre la existencia de la voluntad y exigencia que surgen de estos dos colectivos. Por ello, el florentino recomendó a

los gobernantes atender a las mayorías, en vista de que esta reúne la fuerza para instaurar un Estado y una nueva sociedad.

Asimismo, se dijo que Maquiavelo prestó atención sobre la codicia de los pudientes por el mando del Estado y de que el poder político del gobernante suscita el afán de desposeérselo. Este probable hecho dirigió al pensador político a estimar sobre el marco institucional y la responsabilidad civil, puesto que, para preservar al Estado, la mayoría debe involucrarse. De esta manera, se construiría una protección recíproca entre el mandatario y la gente.

Uno de los temas recurrentes en la política ha sido en que todo momento, el poder político ha generado riñas con el fin de su obtención, a su vez, ha causado luchas sociales que se han prolongado por muchos años, hasta el punto de que llegan a surgir nuevos liderazgos, regímenes y movimientos culturales.

El remedio que Maquiavelo propuso fue que se implantara un régimen dictatorial. Dicho propósito planteó lo viable que podía ser este tipo de gobierno para asentar el orden político y civil, así como atraer las herramientas que ayudarían a fijar el progreso material. Pero, con la condición de que apareciera el líder conveniente que consiguiera mantener el poder político. Con esto es como su nuevo régimen obtendría los medios que le asistirían, para guiar a su población a un mejor lugar y a tener mejores circunstancias. Sin embargo, además de tener el poder absoluto el dirigente, también era conveniente que la gente se encontrara asociada con su gobierno. De esta manera, las circunstancias del poder político ocasionarían la aparición de un sistema político organizado y funcional. Maquiavelo advirtió sobre lo práctico que podía ser la dictadura a condición de que contribuyera a fijar las bases de la vida política.

A lo largo de este trabajo, se ha ido explicando que las dictaduras se configuran con apoyo de otras élites, hasta producir las bases que sostendrían al Estado junto a su hegemonía. Esto evidencia la participación de pequeñas comunidades que mantienen el poder político, en cuanto el dictador opera para ampararlos. Es así como los gobiernos democráticos no han conseguido

desarrollarse. En vista de que estas asociaciones han impedido que las mayorías se incluyan en la vida pública de forma total y esto ha ocurrido debido a su desesperanza con la población.

El pesimismo político siempre ha formado parte de la vida pública. En vista de que la inconformidad de las élites imputa su opinión negativa hacia el gobierno popular, pues creen que este sistema los conducirá hacia una tiranía de las masas. Además, juzgan que su imprudencia e irracionalidad desatarían la anarquía en el país.

Conforme a la distinción de clases es, por consiguiente, que surgen las hegemonías, lo que da comienzo al ascenso de nuevas autoridades civiles y culturales, generado, principalmente, por el desdén de las élites hacia los pueblos. La división social hace emerger las autoridades arbitrarias y por esta razón se configuran sociedades de poder, que entorpecen el recorrido de los países hacia las democracias.

Norberto Bobbio percibió que, desde épocas tempranas, los gobiernos democráticos eran repudiados por las élites, pues, consideraban que las multitudes eran irracionales y ambiciosas. De tal suerte, que se fundaría el desorden social, así como el derrumbe de los Estados. En cambio, el filósofo italiano planteó, de igual manera, que esto se debía a una creencia que buscaba asegurar que el poder político fuera para unos cuantos, ya que se presuponía que la política se regía entre gobernantes y gobernados, o bien entre amos y siervos.

La forma de gobierno jerárquico se mantuvo durante siglos. No fue hasta que emergieron nuevos ideales que profesaban la idea de reducir la actuación del Estado en la vida privada, entre las cuales estuvo el liberalismo. De este modo, brotó una nueva forma de política, que motivó a las aglomeraciones y a los insurrectos a demoler las bases del Antiguo Régimen, hasta edificar los nuevos soportes que cederían al cambio de gobierno.

Sin embargo, los propósitos de organizar gobiernos democráticos aún seguían sin tomarse en cuenta y sucedía porque aún se desconfiaba de los

pueblos. Cuando llegaron las nuevas administraciones liberales, a partir del siglo XIX, se esperó a que ocurrieran cambios en el poder político y que se les concediera a las aglomeraciones la oportunidad de participar en las decisiones políticas. Por el contrario, se constituyeron gobiernos representativos, los cuales intercedieron en el resguardo de los intereses de las nuevas burguesías. De esta manera se incluyeron nuevas élites en los Estados.

Además de apoderarse del poder político, los gremios también realizaron cambios estructurales en los gobiernos y redujeron al mínimo la influencia del Estado en las sociedades. De forma consecutiva, se condujo al poder político a desempeñarse en los intereses económicos de las minorías. Los poderes económicos comenzaron a gobernar junto al poder político, lo que convirtió al Estado en un aparato de beneficio de las minorías y traería consigo una nueva división social, en el que erigirían una clase social dominante, así como una ideología que controlaría los poderes políticos y económicos.

Luis Villoro comentó que esta se funda con la intención de dominar a las conglomeraciones, pues, al momento en que las clases dominantes adquirirían el poder político, las creencias y opiniones fueron sometidas para ser forjadas conforme a sus términos⁹⁶. Antonio Gramsci añadió que los intelectuales eran quienes moldeaban las convicciones de las sociedades y, en función de su control de los espacios culturales, manipulaban las comunicaciones⁹⁷. Es así como un pensamiento operaba según los intereses de estas pequeñas comunidades acaudaladas. De tal modo, se engendraban las hegemonías en las dictaduras. Pero, para robustecer sus poderes, las elites acudían a las leyes y al poder coercitivo del Estado. Así garantizaban su dominio de forma definitiva en las sociedades. Norberto Bobbio agregó, de modo similar a Gramsci, que los Estados respondían como centinelas, en base a preservar el patrimonio y riquezas de las

⁹⁶ Para mayor información véase en Villoro, L. (1999) 8. El pensamiento reiterativo. La ideología. *El poder y el valor: Fundamentos de una ética política*, México, Fondo de Cultura Económica, p.p. 175-197.

⁹⁷ Para mayor información véase en Sacristan, M. (2013) *Antonio Gramsci. Antología*, México, Editores Siglo XXI, p. 317.

élites, esto explica que los bloques de poder contribuían a mantener de pie la hegemonía cultural en las dictaduras.

Leopoldo Zea expuso esta dificultad en México y lo aproximó al porfiriato. Él apuntó a que, durante estos años, las élites se instauraron con apoyo de Porfirio Díaz, pero establecieron la desigualdad social en la nación, esto ocasionaría el desenvolvimiento de una ideología predominante hacia los grupos más vulnerables, la cual se respaldaría a través de los dispositivos coercitivos del Estado. Bajo este sentido, se comprende por qué las sociedades se encontraban totalmente sometidas. El avance de su influencia tomó mayor alcance cuando se pensó en suscitar el progreso, lo que demandó la ayuda de la ciencia para que se introdujera. De acuerdo con Saffo Testoni Binetti⁹⁸, a principios del siglo XX, acaeció una “fe por el progreso”, que consistía en producir consecuencias necesarias que trajeran el estado de bienestar.

México vivió el influjo de la doctrina positivista, la cual, desde mediados del siglo XIX, cobró mayor presencia en la cultura, en los medios económicos y políticos. Al mismo tiempo, la influencia de la idea del progreso impulsó a los líderes políticos a descubrir medios que provocaran el desarrollo material. Esto hizo de menos a las clases indígenas, debido a que la búsqueda de la prosperidad exigía la exclusión del pasado. A fin de alcanzar el avance social, se requirió impedir la regresión histórica. Para ejemplificar esto último, Justo Sierra, en su obra *Evolución política del pueblo mexicano*, afirmó que la historia mexicana se podía visualizar mediante procesos evolutivos. Según el positivista, esto evidenciaba el desarrollo social y probaba el escalamiento de las clases predilectas de su época: “la sociedad es un ser vivo, por tanto, crece, se desenvuelve y se transforma; esta transformación perpetua es más intensa al compás de la energía interior con que el organismo social reacciona sobre los elementos exteriores para asimilárselos y hacerlos servir a su progresión”⁹⁹. Tal

⁹⁸ Saffo Testoni Binetti, *Progreso*, en Diccionario de política, Siglo XIX, México, Fondo de Cultura Económica, 2015, p. 1287.

⁹⁹ Sierra, J. (2009) *Evolución política del pueblo mexicano*, México, Porrúa, p.282.

explicación intentaba alegar la superioridad de su clase social y excusaba su dominio sobre las demás razas, así como sobre el de las clases sociales.

Perfeccionar dispositivos de control sobre el Estado, requiere de disciplinas ideológicas que influyan sobre los gobernados. Gracias a este aporte, la dictadura porfirista diseñó un plan de progreso. Aunque, para conseguirlo, el costo fue que el régimen permitiera el surgimiento de nuevos sectores sociales, así como de nuevas clases altas, las cuales ajustarían su visión en el gobierno mexicano, para subordinarlo y beneficiarse de su desarrollo económico y cultural. Hubo abundancia financiera durante el porfiriato, mas, también llegó a marcarse una división muy fuerte en el país, siendo algo predecible para la teoría planteada por Maquiavelo, ya que, bajo estas mismas circunstancias, las dictaduras siempre buscarán aumentar su capacidad de control sobre las sociedades a costa del equilibrio de estas mismas.

Aunque, la cuestión social en la política, afirmada por el mito positivista, ayudara a consolidar la hegemonía ideológica; es decir, el progreso, también sentó la dificultad para el desenvolvimiento de la vida democrática en México, sembrando el riesgo para el mismo Estado. Ante tal situación, aparecen discursos que critican a las clases prodigiosas de la dictadura porfirista, pues, describen que esta invención mítica del progreso hizo coincidir el ascenso de las nuevas clases con el aumento de la riqueza nacional, de tal modo que pareció probar la superioridad de razas y clases, y, por tanto, validar la supremacía de las minorías sobre el resto de la sociedad. De acuerdo con Leopoldo Zea, las clases pudientes del porfiriato acreditaban su superioridad racial a partir de sus propios juicios, valorados mediante su propia doctrina. Dentro del orden de sus ideas, se desglosaban creencias que apuntaban a que la riqueza, la política y la ciencia eran compuestos obligados a coincidir, dado que eran necesarios, según sus convencimientos, para empuñar los poderes del Estado.

La opulencia individual facilitaba la adquisición de un cargo o puesto político y esto facultó a que burgueses y clases altas influyeran sobre las instituciones públicas, por lo que lograron afianzar beneficios para sí mismos. Además, según

Zea, los políticos positivistas, al inmiscuirse en deberes del Estado mexicano, causaron que los poderes políticos no protegieran a los sectores mayoritarios ni más desamparados del país. Los grupos privilegiados, en vez de arreglar la inequidad, justificaron su posición al acusar al resto del pueblo como gente aglomerada, desdichada, inculta y acaparadora.

Los positivistas se adueñaron del poder político y de las instituciones públicas, gradualmente, también se apropiaron de las iniciativas de gobierno. Esto fue una cuestión que le importó a Norberto Bobbio, pues, sostuvo que una de las dolencias que poseen las democracias es el advenimiento de los oligarcas en el poder¹⁰⁰. Igualmente, explicó que los gobiernos democráticos son tomados por una minoría, cuyo propósito es tomar control del poder político. Sin embargo, el filósofo también comentó que estas élites, primero, deben organizarse con el apoyo del Estado. Sólo de esta manera pueden disponer de todos los institutos públicos, así como de los de cultura y educación, para poder hacer que el gobierno tome como prioridad cubrir sus necesidades. Norberto Bobbio, además, expresó que las democracias no alcanzan a dilatarse, por lo tanto, las democracias directas tampoco llegan a formalizarse, en otras palabras, el gobierno popular no posee mayor extensión en la sociedad, debido al manejo gubernativo, porque, de forma representativa, las condiciones que someten al Estado impiden la colaboración de más individuos dentro de la política¹⁰¹. Los gobiernos sustentados por minorías poderosas sólo preservan la forma, no obstante, su contenido no llega a ser lo suficientemente fuerte para sostenerla.

En relación con el porfiriato, los intelectuales, como Emilio Rabasa, excusaron el modo de ser del gobierno, dando a entender que la democracia se encontraba bajo la protección de la dictadura¹⁰², y esta, a su vez, era mantenida,

¹⁰⁰ Cfr. Bobbio, N. (1992) La democracia y el poder invisible. *El futuro de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 65.

¹⁰¹ Para mayor información véase en Bobbio, N. (2018) La democracia representativa y directa, *Estado, Gobierno y Sociedad: Por una teoría general de la política*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 206.

¹⁰² Para mayor información véase en Rabasa, E. (2015) La dictadura democrática. *La Constitución y la dictadura*, México, Cien de México, p.p. 117-136.

además por el autócrata, por los positivistas. Esto explica que personalidades como Justo Sierra manifestaran que el progreso solamente podía ser conducido por los tecnócratas. La fuerza de este argumento permitió que se suscitara una alteración en la estructura del poder, pues, los caudillos comenzaron a ser suplantados por los positivistas, originando, por parte de los oligarcas, una nueva regulación en el poder político.

Al producirse nuevas sustituciones en el poder, hubo un mayor predominio de las ideas de los pequeños grupos privilegiados en la sociedad. Por consecuencia, las sociedades fueron divididas en función de la biología, la riqueza y la educación. Los grupos indígenas, de trabajadores y pobres –lo cuales eran en su mayoría– se hallaron abandonados por las instituciones públicas. Al mismo tiempo, fueron sometidos por el propio gobierno y los empresarios nacionales y extranjeros.

Para conseguir el tan ansiado progreso, así como el bienestar de las personas, la dictadura orilló a su población a ocupar oficios supervisados por la producción para incrementar la riqueza material. Aunque, lo cierto es que la búsqueda del sustento político y económico fue principalmente para que las nuevas clases, consideradas como medias, y las élites conservaran su poderío sobre el país. En tanto, por otro lado, el resto de la población, conforme a su condición social y laboral, fue instruida de acuerdo con la ideología dominante y permaneció vigilada por el aparato gubernamental.

Para el régimen, la doctrina positivista fue algo práctico y oportuno, sobre todo, eficaz para alcanzar sus objetivos. Sin embargo, la constitución liberal representó un obstáculo político. Según los positivistas, el liberalismo se destacó por ser una fracción crucial, para que el Estado mexicano se erigiera. Pero, su periodo, conforme a los científicos, había acabado, por ende, era preciso dejarlo de lado y seguir con sus proyectos de transformación. Al llevar adelante sus motivos, se comprometió la vida social y política. En vista de que el régimen afirmó una ordenanza conforme a las normas fundadas por los oligarcas.

En cuanto la democracia, durante el porfiriato, se manifestaron juicios donde se alegó que la autocracia era el medio por el que los pueblos alcanzarían su liberación. Con respecto a esto último, Paul Garner afirmó que el general se moldeó acorde a su época, donde el liberalismo y el caudillismo se combinaron, de tal modo, que provocó la aparición de un gobierno paternalista¹⁰³. Por ello, la democracia se fue transigiendo y consiguió fundar las instituciones públicas. Asimismo, Emilio Rabasa defendió la dictadura democrática, basándose en que la constitución liberal ocasionaba dificultades para el progreso del país. Por esta razón, fomentaron la creencia de que, para robustecer la vida democrática, era preciso instaurar un Estado autoritario.

Ahora bien, esta forma de dictadura democrática representativa fue justificada por los intelectuales. Al sobrevenir este modo de resguardo político causó que se originara un dominio hegemónico mediante la ideología. De tal suerte, los grupos de oligarcas se adueñaron del poder político. De manera semejante, cabe señalar, lo hicieron con los demás poderes: el económico y cultural. Es así como el régimen se fue consagrando, con el propósito de que se sostuviera, aún después de que el autócrata sucumbiera.

Lo hasta aquí dicho sobre el dictador y los oligarcas ha revelado que ambas figuras han sido componentes para consolidar las hegemonías autoritarias. Aunque los poderes políticos oscilan en medio de estos dos grupos, lo que habría que decir es que la facultad del Estado se halla en constantes disputas entre el dictador y los oligarcas. De la misma manera, al momento de ser encomendado el Estado por alguno de estos, se conoce el tipo de gobierno que conducirá a la población.

A finales del porfiriato, el poder absoluto fue detentado por los positivistas y la población protestó en contra de las minorías déspotas. La gente pidió que les quitaran sus cargos públicos, para dar comienzo a la democracia real. No

¹⁰³ Cfr. Garner, P. (2015) La conversión de Díaz al liberalismo. *Porfirio Díaz: Entre el mito y la historia*, México, Crítica, p. 57.

obstante, los reclamos no se atendieron, así que, posteriormente, aparecieron grupos de anarquistas y liberales, que continuaron exigiendo la renuncia del presidente y de su gabinete.

La intervención de los oligarcas en la vida pública derivó de que los pueblos se declararan en contra suya. En vista de que la demarcación social y política se definió de tal manera que hubo determinados grupos favorecidos, por lo que, al provocarse esta forma de discrepancia, se debatió la hegemonía entre el pueblo y la aristocracia. La riña también fue causada por la ausencia del autócrata en la sociedad y ante esta falta del jefe central, se incrementaron las pugnas entre las clases sociales.

Teóricos como Maquiavelo, Meinecke y Schmitt aseguraron que el poder político tenía que ser manejado por un sólo sujeto, hasta que se erigiera una sociedad civil y política. En cambio, Luis Villoro se mostró desconfiado de las ideologías y la política, ya que consideró que es por medio de la incitación de las creencias que se puede someter a los individuos, a un mismo tiempo, conforme a las normas de los grupos dominantes. Esto último quiere decir que las asociaciones ideológicas siempre colaborarán para fundar un régimen autoritario. Ante ello, se explica la incertidumbre en la vida democrática, dado que, en el interior de los sistemas políticos, siempre se manifestará la rivalidad por el poder.

Norberto Bobbio expuso también que, para lograr construir un gobierno democrático, se debía resaltar la vida pública. Puesto que, según el filósofo, los políticos suelen practicar la política de la vieja usanza, esto es, a través de la simulación y la disimulación de sus actuaciones. En consecuencia, el pensador previno de los poderes invisibles que se expresan desde los escondrijos de los políticos, para así evitar que sus secretos sean conocidos por el público. De esta manera, las dictaduras se conforman, desde su interior ocultan los propósitos de los autócratas y oligarcas, sin más luz que la que ellos deseen permitir para interpretar sus proyectos materialistas.

1.5. La dictadura entre la autocracia y la libertad

Estamos por concluir con el último apartado del capítulo final. Pero, antes de finalizar es importante referir la conexión que existe entre el gobierno dictatorial con el democrático. Lo que nos lleva a decir que la lectura maquiaveliana nos llevará a revisar, finalmente, lo que representó la razón de Estado porfirista, así como ésta, después de todo, trazó el sendero hacia la democracia.

A lo largo del trabajo de investigación se ha hecho alusión al pensamiento maquiaveliano, el cual expuso que los gobiernos de tipo autócrata son mandados por la razón de Estado. Asimismo, esta forma de racionalidad política se define por sus modos técnicos y pragmáticos con el poder político. Los cuales son manejados con la finalidad de conservar al régimen.

Al mismo tiempo, expresamos que los gobiernos dictatoriales son vulnerables. En vista de que los regímenes autócratas conducen hacia errores políticos o malos cálculos de sus estrategias, incluso, a preferir a los sectores sociales o socios incorrectos. De donde resulta que los regímenes dictatoriales se derrumban, para así dar lugar a nuevos gobiernos que establecerían su propio orden social y político.

Nicolás Maquiavelo, en su obra *El Príncipe*, cabe reiterar, fijó su postura acerca de los desafíos que tienen los nuevos gobiernos, así como a los jefes de Estado para establecer el régimen. Luego, en sus *Discursos...*, señaló que los fines del nuevo orden político tenían que estar predispuestos a consolidar la vida civil y política. De modo que la nación acabara por desarrollarse y así ampliar sus instituciones públicas, por lo cual el Estado se perpetuaría.

Es por esta razón que hemos dicho que las dictaduras se han denotado a lo largo de los años, y al momento de manifestar sus propósitos de someter a los demás individuos, formó, por consecuencia, la creencia de impulsar el orden y desarrollo de las civilizaciones. Ocasionando que la razón de Estado se encaminara a administrar la vida humana. A fin de cuentas, las intenciones de

estas acciones fueron suscitar un mejor desarrollo en la vida civil, para que así la política se manejara en beneficio de la nación. Guiado, principalmente, por un líder o elites convencidas de sus propias ideas, las cuales suponían que sus actos eran los adecuados para que los demás individuos vivieran libremente. Asimismo, opinaban que sus acciones debían ser aprobadas y admiradas por las futuras generaciones, a pesar de que estas fueran, en ciertas ocasiones, injustas y crueles.

De hecho, Frederich Meinecke entendía que la razón de Estado influía en el desarrollo de las sociedades. Incluso, comentaba, a un mismo tiempo, que incentivaba la creación de las instituciones públicas, como lo es el Estado de Derecho. Precisamente, por esto último, el historiador expuso que los individuos podían alcanzar mejores condiciones materiales y espirituales con la asistencia del Estado. Tal afirmación evidenciaba que la regulación de las costumbres e ideologías comenzaba por la disciplina que los gobiernos ponían en práctica en sus normas jurídicas. Además, este ordenamiento civil era creado para instigar en la conducta de los individuos, a fin de que consintieran con el orden establecido del régimen y su cultura. De esta manera, la naturaleza humana, la cual era considerada como irracional e insegura, podía ser regulada por las instituciones públicas y por las normas establecidas por el régimen.

Así es como se decidió que esta esencia fuese ordenada desde la razón de Estado por los regímenes autoritarios; el cual ennoblecía, supuestamente, al espíritu humano a partir de la intervención del Estado y sus instituciones. Por tal razón fue que Meinecke conjeturo que el *cratos* y el *ethos* podían corresponderse en la vida pública y privada. Lo cual, esto suponía la plena función de guiar a sus gobernados hacia una providencia terrenal, y esto iniciado por el Estado y por las minorías de burócratas.

O, en otras palabras, según Meinecke en el Estado se encontraba la solución al desorden y confusión social, ya que mediante la institucionalización, los sujetos se desenvolverían de manera más conveniente en su nación. A no ser que primero el régimen consiguiera conservarse de modo adecuado, y de ahí que

edificara sus institutos y normas que se encargarían de constituir al nuevo individuo en el régimen.

Esto quería decir que la política era un dispositivo exclusivo de los políticos y jefes de Estado. Por lo cual, las iniciativas y resoluciones políticas se monopolizaban, lo que, circunstancialmente, ocasionaría que fuera el Estado el que tomara con firmeza el libre albedrío de los sujetos, siempre que los líderes políticos los condujeran a un mejor contexto. De lo contrario, de conformación al quebrantamiento del compromiso del Estado, se originaría una alteración al régimen de manera radical y violenta.

Todas estas observaciones consiguen relacionarse con el porfiriato. Pues, a este respecto, el Estado que se formó durante finales del siglo XIX y principios del XX, develó la función de la razón de Estado, como fueron su juicio técnico y pragmático. No obstante, habría que decir también que las intenciones que tuvo el gobierno del caudillo fueron establecer una hegemonía perpetua en función de una república. Aunque en una primera instancia se buscaba que los gobernados se desarrollaran durante el nuevo orden, precisamente, para ser ciudadanos íntegros, incorruptibles y modernos. Para esto, fue que se crearon los institutos civiles y culturales que cedieron el paso hacia la variabilidad política. Incluso, se fundaron los procedimientos que vigilaron y controlaron a las nuevas generaciones, lo cual favoreció a las élites que asistieron en su edificación, para controlar el poder político. De tal modo, la dictadura porfirista se perfeccionó y conformó la república.

Al respecto de estas transiciones de gobiernos autocráticos a republicanos, llama la atención la disconformidad de algunos intelectuales con relación a estos cambios. Tal es el caso de Maurice Joly, un escritor de mediados del siglo XIX que se mantuvo pesimista ante las transformaciones de los gobiernos. La manera de pensar de este intelectual estuvo influida por el pensamiento maquiaveliano, por lo que aplica deducciones para interpretar y dar a conocer las costumbres de las autocracias, asimismo, en cómo mantienen su apariencia cuando fingen representar a las mayorías. A través de los cuales se estructuran con la

cooperación de artimañas y de los mecanismos del Estado y sus instituciones, para con esto simular y fingir que están a favor de la población. Razón por las cuales el gobernante y las élites se adueñan del Estado y de la política sin temor a que sus pueblos se vuelvan en contra suya.

Sobre el asunto, en este sentido se comprende que la ordenación dictatorial porfirista se configuró de esta manera. Pues el auxilio que brindó el autócrata y sus oligarcas para formar al Estado y al gobierno republicano, concibió, por ende, el fortalecimiento del régimen por el cual los dejó estar en el poder por largos años. Esta situación ocasionó que se originara una política excluyente, compuesta por las élites en el poder. Razón por las cuales, las acciones políticas de ese entonces fueron intervenidas por el regente y sus tecnócratas. Lo que propiciaría que las comunidades de indígenas y trabajadores subsistieran bajo una política déspota.

Hay que mencionar, además, que la cultura de la técnica y el profesionalismo en el porfiriato ayudó a que el régimen se perpetuara por treinta y cuatro años. Por ello los políticos instrumentalizaron a la política con las ciencias. Tal fue el caso del aparato burocrático que resguardaron los tecnócratas positivistas, los cuales aportaron las situaciones que ocasionaron el progreso material, así como el desarrollo económico. Lo que ocasionaría, simultáneamente, la aparición de los institutos públicos y de las normas que adaptarían a las comunidades. Al respecto, Frederick Meinecke explicaría que la razón de Estado se expresaría a partir de estos fines definidos, los cuales, claramente, se apreciarían desde la vida pública ya fija y reforzada.

En efecto, la política porfirista se confinó sólo a provecho de unos cuantos funcionarios, aristócratas y extranjeros. Pues en contraste con el resto de la población, la cual no tuvo provecho de los poderes políticos, se les desatendieron y abandonaron; debido a la política de desigualdades que se fue conformando durante años. De tal modo que causaría desacomodo y enfado en las restantes sociedades que subsistieron bajo la opresión porfirista, acabando, finalmente, con la conformidad y tolerancia de la población. De tal suerte que, se precipitarían los

enfrentamientos civiles alrededor de la nación, hasta engendrar una revolución que perforaría con profundidad al sistema político; razón por la cual se estableció un nuevo régimen revolucionario.

Llegados a este punto podemos inferir lo siguiente, que los gobiernos dictatoriales engloban todas las acciones políticas, así hasta innovarse en nuevos gobiernos, tal como el republicano y el democrático representativo. Avanzando con esta forma de razonamiento, se alude que, durante la fundación dictatorial, la correlación entre la política y la emancipación se encuentran subordinadas al autócrata, y, posteriormente, son sus élites las que se los adueñan. No obstante, para mantenerse los regímenes es primordial el abasto de las leyes y de sus institutos de seguridad que resguarden al Estado; y, ante todo, el sostenimiento popular que consentirían la continuidad del poder a su regente.

Al comparar estas evidencias con el porfiriato, damos cuenta que este gobierno que transitó del modelo autocrático al republicano no consiguió mantenerse. En vista de que el régimen se rehusó a establecer un gobierno popular; inclusive, porque en el marco constitucional moraron los intereses de particulares. Por lo cual invalidaba los reajustes necesarios que influirían en la creación de un mejor modelo de vida social y política.

Además, la agresión civil que se originó en contra del porfiriato fue porque al presidente y a su Estado se les dejó de admirar y de temer. Según las cavilaciones maquiavelianas, el precursor tenía que autenticarse por medio del amor y el temor, ya que de esta manera los poderes del Estado se hallarían resguardados así hasta tener la fuerza que corregiría el desorden político y social. Lo que quería decir que los planes para renovar el sistema político alcanzarían a materializarse en un determinado momento. Pero para esto, el hombre extraordinario de la política tenía que confirmar a los partidarios y adictos necesarios para sus planes. Los cuales le garantizarían su sostén en el poder al igual que la conservación de los poderes políticos. Siempre y cuando que hubiera el estímulo adecuado que asegurara la fidelidad de sus fieles. De ahí que, la

influencia del precursor hacia sus adeptos, a través de la afección y el temor, le garantizarían la lealtad hacia el Estado y sus proyectos.

En cambio, con el porfiriato se evidenció lo contrario, a causa de que su desarrollo político, social y económico prosperó en favor de las élites mexicanas y del extranjero. Por lo que la república se consumó a merced de las minorías, lo que ocasionaría, por ende, que el pueblo repudiara el régimen. Llegados a este punto, conforme a Maquiavelo, los Estados se ven inmersos en probables acaecimientos que perjudicarían en su desarrollo. Es por ello por lo que el cometido político de los regentes tenía que beneficiar al pueblo. De hecho, en el capítulo IX de *El Príncipe*, el florentino expresó que el equilibrio político se garantizaba cuando existía la concordia entre el gobernante y el pueblo. Además, para acreditar la libertad política, el Estado tenía que fundar una política de la no dominación, la cual, exponía a que era el pueblo quien debía ser favorecido por el poder político, ya que, según Maquiavelo, las mayorías únicamente exigían su seguridad y la sujeción de la ambición de los aristócratas. Siendo esta línea así se enderezaría las facultades de mando del Estado en una república, con una política donde no habría un sistema que reprimiera a las mayorías ni beneficiara a las minorías.

La pacificación de la nación, para Maquiavelo, implicaba que sus gobernados se hicieran responsables de la vida civil y política. En vista de que la política con regularidad es dominada por oligarcas y tiranos, de tal modo que el Estado y la nación se corrompen, así como sus sistemas políticos se llegan a desintegrar, al grado de que se producen las guerras civiles y las revoluciones. Por esta razón, Maquiavelo establecía que la libertad política debía administrarse con la población y con normas concretas y funcionales en la política.

Esta exhortación maquiaveliana manifestaba que la medida política debía sobrellevarse con el pueblo. Puesto que el Estado se proveería de la fuerza imprescindible que contribuiría en su perdurabilidad. Pero la perpetuación de los regímenes empobrece cuando sus poderes son sustraídos por las élites que relevan al gobernante. Lo cual, esto invalida la importancia del precursor político

con la sociedad, anulando, a su vez, la ocasión de llevar los poderes políticos al ciudadano. Es así que los designios de Maquiavelo en cuanto a su iniciador, ahora para nuestros tiempos no tiene ocasión, pues en estos días se sabe que las dictaduras no consiguen llevar a las comunidades a un edén terrenal.

Hasta aquí debe quedar claro que el ideal por el poder político encaminó a múltiples individuos y pensadores a averiguar sobre las posibles vías que aproximarían a las sociedades a vivir justamente. No obstante, el poder en las dictaduras ha limitado a los sujetos a sólo subsistir por el bien de la comunidad y del Estado. Al momento en que los poderes políticos, durante las dictaduras, se han rehusado a indagar sobre la manifestación de nuevos menesteres sociales, los Estados de prosapia autoritaria canalizan toda su fuerza pública y burocrática a detener a los individuos, conforme a las normas establecidas de su convivencia. Es así como, al rehuirse los Estados a los cambios, causan la refriega social que conduce a la transición de nuevos regímenes autoritarios. Siendo el caso del porfiriato, los sucesos que cercaron al régimen, como fueron las revueltas y revoluciones, causaron el hundimiento del Estado.

Es aquí donde podemos detenernos para pensar acerca del engrandecimiento del líder virtuoso, el cual el antiguo canciller florentino describió. Pues, la semblanza, la altivez e ímpetu del precursor de Estados, nos lleva a cavilar sobre la ocasión de aguardar y creer que algún día aparecerá. Pero, como advertimos anteriormente, no se puede suponer que llegara la persona trascendente o el redentor que llegue a salvarnos.

Sobran razones para indicar los aciertos e injusticias de los regímenes autoritarios que se han producido a lo largo de los años, para esta situación que nos competió, la dictadura porfirista fue vitoreada por algunos, pero para otros fue repudiada. En cambio, para las cavilaciones maquiavelianas en sus observaciones nos sugieren que todo comienzo inicia con un precursor, el cual, permanece atado a la contingencia, con el objeto de poder trascender a la población a un mejor sitio.

No es fantasía afirmar que el maquiavelismo intercede por la vida política y la ciudadanía, así como por el republicanismo y la democracia. Pero hemos aquí cavilando y explicando que las dictaduras se administran de formas contradictorias. Debido a que sus fines son conservar el poder por el bien en común, mientras que por el otro lado la ciudadanía y las instituciones públicas operan en servicio de sus regentes y de su régimen.

Es así como no queda otra dirección que la acción política para que el individuo adquiera sus libertades políticas, más no de las revoluciones o de la violencia como prevenía Norberto Bobbio, y por las cuales se habitúa emplear para modificar las políticas viciosas, depravadas y corrompidas. También, desde este ángulo, Hannah Arendt incitaba a los individuos a poder hacer las alteraciones forzosas para el sistema político, porque, de esta manera, se desarrollaría una política a favor de los individuos. Igualmente, se prevendría la fundación de gobiernos corruptos y totalitarios. La filósofa también puntualizó que era importante preservar la bondad personal en la vida privada, sin embargo, los cambios externos precisaban de la acción directa de los ciudadanos. De ahí que la defensa de la libertad y la política abren paso a un régimen diferente. Justo es decir que el “virtuosismo”, o la virtud maquiaveliana, se determinó para aquellos que solicitaran la defensa del colectivo y de la libertad política.

1.6 Consideraciones finales entre la fundación dictatorial y la democrática

En este último capítulo he de relacionar las propiedades del precursor maquiaveliano con Porfirio Díaz, para discernir, con ayuda de las cavilaciones del intelectual florentino, la formación de los Estados, la permanencia dictatorial y algunas de las razones que incitan a establecer una democracia en un régimen autocrático.

Pero, antes de concluir, considero conveniente hacer una recopilación del tercer capítulo. De esta manera, se tendrá una mejor comprensión acerca de lo reflexionado.

En este escrito, observamos cómo las dictaduras consiguen fundarse y mantenerse en las sociedades. Sobre el asunto, acordamos vincular las observaciones de los capítulos anteriores con el tercero. Así, terminamos por acoplar las lecciones maquiavelianas, con respecto al establecimiento y durabilidad de los gobiernos dictatoriales. Por otra parte, los juicios hacia el presidente nos hicieron considerar su apariencia, así, como en general, las circunstancias por las que las dictaduras marchan. De ello, extrajimos un cuadro histórico y teórico que nos permitió cavilar en cuanto al poder político en un régimen dictatorial.

Se ha revelado que en el interior de las dictaduras surgen llamados e insinuaciones, que promueven el cambio de régimen. Aquí, escudriñamos sobre los gobiernos democráticos, a través de las ideas de otros pensadores de la política y la filosofía. Es, por consecuencia, que alcanzamos a pormenorizar el por qué este estilo de gobierno resalta en los regímenes dictatoriales.

Para explicar las representaciones y actuaciones de los revolucionarios, fue esencial considerar los orígenes que motivaron al levantamiento de armas en contra del presidente. Del seguimiento de aquel hecho histórico se observa que los pronunciamientos se llevan a cabo cuando los gobiernos desatienden a sus poblaciones. Incluso, concebimos como, en las dictaduras, los poderes políticos son capturados y potentados por las minorías. Esto indica la inconsistencia estructural de las dictaduras que eligen gobernar con las aristocracias, tal fue el caso del régimen porfirista.

En este último escrito aumentamos la demostración de las virtudes del precursor maquiaveliano en Porfirio Díaz, al mismo tiempo de haber esclarecido el establecimiento de su Estado, la durabilidad de su dictadura y la caída de su régimen. El ejercicio obtiene crear este tercer escrito, por lo cual, logramos

exponer el comportamiento interno del gobernante, así como las formas en que se conducen las dictaduras al instaurarse.

Mediante las cavilaciones maquiavelianas, tomando como un ejemplo viviente al presidente mexicano y su régimen, se ha logrado estructurar un aparato contemplativo que ayuda a percibir la conducta interna de los gobiernos dictatoriales. Incluso, se clarifican los motivos que empujan a los individuos a trastocar al sistema absoluto, injusto y opresor, para cambiarlo por un gobierno adecuado, que convenga a las mayorías.

Conclusiones

Ha llegado el momento de concluir con estas cavilaciones maquiavelianas, en cuanto a la interpretación de Porfirio Díaz y su régimen. Sin embargo, quisiera señalar, de forma breve, unas reflexiones finales alusivas al poder político y a la configuración de la moral dictatorial, pues, la dirección de este trabajo fue descubrir las propiedades y modos de los gobiernos dictatoriales, asimismo, en exponer cómo encumbren organizaciones civiles, que tantean las posibilidades políticas, para lograr construir un poder gubernativo, formado desde los valores éticos y democráticos. Igualmente, este motivo puede entenderse como una pretensión de conocer la subrepticia lucha entre la ética y el poder político en las dictaduras.

La investigación se fraccionó en tres partes, las cuales expusieron cómo es que los regímenes consolidan sus gobiernos y amplían su poder político. La realización del proyecto de gobierno debe su conformación a la elaboración de sistemas políticos, formulados desde la cima gubernativa; de la misma manera, de las habilidades y artificios del mismo gobernante, con el apoyo de ciertas élites que contribuyen al crecimiento de la dictadura.

Durante la búsqueda de información, aspiré a conocer este fenómeno político, sobre todo, a través de las lecciones maquiavelianas, por lo que interpreté la fundación dictatorial y su extensión mediante datos y observaciones de obras como *El Príncipe* y parte de los *Discursos*. Fue así como me percaté que, en el interior de sus disertaciones sobre el poder político, se engloban un sinnúmero de cuestiones que buscan discernir el autoritarismo y la libertad política. De este modo, empleé una observación detallada en ambos conceptos, al mismo tiempo, se destacaron las particularidades que dan origen a las revoluciones y a las democracias. De dicho ejercicio se crearon los tres capítulos que desglosan la conformación ideológica de la efigie del caudillo Porfirio Díaz y de la contextura de su régimen.

En el segundo capítulo, la figura del presidente Porfirio Díaz, así como la conformación de su régimen, se interpretan con respaldo de la lectura maquiaveliana sobre el poder que ostentan los hombres para hacer política. Bajo la perspectiva de Maquiavelo, se observa que la gobernanza del presidente mexicano trabajó como una maquinaria para alimentar el poder de su dictadura. Referido a este contexto, me reveló, de igual forma, que los mecanismos de los poderes autócratas se expresan de tal modo que engrandecen la presencia del gobernante, así como al conjunto de la élite que asciende a la par del autócrata. Es por ello por lo que los regímenes dictatoriales alcanzan a consolidar la base de su poder, de tal modo que el Estado logra conservarse por y para una minoría.

Fue ahí que toda reflexión se inscribió en comprender al poder político y por qué, por lo general, es adquirido por los gobernantes y las sociedades de clase alta. Una incertidumbre legítima que aún se conserva en las democracias. Ya que se piensa que los cometidos de gobierno les corresponden a los políticos; porque, conforme al maquiavelismo, los poderes del Estado están determinados sólo para aquellos que están preparados para administrar la vida pública.

Ante esto, Maquiavelo llegó a considerar que era elemental que el gobernante tomara en cuenta la situación real y cotidiana de su entorno, puesto que la seguridad del Estado y el de la ciudadanía dependían de su determinación, sagacidad y aplomo. Asimismo, el intelectual italiano estimó que la ocupación del *Príncipe nuevo* pertenecía a otro orden moral, pues no puede aferrarse a cosas que lo pueden detener en su labor, como son el mantener una amistad, mostrar su virtud o ser temeroso de sus defectos. Al interactuar con la realidad, también debe ser dinámico y adaptarse a las situaciones cambiantes, para obtener y conservar el poder. Maquiavelo agregó a esto que las dictaduras eran imprescindibles para el reacomodo social y político, de tal forma que por ello es posible considerar la monopolización de la fuerza y las leyes, a condición de fijar las bases del desarrollo y el orden.

Con este ejemplo he expuesto que el porfiriato se edificó sobre la base de estos motivos. Es así como me ocupé en plantear como hipótesis que los atributos

políticos del presidente coincidían con los rasgos del precursor maquiaveliano. De este modo, me encaminé en el segundo capítulo para explicar esta coexistencia. Para tal encomienda, ahondé en los acaecimientos de su gobierno para conectarlos con los capítulos de *El Príncipe* que desentrañamos en el primer capítulo. El cual, terminamos enlazándolos y fue así que concebimos el dispositivo teórico que nos permitió abordar el tercer capítulo. Es así que, originamos un marco teórico e histórico que nos dejó cavilar sobre la fundación y durabilidad de los gobiernos dictatoriales.

Paralelo a esta búsqueda, dimos por sentado que la dictadura porfirista no logró mantenerse, en vista de que los poderes políticos oscilaron; debido a que se distribuyó entre un puñado de hombres de clase alta. Al principio, los propósitos del caudillo Díaz fueron erigir las bases que facilitarían a México a circular por las vías del progreso y la vida democrática. No obstante, su duradero cargo en el poder causó que se originara una nueva clase social, la cual procuró acomodarse en el Estado para hallar la manera de apoderárselo.

Con este antecedente, se comprende que, para retener el poder del Estado, implicaba la intervención entera y laboriosa del gobernante, debido a que su mediación envolvería los poderes políticos con el fin de cumplir, cabalmente, su obligación en cuanto al bien en común. La responsabilidad del líder de Estado hizo a Maquiavelo reflexionar en torno a los principados nuevos y al *Príncipe nuevo*. Llegando a concebir que al llegar su diligencia produciría alteraciones que empujarían a establecer las bases de un sistema político moderno, hasta originar un cisma entre lo antiguo y lo nuevo. Maquiavelo había entendido que el remedio para someter la corrupción y conservar la unión de los individuos era mediante la ayuda de un gobierno dictatorial.

Al lado de ello, se advierte sobre la razón del desorden político, puesto que la caída de un gobierno revela que los poderes políticos no se hallan en su completo equilibrio, esto, en virtud de la armonía del poder en una nación; como resultado de la amenaza, se mantendría al Estado de todas las maneras posibles. Esto quiere decir que el regente debía entender de técnica política y saber

discernir sobre la naturaleza humana, de lo contrario, el Estado y la comunidad civil correrían riesgo de ser devastados por las guerras internas y por las invasiones extranjeras. Por lo que, para alcanzar el esplendor político, el gobernante debe enderezar los poderes del Estado por su propia atribución.

La soledad del príncipe, la cual era descrita por el florentino como una peculiaridad del *Príncipe nuevo*, era relevante para que el gobernante meditara y con ello se condujera a aceptar los deberes públicos, hasta que el marco constitucional estuviera fundado, de tal modo que los poderes políticos quedaran balanceados y distribuidos imparcialmente entre los individuos. De faltar un espacio o punto para meditar y reflexionar sobre las condiciones de la gobernanza, no se prevendría la tiranía de los aristócratas o de las propias masas, ni tampoco se tendría un amplio panorama para observar que la potestad del poder político debe permanecer bajo la protección del gobernante.

En torno al poder central y los gobiernos dictatoriales, según el maquiavelismo, sus terminaciones tienen que fundar el sustento que extenderá la vida política, con el fin de adquirir los principios que proporcionarán la autodeterminación de los sujetos, así como la fidelidad hacia sus responsabilidades políticas con la nación. La respuesta ante la demanda produciría un aprecio patriótico, al mismo tiempo que la inclinación por cambiar su postura a una civil. Esto explica el por qué es importante que el gobernante tomara partido en el Estado y priorizara los poderes políticos, pues, con ello se lograría fundar una auténtica organización política.

La afirmación política de instituir la justicia y la libertad en los individuos, basándose en el reconocimiento de sus derechos dentro de la nación, ha hecho suponer que la dictadura sería un medio con mayor regla para generar el bienestar ciudadano. Junto a esta creencia, se propone que la razón de Estado acobije el orden social y político, forjando la independencia ciudadana, para que sea esta quien resguarde el desarrollo institucional. Asimismo, el gobernante, como lo apuntó Maquiavelo, debe ser el representante que resguardará el orden mutuo o el emancipador que defenderá la libertad del colectivo, tal cual un héroe, para

facilitar la oportunidad de generar una nueva variación de gobernanza. Sobre todo, si la situación es desesperanzadora dentro de la vida política y social.

No obstante, esta creencia permaneció en el desuso por los mismos políticos, en vista de que sus beneficios se hallaban por encima de la conveniencia de las masas. Con esto quiero decir que el regente maquiaveliano, conforme a su desarrollo como propietario del poder, se ha situado bajo un permanente asedio por parte de su propia cultura, desde el regazo de su particular hegemonía. Por esta situación, el precursor es rebasado por el hábitat político, originado por su misma estancia en el Estado.

Al llegar aquí, las cavilaciones llevan a comprender este comienzo hegemónico, el cual excede la preeminencia del dictador, pues, conforme a las observaciones maquiavelianas develando la situación de Díaz y su régimen, se descubre que la hegemonía cultural generó las circunstancias sociales y políticas que precisaron la divergencia en la comunidad. Las sociedades se habían fraccionado entre pudientes y plebe, suscitando colisiones entre ellos, puesto que los acomodados eran protegidos por el régimen, mientras que el pueblo fue maltratado por el gobierno.

Es así como, durante el tercer capítulo de esta investigación, observé la situación del régimen porfirista y las causas que motivaron la organización revolucionaria, así como sus propósitos democráticos. Las alteraciones políticas, ocasionadas durante el régimen de Díaz, me hicieron entender la dinámica entre el gobierno dictatorial y el democrático. La insistencia de la dictadura, por conservar su durabilidad, provocó que los individuos tomaran en cuenta otras opciones políticas, para redirigir el dominio hacia las masas y despejar el camino hacia la democracia. Por esta razón, buscaron cómo apartar el mando de las pequeñas facciones de políticos sobre ellos y sus intereses, aunque, por desgracia, la violencia fue un adicional inevitable. La insurrección siempre ha estado en diversos y repetitivos episodios de la vida humana, ya que el agotamiento social responde por las faltas o incumplimientos del Estado con su sociedad.

En el capítulo final, las cavilaciones maquiavelianas me hicieron contemplar la posición por la cual el Estado tuvo que hallarse cautivo. Maquiavelo había interpretado que la paz política debía permanecer conforme al apego de las mayorías, ya que, de esta suerte, el Estado obtendría un mejor desenvolvimiento con la sociedad, de dicho modo, recabaría su validez como dueño de la fuerza pública. De hacerse tal proyecto, los poderes del regente terminarían por erigir las bases políticas que emprenderían un nuevo principio civil. Las virtudes y actitudes del gobernante debían ser fijadas, para resguardar el agrado del pueblo, ya que, a través de estas, obtendría el éxito frente a la casualidad y lograr fundar la urbe excelsa.

Aclaro todo esto porque el Estado mexicano, que preservó Díaz, sostuvo el orden público y político durante treintaicuatro años. Es significativo la importancia de la vida que tuvo el régimen, ya que probó que su subsistencia se adecuó a las condiciones inestables del sistema colonialista y del primer Estado moderno desde 1857. Esto expone que las agresiones en contra del Estado desempeñaron una labor conveniente para su progreso, en vista de que este reunió la experiencia necesaria para dar cuenta sobre la conducta de su población. Debido a ello, Porfirio Díaz manejó, de forma magna, la política y los mecanismos de su Estado. Sin embargo, las normas culturales comenzaron a pronunciarse desde el advenimiento de una nueva élite en el poder y tomaron beneficio de la prosperidad política, así como de los artilugios del Estado; para ostentar los poderes políticos y modelar su propio régimen, el cual se posicionó por encima de los derechos de la población.

Maquiavelo, ante su visión del fin justifica los medios, previno sobre las tiranías y las oligarquías, ya que estas formas de gobierno perturbaban el orden civil y político. La interacción entre el pueblo y el gobernante eran convenientes para el poder político, en vista de que se sostendría la armonía política, por ello, los regímenes dictatoriales retienen el poder, pues, su conexión con los pueblos favorece la preservación de sus sistemas políticos. En una primera instancia, los

objetivos de los gobernantes son reunir a los individuos en un sólo sitio, en donde el Estado los unifica, para consagrarlos en el ámbito público.

La dictadura nos lleva a decir que, según el maquiavelismo, era el umbral de una apertura desconocida, pero, a su vez, necesaria para reordenar la política, así como calmar el desasosiego social. La intervención del *Príncipe nuevo*, como un dirigente virtuoso dictatorial, se creía imprescindible en el cargo del Estado, dado que sus obligaciones políticas lo impulsaban a recibir el poder político para ofrecer su servicio a la comunidad. El asentamiento de este líder en el poder lo conduciría a erigir un sistema político, donde obstruiría a la élite política que deseara dominar sobre los otros. Pero, el gobernante debía disciplinarse en el arte de la política, ya que de esta forma deificaría a la vida civil y la libertad.

No en vano me he detenido para explicar, de forma breve, este pensamiento maquiaveliano y sobre su lectura al porfiriato en las conclusiones, pues, las cavilaciones concernientes al poder político y la moral dictatorial me acercaron, finalmente, a entender por qué la ética y los valores convencionales aún no ha tenido la capacidad de predominar en la actuación interna de los gobernantes. Claro que esta lectura maquiaveliana no explica todo, no obstante, si nos invita a echar un vistazo a la conducta del poderoso del Estado y de sus miembros, los cuales ascienden progresivamente al poder. Las dictaduras, durante su proceso de desarrollo, se fían del repertorio que construyen con la asistencia del Estado y desempeñan sus cometidos con apoyo de los medios represivos y de la ley. La presencia del regente, a la par que de sus servidores públicos, se incumbe en el progreso social y cultural, lo que lo conduce a apoderarse del destino de los individuos, de ahí que la política en la dictadura se ajusta en la sociedad, por medio del sometimiento y la falsedad.

Al respecto, conviene decir que el poder y la ética aún perduran y contienden por el dominio interno de los sujetos en la política. Incluso, es prudente advertir que el poder político continúa siendo incomprendible para algunos. Esto explica la confusión y cómo los ha conducido al sometimiento de los potentados y demagogos. El distanciamiento de las sociedades con el compromiso político ha

posibilitado la instalación de agrupamientos nocivos en el gobierno. De tal modo, que desencadenan una política determinada sólo al sojuzgamiento de los pueblos. A lo largo de los años, la dictadura se ha asociado con el poder político, de tal forma que avasalla a los individuos mediante la coacción, las leyes, el disimulo y la apariencia. El Estado se ha configurado de forma en que sus motivos se han abocado a la vigilancia y al yugo hacia los individuos; esto ha frenado que el poder político se acoja a valores éticos y, consecutivamente, a poder reformar internamente a los gobernantes y políticos.

Admito que, en el ejemplo dado sobre el porfiriato, la lectura maquiaveliana apercibió los riesgos que hay por este modelo de gobierno. La representación de Porfirio Díaz figuró ser el prototipo proporcionado, el cual dio lugar a la seguridad, a la concordia y a la prosperidad. Sin embargo, atisbamos que la realidad política se fue articulando de tal modo que las libertades sociales y políticas se oprimieron por el conjunto de trabajadores estatales, caudillos, empresarios y extranjeros de la época. Por tal motivo, se desató una guerra interna y posteriormente una revolución que estableció un nuevo régimen dictatorial que duró casi un siglo.

De acuerdo con la lectura maquiaveliana a Díaz y a su régimen, no cabe duda de que el Estado mexicano, de ese entonces, actuó de forma arbitraria en contra de la sociedad y esto causó la alteración del sistema político, hasta darse la fractura estatal y dar ascenso a un nuevo régimen. Los gobiernos dictatoriales no medran sólo con la operación del regente, sino que su perfeccionamiento se da en cooperación de otros que contribuyen con el desenvolvimiento del régimen dictatorial, hasta impulsar una hegemonía cultural que llega a promulgar la moralidad de los individuos y con esto constreñirlos al sistema político dominante.

En últimas palabras quisiera agregar lo siguiente. Las cavilaciones maquiavelianas nos hicieron entender que el poder político ha sido un instrumento que ha ocasionado la división social, estableciendo, de este modo, un orden común en donde la población se encuentra subordinada por las elites que disponen del control del Estado. Por esta razón es por la que la política perdura dominada por camarillas y autócratas. Igualmente, la meditación política realizada

por mediación al porfiriato canalizó nuestros propósitos por desear concebir la ocasión de allegar a la acción política con la probidad. Fue así como, por medio de la reflexión histórica y el análisis de la Filosofía política, se dilucidó el pensamiento maquiaveliano, el cual nos impulsó a desarrollar la proximidad con el orden interno de las dictaduras y con la finalidad de poder entresacar los posibles medios que conseguirían pactar a la ética con la acción política.

Referencias bibliográficas:

Althusser, Louis (2004) *Maquiavelo y nosotros*, ediciones Akal, Madrid

_____ (2008) *La soledad de Maquiavelo*, Ediciones Akal, Madrid

Aramayo, R. y Villacañas, J. (1999) *La herencia de Maquiavelo: Modernidad y voluntad de poder*, España, Fondo de Cultura Económica.

Arendt, H. (2020) *Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política*, México, Austral.

_____ (2020) *Sobre la revolución*, México, Alianza.

_____ (2016) *La condición Humana*. México. Paidós.

Berlín, I. (1983) *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, México, Fondo de Cultura Económica.

Bobbio, N. (1992) *El futuro de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica.

_____ (2014) *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, México, Fondo de Cultura Económica.

_____ (2018) *Estado, Gobierno y Sociedad: Por una teoría general de la política*, México, Fondo de Cultura Económica.

Bobbio, N. y otros (2015) *Diccionario de política*, Siglo XIX, México, Fondo de Cultura Económica.

Bulnes, Francisco, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, D.F, Editorial del Valle de México.

Burckhardt, J. (2020) *La cultura del Renacimiento en Italia*, España, AKAL

- Cassirer, E. (1972) *El mito del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Cosío Villegas, D. (1996) *El historiador liberal*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Colegio de México, compiladores. (2016) *Nueva Historia general de México*. México. El Colegio de México.
- El Colegio de México (ed.) (2016), *Historia breve de México*, México, El Colegio de México.
- Covarrubias, I.(Coord.) (2017) *Maquiavelo: una guía contemporánea de lectura sobre lo político y el Estado*, México, Taurus.
- Federico Arriola, J. (2000) *Teoría general de la dictadura: reflexiones sobre el ejercicio del poder y las libertades políticas*, México, Editorial Trillas.
- Gaille, M. (2011) *Maquiavelo y la tradición filosófica*, Buenos Aires, Edición Nueva Visión.
- Garner, P. (2015) *Porfirio Díaz: Entre el mito y la historia*, México, Crítica.
- Gramsci, A. (2018) *Pasado y presente: Cuadernos de la cárcel*, México, Gedisa.
- _____ (1972), *Maquiavelo y Lenin: notas para una teoría política marxista*, primera edición, México, Editorial Diógenes.
- _____ (2009) *La política y el Estado moderno*. México. Público.
- Jacobo Rosseau, J. (2004), *El Contrato Social o Principios de Derecho Político*, México, D.F. Porrúa.
- Joly, M. (2006) *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, México, Colofón.
- Krauze, E. (2014) *Siglo de caudillos: De Miguel Hidalgo a Porfirio Díaz*, México, Tusquets.
- Lefort, C. (1988) *Las formas de la historia. Ensayos de antropología política*, México, Fondo de Cultura Económica.

Maquiavelo, N. (2017) *El Príncipe*, Madrid, Alianza.

_____ (2015), *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Tercera edición, Madrid, Alianza Editorial.

Meinckel, F. (1997) *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios políticos constitucionales.

Pastor Pérez, Miguel A. (1994) *La episteme política y sus dimensiones políticas culturales desde la perspectiva metodológica de la ciencia moderna en Nicolás Maquiavelo*, Sevilla, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, sección de Filosofía.

Paz, Octavio (2000), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica.

Rabasa, E. (2015) *La Constitución y la dictadura*, México, Cien de México.

Sabine, G. (1996) *Historia de la teoría política*, México, Fondo de Cultura económica

Sacristan, M. (2013) *Antonio Gramsci. Antología*, México, Editores Siglo XXI.

Savater, F. (2009) *La tarea del héroe*, España, Ariel.

Sierra, J. (2009) *Evolución política del pueblo mexicano*, México, Porrúa.

Uscatescu, G. (1969) *Maquiavelo y la pasión del poder*, Madrid, Punto Omega.

Velázquez Delgado, J. (2016) (Coord), *La construcción de lo político. Maquiavelo y el mundo moderno*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.

Vignal, G. (1993) *Maquiavelo*, España, Fondo de Cultura Económico.

Villoro, L. (1999) *El poder y el valor: Fundamentos de una ética política*, México, Fondo de Cultura Económica.

Viroli, M. (2009) *De la política a la razón de Estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)* (Trad. S. Chaparro Martínez), Madrid, España, Akal.

Weber, M. (2016) *El político y el científico*, México, Colofón.

Zamitis Gamboa, H. (2016) *Nicolás Maquiavelo: principios políticos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Zea, Leopoldo (2014) *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, Undécima reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica.

Fuentes electrónicas:

Fix-Fierro, H. (2015) (20 de enero de 2020) *Porfirio Díaz y la modernización del Derecho mexicano*. Extraído de la de la biblioteca jurídica de la UNAM: <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/9/4121/4.pdf>.

Correo Heneo, N.(s/f) (26 de enero de 2020) *Moral y política en Nicolás Maquiavelo*, Banco de la República, Colombia, [Dialnet-MoralYPoliticaEnNicolosMaquiavelo-5345244.pdf](https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5345244)

Hermosa Andújar, A. (2013) (2 de febrero de 2020) *La actualidad del pensamiento político de Maquiavelo* (Conferencia). Extraído de la revista Scielo: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1794-58872013000200001.

Leandro Schenoni, Luis (2007) (20 de febrero de 2020) *El concepto de lo político en Nicolás Maquiavelo*. Extraído de la revista electrónica Scielo: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632007000200008.

Llamazares Valduvico, I. (2012) (4 de febrero de 2020) *Maquiavelo en la ciencia contemporánea de la política: Fundamentos y limitaciones de un reconocimiento intelectual*. Extraído de la revista electrónica La sociedad española italianista.. <https://revistas.usal.es/index.php/1576-7787/article/view/13335>.

Zepeda Garrido, José Alfredo (2020) (15 de marzo de 2020) *Porfirio Díaz e ideologías*. Extraído de una nota del Universal:
<https://www.eluniversalqueretaro.mx/content/porfirio-diaz-e-ideologias>.